



GANADORES 2025

VIBRART
CREACIÓN LITERARIA



Mayo de 2025
Tecnológico de Monterrey

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción parcial o total de esta obra, de manera rigurosa, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin la previa autorización escrita de los autores.

Las ilustraciones contenidas en esta obra fueron creadas por Obdulia Garza De la Garza con la herramienta de inteligencia artificial Mijourney.

En el marco de **VIBRART Arts & Culture Festival 2025**, esta publicación recopila los textos ganadores del Concurso de Creación Literaria en los géneros de Cuento Corto, Cuento Largo y Poesía en las categorías de Preparatoria, como de Profesional y Posgrado.

CONTENIDO

	Pág.
CUENTO CORTO	
<i>Pinocchio, il Vero Ragazzo</i> de Fernando Ibargüengoitia Flores Prepa Tec Santa Fe 1er Lugar, Categoría Preparatoria	3
<i>Estancia</i> de Ximena Aguirre Martínez Prepa Tec Cd de México 2do Lugar, Categoría Preparatoria	6
<i>Déjame contarte</i> de Renatta Orozco Figueroa Prepa Tec Querétaro 3er Lugar, Categoría Preparatoria	9
<i>Perfección</i> de Gustavo Yizreel Medel Maldonado Campus Toluca 1er Lugar, Categoría Profesional y Posgrado	11
<i>Costras que no desaparecen</i> de Hannia Abigail López Soto Campus Querétaro 2do Lugar, Categoría Profesional y Posgrado	14
<i>Fragaria</i> de José Luis De Loera Muñoz Campus Guadalajara 2do Lugar, Categoría Profesional y Posgrado	17
CUENTO LARGO	
<i>Jano</i> de Ana Roberta Santos Panait Prepa Tec Cumbres 1er Lugar, Categoría Preparatoria	20
<i>La anatomía del olvido</i> de Francisco José Soto Montes Prepa Tec Querétaro 2do Lugar, Categoría Preparatoria	27
<i>El Reloj Cucú</i> de Hanne Mina Hage Prepa Tec Metepec 3er Lugar, Categoría Preparatoria	35
<i>La Piedad</i> de Sofia Moreno Lopez Campus Santa Fe 1er Lugar, Categoría Profesional y Posgrado	39
<i>El muerto que olvida</i> de Verónica Mariana Orozco Barrera Campus Ciudad de México 2do Lugar, Categoría Profesional y Posgrado	45
<i>Vera</i> de Thelma Angélica Grappin Oseguera Campus Querétaro 3er Lugar, Categoría Profesional y Posgrado	51

Recuerdos de la sangre de Naomi Nagamatsu Mandujano Prepa Tec Edo de México 1er Lugar, Categoría Preparatoria	61
Deconstrúyeme de Paola Becerril Castillo Prepa Tec Metepec 2do Lugar, Categoría Preparatoria	68
Redención de Dorotea Arreguin Feregrino Prepa Tec Querétaro 3er Lugar, Categoría Preparatoria	81
yo, persona de aquí (esto que pasa) de César Santiago Gutiérrez Espinosa Campus Ciudad de México 1er Lugar, Categoría Profesional y Posgrado	88
En Reconstrucción de Michelle Rergis Novelo Campus Estado de México 2do Lugar, Categoría Profesional y Posgrado	103
El Sahuaro: “Entre el Sazón y el Duelo” de Enrique Luis Berumen Sánchez Campus Chihuahua 3er Lugar, Categoría Profesional y Posgrado	112



Pinocchio, il Vero Ragazzo

de Fernando Ibarguño Flores

1er Lugar

Cuento Corto

Categoría Preparatoria

Prepa Tec Santa Fe

La niebla cubría las calles empedradas en una manta oscura, ocultando así la luz tenue que emitían los faroles cercanos. Apenas el carromato aparcó enfrente de mi nuevo hogar sentí el aire tenso e inmóvil durmiendo entre los árboles. Empecé descargando mis maletas al lado del vehículo en orden de tamaño y peso, siempre siendo cuidadoso con las cicatrices que portaban por el paso del tiempo. El carromato se esfumó entre la niebla al arrancar, dejándome así preparado para mi nueva vida.

La casa no parecía una cualquiera. Las enredaderas devoraban en trozos las paredes y ventanas, dejándola pálida como cadáver recién enterrado. Las grietas crecían incontrolablemente entre la madera, el techo era acosado por las tormentas eléctricas típicas de la época y la puerta intentaba con fuerzas mantenerse de pie. Con temor y timidez, me aferré a mis maletas mientras la puerta principal lentamente comenzaba a abrirse.

De la puerta emergió un señor de rostro arrugado, con un par de dedos como ramas de un abedul y una vestimenta bastante peculiar. “Bienvenido a tu nueva casa, espero que el orfanato no te haya hecho esperar demasiado”. Me mantuve como estatua de piedra, tenía poca experiencia socializando con otra gente. “Pasa, no seas tímido, no eres el primer niño que yo adopté de un orfanato”. Dijo el señor mientras colocaba sus extensas manos sobre mis hombros, ayudándome así a ingresar dentro de la casa.

La sala vestía coleccionables de un famoso cuento de la época titulado “Pinocho”, ya que las estanterías estaban llenas de muñecos con gran parecido al personaje, múltiples copias del libro y hasta posters que colgaban sobre la fogata. Estos eran acompañados por diferentes esquemas anatómicos del cuerpo humano y un sin fin de

esculturas de madera. El señor me instaló en el salón, ya que la planta de arriba sufrió daños permanentes debido a las tormentas. El silencio comenzaba a apoderarse del ambiente, pareciera que las miradas penetrantes de los muñecos me alertaban de un peligro inevitable.

El anciano me sugirió dormir mientras él seguía trabajando en sus proyectos, deduje que era algún tipo de carpintero. Rápidamente el anciano bajó las escaleras hacia la penumbra, engullido por la oscuridad en un abrir y cerrar de ojos. Dejé mi cuerpo adherirse al vetusto y polvoriento sofá, intentando así conseguir algo de sueño. En el orfanato, dormir era como encontrar una astilla en un pajar, las camas torturaban mi espalda hasta sangrar maníaticamente y los horarios eran desquiciados.

Comencé a cerrar los ojos, sumergiendo mi consciencia en un estado somnoliento. De pronto, un ensordecedor golpe metálico sacudió los frágiles pilares sosteniendo la casa. El sonido empezó a incrementar fuera de control, rugiendo con fuerza dentro del lóbrego pasillo en el cual el señor trabajaba. Paulatinamente me comencé a acercar hacia el sonido, mi corazón gritaba alocadamente a través de mi pecho con esperanza de poder sobrevivir. Entre la oscuridad, una luz proveniente del inferior de una puerta escapaba desesperadamente del cuarto, mostrando entre la oscuridad un líquido rojo vivo esparcido por los barandales. La puerta portaba una lista pegada con un pin azul marino, anotados estaban nombres acompañados por una fecha. El último espacio estaba en blanco, pero adyacente a él la fecha de hoy estaba escrita. El sonido se detuvo, dejando solitario un silencio aterrador acechando entre las tinieblas. Mi mano, temblando con cierta potencia, abrazo la hebilla de la puerta. Gire la hebilla, y entre por la puerta.

Un foco singular colgaba del techo, levemente iluminando cientos de muñecos esparcidos por el suelo. Alcé cuidadosamente la mirada, mis ojos no podían creer lo que estaban viendo. Sus ojos me penetraban el alma, su boca estaba deformada y sin dientes, su piel estaba unida y tejida con clavos metálicos e hilo de baja calidad, y la sangre nadaba en los huesos expuestos entre la piel. Era un muñeco. Su pecho tenía escrita con cortes en carne fresca la frase “Pinocchio, il vero ragazzo”.

Mi cuerpo estaba hipnotizado entre parálisis y terror, la sangre congeló mis huesos hasta dejarlos helados, entrando así en un estado de shock. Las paredes comenzaron a cerrarse hasta secar mis lágrimas de llanto y desesperación. No existía rescate, no existía esperanza, solo existía esa mirada estridente de aquellos niños que tuvieron el mismo destino. De repente, una mano con dedos parecidos a un viejo abedul recayeron lentamente sobre mis hombros, siendo acompañadas por un machete enorme de carnicería porcina. Escuché el último latido de mi corazón hasta cerrar los ojos eternamente.



Pinocchio, il
il vero vero
il ragazzo

Estancia

de Ximena Aguirre Martínez

2do Lugar

Cuento Corto

Categoría Preparatoria

Prepa Tec Cd de México

“Vida, dejaré que te escapes

Y si lo haces, me mates”

(Enjambre, Vida en el espejo)

Odio cuando duermes porque la casa se queda callada. Entonces hago ruido, brinco en las escaleras, apago y prendo las luces, desordeno los platos de la cocina. Te voy a ver al cuarto, *a ver si ya me haces caso*, pero te estás quietecita, tu respiración pausada, tus pies fríos. Me estás ignorando, así como cuando un día decidiste que ya no existía para ti. No me avisaste nada, lo sobreentendí cuando dejaste de besarme para darme los buenos días, de esperarme para dormir. Y por un tiempo elegí no llevarte la contraria, porque te enojas.

Empezaste de a poco. Primero me exiliaste a esa parte de la casa donde no te gusta ir, y yo que nunca te discuto nada, me retiré allí. Luego escondiste mis cosas, mis fotos, mis trajes, los diarios plagados de retazos de alguna novela que nunca escribí. Esa semana me volví loco buscando lo que guardaste. Esculqué entre tus cajones y en todos los armarios, pero no estaban dentro de la casa. Estaban en lo profundo de la cochera, debajo de lo que parecía basura de dos personas que olvidan.

¿Por qué las pones ahí si sabes que está oscuro en la cochera?

Últimamente te extraño más. *Como si no te viera a escondidas*. Me siento en la taza mientras te bañas. Trazo figuras en los espejos empañados, cosas que me hacen pensar en nosotros. Tú y yo

sentados en las escaleras de una casa azul. Yo callado y tú hablando de todo. Te molestas, que no me importa, que no te presto atención. Si lo único que me ha dado la vida para pensar eres tú.

Cuando sales, me oculto en el cristal, así estoy junto a ti, pero en secreto. Me permito soplarte el cuerpo desnudo para erizar los vellos de tu piel. Espero a que te enojas y me mandes por donde vine, que alejes la mano con la que acaricio tu rostro. Pero solo te inclinas sobre ella, a ver si la encuentras calentita. Yo te dejo, para que si no, la calientes. Con tu cara descansando en mí, te siento estremecer. Entonces sé que me extrañas tanto como yo y espero paciente a que me pidas regresar. No dices nada. Alejo mi mano.

Di algo, que no me quiero ir.

Liliana. Liliana. Liliana.

Por favor

No importa, te espero.

Salgo del cuarto en lo que te vistes. Me recuesto en el sofá de la sala a pasar la tarde. Miro al techo, cuento hasta cien, pataleo los cojines, ruedo a la izquierda, ruedo a la derecha. Me levanto, camino a la cocina, remuevo los recibos de la encimera. *No me recordaste pagar nada, otra vez vamos tarde*. En el refri está la foto que te tomé cuando compramos la casa. No sabía que todavía la tenías. Se ven lindos tus ojos, tu ceño fruncido que augura un regaño.

Toc

Toc

Toc

¡Tocan la puerta!

Te escucho bajar corriendo. Te arreglaste, *¿a quién esperas?* Te ves contenta, como en la foto. Por un momento me alegro yo también. No me pongas triste. Abres la puerta y lo abrazas.

¿Por qué lo abrazas?

—Lo estoy

—Te ves más tranquila

—Me da gusto

Más oraciones sin terminar. *¿Qué te estás tragando, Lily?* Que no te de miedo que te escuche. Cuando te toma de las manos, una corriente helada me recorre el pecho. Los ignoro. No me atrevo a decirte nada. Te acerca a su cuerpo, te dejas. Me doy la vuelta para no verte, pero ahora están en el reflejo de la ventana. Sus manos te aprisionan y tú lloras. Tus ojos me persiguen a través del vidrio, pero no para pedirme permiso.

—No te lastimes más, Lilitana

No me lastimes, Lilitana

Él besa tu frente, tus párpados húmedos, tus cachetes. Como quien ruega que lo quieras, delineas tus labios con el pulgar, alargando mi vértigo. Te planta un beso tierno, lo extiende ansioso y tu boca aletargada lo permite.

¡No, detente!

Mientras, un hueco se siembra en mi centro. Él te da otro beso con cara de mordida, un roce que te explora el cuello. Ahí, donde supongo debe estar mi pecho, siento el oscuro crecer. El negro pinta mis adentros, comiéndome de la médula hacia los bordes. Lentamente, sin perdón ni castigo *¡Lilitana! ¡Lilitana!* Te grito para que me ayudes, para que me cuides como yo te cuido.

Te levanta en brazos y por un momento me pareces tan ligera. Tengo frío en los huesos, tanto frío que me arde la carne. Los sigo por las escaleras hasta la habitación. Te recuesta en nuestra cama y yo me trepo junto a tu cuerpo, para que me mires, para que me sientas. Pero allí, bajo la poca luz que se cuele por la ventana y la sombra que crea mi espectro, estás tú y está él.

Mírame, Lily. Mi sombra sigue pegada a tus pies. Aún te estoy esperando, espérame también.

Pero tendida en el colchón, no me piensas. No me piensas cuando te palpa desnuda, cuando gime que te quiere, cuando le aceptas su cariño. Estoy inmóvil. Así, el hueco me devora al tiempo que te acurrucas a su lado, *mi lado*.

No me sueltes, Lilitana, déjame quedarme otro rato.

Cinco minutos, si quieres solo cinco.

No quería morir cuando hiciera frío, ni a oscuras, ni lejos de ti. Pero aquí estoy, con las manos heladas, compartiendo la cama, callado aunque grito tu nombre. Y a tus labios rosados del desgaste, a tus ojos cansados, a tus oídos que mi voz ya no alcanza, estás tú, está él...

y el fantasma soy yo.



Déjame contarte

de Renatta Orozco Figueroa

3er Lugar

Cuento Corto

Categoría Preparatoria

Prepa Tec Querétaro

Ya sé que tienes prisa, no me tardo. Sí, tu bolsa ya está en el coche con la lonchera de Maia. ¿Te acuerdas de Bruno? Sí, el de las cartas. Dice que quiere venir a Querétaro en enero, por mi cumpleaños. Aún no sé qué quiero hacer, pero por favor no invites al tío Carlo. Mamá, por favor. Sí, su maleta de la natación ya está en la cajuela. Metí una toalla extra, la de aguacates que le gusta. De nada. Bueno, él quiere venir. ¿Qué tiene de especial? No lo digas tan despectivo. Te prometo que es diferente, mamá. No, no es lo que me tocó. Escucha.

Le conté de cuando solo vivíamos tú y yo. Porque confió en él, ma. Antes de que naciera Maia o te casaras con Ulises, éramos nosotras dos. Te acompañaba a trabajar, ¿te acuerdas? Me ponía a contar tarimas y me enseñaste a hacer facturas. Me quedaba dormida en el sillón de la oficina. Dormías seis horas. No es reclamo. Era chistoso, cuando crecí y me empecé a quedar en casa, siempre esperaba la hora en la que las piedras de la entrada crujieran cuando estacionaras el coche. Tu abrazo olía a Stafac 500.

Me hacías sopa de fideo o me ponías leche con colorante en vasitos de tequila. Era la única forma en la que me la tomaba. Entonces me llevabas a la natación, como a mi hermana. A veces Carlo pasaba por mí y veíamos una película. Sí, sí nos peleábamos pero no estaba tan mal. Me sentía contenta.

Ah, no me acuerdo si tienes gasolina, ma. Fuiste el miércoles pasado, debes de traer todavía. Espera. Le dije que pensabas que me parecía mucho a ella. A Maia. Que me recordabas como una niña feliz y espontánea, pero que no sabías qué había cambiado. ¿Qué? Esas son palabras que tu dijiste, mami: “maniaco-depresiva”.

Pero eso no importa. Años después te

fuiste a Cuernavaca. Fue un retiro de meditación de 20 días. Ahí conociste a Ulises. ¡Y yo aprendí a cocinar! Entré a un curso que me enseñó a hacer enchiladas y diferentes pastas. Ya no recuerdo muy bien pero... Perdón, se me olvidó. Sí, sí debería de aprender otra vez. Sí te ayudo.

Pero el día de la boda aún recordaba cómo hacer tu pasta favorita. Ese día lloré. Ya íbamos a ser una familia. ¡Iba a tener un papá! Pero supongo que la costumbre pesa más. No sabía cómo procesar que ya no éramos solo dos. ¿Cómo confiaba en que él sí se iba a quedar para siempre? Si mi papá no había querido estar, ¿Ulises querría?

Después nació Maia. Maia sí es hija de Ulises. Maia sí tiene a mamá y a papá bajo el mismo techo. Aunque ambos peleen, ambos se aman. Ambos se quedan. Eso, mami. Me costó la idea de creer que yo sí pertenecía a esa familia. Asumo que a partir de ahí me viste distinto, más gris. Me sentía sola y creo que empecé a ahogarme.

Me daba miedo que me dijeran que era un peligro para mí misma y que no podía hacer nada al respecto. Eso también se lo dije a Bruno. Sí, por eso nunca quise ir al psiquiatra. Ya sé que es una tontería. Perdón, ma. No te enojés. Yo sé, perdón. Solo quería que supieras que sentí que a él podía contárselo.

Estos meses que estuve fuera, me dio la impresión de que tal vez no estaba mal sentir. Que ser honesta no estaba mal y que tal vez no debía de renunciar a las cosas que quería solo porque no podía encontrarlas en donde estaba buscándolas.

Mami, me dijiste que me veías más feliz. Me siento más entera, más yo. Yo sé que me fui y ahora hay cosas que son diferentes. Carlo te trata mal, aunque es tu hermano. No me dijo nada

cuando me volvió a ver, hace dos días. Lo extrañé. Pero no sé. Yo no quiero tratar mal a Maia, solo porque yo estoy mal. Tampoco quiero hacerles daño a ustedes.

Bruno me ayudó un poco a ver que las cosas pueden ser diferentes. Yo quiero ser diferente, mami. No quiero ser una niña triste que llora en una alberca. Quiero asombrarme con el mundo, quiero emocionarme con los detalles y seguirme riendo de lo bonito que es estar viva.

Quiero ver a mi hermana crecer, quiero jugar con ella, quiero que pueda confiar en mí. Quiero ver una película, ¿tal vez todos juntos? Quiero comer a nuestras horas, no a las cinco de la tarde y de forma opcional. Quiero que nos cuidemos,

mami. Quiero sentirme cuidada por ti. Ya sé que tienes prisa, perdón por tardarme. ¿Puedo darte un abrazo?

Suerte en tu día, me saludas al abuelo. Dile que un día vamos a comer barbacoa. Ya está bajando Maia con Ulises. La peinó muy bonito para la escuela. A ver si no regresa toda despeinada. Disfruten mucho, ¿sí? Provecho, si van a desayunar. Gracias por escucharme.

¿Cierro la puerta? No, está bien, dime. ¡Ah! ¿Sí puede venir? ¿De veras? Ay, Dios mío. ¡Gracias! Me gustaría mucho que lo conocieran. Sí, sí, entiendo. Les va a caer muy bien, te lo prometo. Gracias, mami. Ahorita le digo. También se va a emocionar. ¡Claro! Bonito día. Sí. Yo también te amo.



Perfección

de Gustavo Yizreel Medel Maldonado

1er Lugar

Cuento Corto

Categoría Profesional y Posgrado

Campus Toluca

Mi nombre es Viktor Grüber, un hombre que antaño era carne y hueso, deseo y ambición, pero que ahora soy un monumento ruinoso de mis propias aspiraciones. Fui, en otro tiempo, un científico visionario, o al menos eso me consideraba. Durante años, mis días y noches se entrelazaron en un tejido infinito de cálculos y experimentos, mi único anhelo: alcanzar la perfección.

Oh, la perfección, que capricho tan humano, tan pueril. Y, sin embargo, la perseguí con la ferocidad de un hombre que busca arrancar a los dioses su mayor secreto. Mi trabajo se extendió sobre décadas. Estudié no solo las ciencias físicas y biológicas, sino también las matemáticas puras, las filosofías más esotéricas y las disciplinas que otros llamarían herejías. Alimenté mi mente como un hambriento perpetuo, tragando saber sin descanso, hasta que el simple acto de aprender se tornó insuficiente. Quería ser más que humano. Quería ser inerrante, infalible. Quería ser perfecto.

Finalmente, tras años de experimentación, logré mi propósito. Fue un proceso arduo, una intervención quirúrgica y bioquímica que reconstruyó cada célula de mi cuerpo, eliminando cualquier posibilidad de error. Mis decisiones se volvieron absolutas, mis pensamientos cristalinos. Todo lo que decía, hacía o concebía era correcto, incuestionable. No más fallos, no más dudas. Me había transformado en el epítome del ideal humano, o eso creía.

Los primeros días de mi transformación fueron embriagadores. Resolví problemas que habían desconcertado a las mentes más brillantes durante siglos. Mi voz, cuando hablaba, era aceptada como ley por todos. Nada podía escapar a mi entendimiento; cada incógnita cedía bajo el peso de mi intelecto como un simple castillo de arena bajo las olas. Era un dios entre

los hombres.

Pero entonces... llegó el vacío.

No sabría decir cuándo empezó. Tal vez fue una conversación con un colega, una de esas interacciones mundanas que solían estimularme en el pasado. Hablábamos de algún dilema ético trivial que antes habría sido motivo de largas noches de debate apasionado. Ahora, con un par de palabras, lo resolví, despojando la cuestión de su complejidad y reduciéndola a una verdad absoluta. Mi interlocutor se quedó mudo, admirado, pero yo sentí un peso insólito. Había matado al dilema, lo había estrangulado con mi perfección. El acto, en lugar de gratificarme, me dejó frío.

Pronto, esa sensación se extendió como una plaga. Cada problema que resolvía, cada enigma que descifraba era como un golpe al tambor del vacío. No quedaba misterio que me sorprendiera, no había lugar para la maravilla. Sabía todo lo que vendría antes de que sucediera, entendía cada emoción antes de sentirla, preveía cada palabra antes de que la pronunciara. Mi existencia se volvió un río inmóvil, sin corrientes, sin mareas.

La perfección, descubrí, es un estado de estasis absoluta. Todo conflicto, toda incertidumbre, son necesarios para el sabor de la vida. Sin ellos, la existencia es una monotonía asfixiante, una sucesión interminable de certezas vacías.

Intenté distraerme, volcarme en los placeres más simples. Probé la música, el arte, la literatura. Pero, incluso allí, mi perfección me traicionó. Cada composición era predecible, cada obra carecía de sorpresas. Mis sentidos, afinados hasta el extremo, detectaban las notas antes de que sonaran, anticipaban las pinceladas antes de que mis ojos las alcanzaran. El mundo entero era una repetición cansina, un teatro al que yo ya

conocía cada guion.

Busqué entonces algo que me desafiara, algo que pudiera romper la monotonía. Pero ¿qué desafío puede existir para alguien que no puede errar? Subí montañas, no por el goce de la ascensión, sino con la esperanza de caer, de sentir el vértigo de la incertidumbre. Pero incluso en los momentos más extremos, mi mente calculaba cada paso, cada movimiento, con una precisión que hacía imposible el accidente.

Un día, me atreví a intentar algo radical. Entré en mi laboratorio, ese santuario que antes me inspiraba reverencia, y comencé a desmontar los mecanismos que me habían transformado. Buscaba revertir mi estado, recuperar la falibilidad que tanto despreciaba en mi vida anterior. Sin embargo, mis propias manos me traicionaron. Cada ajuste que intentaba, cada modificación, estaba marcado por mi perfección. Mi cerebro, implacable y lógico, impedía cualquier acción que pudiera dañarme o fallar. La perfección era una jaula sin puerta.

Con el tiempo, empecé a envidiar a los demás. Observaba a las personas cometer errores, dudar, fracasar. Los veía tropezar y levantarse, luchando por comprender el mundo y su lugar en él. Y, paradójicamente, los envidiaba. Sus vidas, llenas de imperfecciones, estaban imbuidas de un significado que la mía jamás podría recuperar. Mis antiguos colegas, mis amigos, incluso los desconocidos en las calles eran infinitamente más ricos que yo en su humanidad.

La desesperación creció como un cáncer en mi interior. Intenté deshacerme de ella racionalizando, desmontando cada sentimiento con la lógica precisa de mi mente. Pero la desesperación no puede ser diseccionada; es una bestia que vive en lo profundo, más allá del alcance de cualquier bisturí intelectual. A medida que mi aislamiento crecía, comencé a temerme a mí mismo. No porque pudiera fallar, sino porque sabía que nunca lo haría.

A veces, me pregunto si la perfección fue siempre un espejismo. Tal vez, al buscarla, lo que realmente perseguía era la trascendencia, una forma de superar las limitaciones humanas. Pero lo que obtuve fue una trampa, una existencia que no es ni humana ni divina, sino algo peor: una

prisión de inmutabilidad.

Ahora, mientras escribo estas palabras, sé que este relato será perfecto. Cada palabra está colocada exactamente dónde debe estar, cada frase transmite su propósito con absoluta claridad. Pero también sé que estas palabras no cambiarán nada. Mi confesión no es un grito de ayuda ni un intento de redención; es simplemente otra expresión de mi condena.

Soy Viktor Grüber, un hombre que alcanzó la perfección solo para descubrir que, en ella, no queda nada por vivir. Y mientras el tiempo avanza, inmutable, me pregunto si el verdadero error fue no haberme permitido errar. Pero incluso este pensamiento es inútil. Después de todo, la perfección no tiene espacio para arrepentimientos.



Costras que no desaparecen

de Hannia Abigail López Soto

2do Lugar

Cuento Corto

Categoría Profesional y Posgrado

Campus Querétaro

Hola niña, debes de venir a ver mi costra, ¿no? Pasa, pasa, cierra la puerta antes de que entre el aire.

Perdón por el desastre, en ocasiones mi casa se ve como el interior de mi cabeza. Ahora que lo pienso, ya no recuerdo cómo era estar rodeada de orden. A veces creo que el mayor problema fue no ser buena con las matemáticas. Sí, recuerdo que multiplicar era muy difícil, casi tanto como jugar fútbol. En varias ocasiones me tocó que me pegaran en la cabeza con una pelota. Una vez se me rompieron mis lentes, me acuerdo que por dos semanas casi no veía nada. Es que también soy muy miope. Quizá ese era realmente el mayor problema. Sí, de haber visto bien, seguro habría sido buena con las matemáticas. Al menos las sumas me salían bien, o eso solía decir mi madre:

—Tan bien que te salían las sumas y restas, ¿por qué ahora no multiplicas y divides?

La verdad es que al final ni siquiera tuve que aprender a multiplicar, la calculadora lo hacía por mí. ¿Realmente fueron el problema las matemáticas? Debió ser mi educación en general. Por ejemplo, a mi madre nunca le gustó la idea de hablar sobre sexualidad. Además, las monjas de la escuela sólo decían que no debíamos hacer nada profano. Yo no sabía qué era profano, cuando lo descubrí ya era muy tarde, ya lo había hecho. Aunque claro que no le iba a poner profano, ese hubiera sido un nombre feo y ni a las sorpresas se les tiene que tratar mal.

Ay no, qué estresante fue hablar de la existencia de Profano. Estaba muy preocupada, más que cuando enseñaba mis exámenes de matemáticas. O los de español. O la boleta. Aún recuerdo cómo me volteó a ver el Cristo en el cuadro de mamá. La última cena. Creo que así se llamaba el cuadro, o tal vez así lo recuerdo porque

fue mi última cena en casa.

La mejilla me dolió por días y papá dejó de hablarme. Aunque no es como si antes lo hiciera mucho. Siempre quiso un hijo y yo no lo era. Lo importante es que dejó de zumbar su voz en mis oídos. No me importó mucho. Lo que sí estuvo feo fue que mamá no me daba de comer, era como si pensara que Profano desaparecería si no me alimentaba. Aunque de haberlo hecho, ambos nos hubiéramos terminado consumiendo en el hambre.

Ya es hora de mi merienda, si no como algo me van a dar agruras, ¿tú no tienes hambre, niña? Estás muy flaca, de seguro en tu casa no te dan de comer. Ven, ven. Debe haber algo en la alacena. Me encanta organizarla y contar cuánto tengo de cada cosa uno, dos, tres... lo necesario para una comida rápida. Sólo preparo cosas sencillas, a veces la costra me duele tanto que no me puedo parar de la cama, ni recordar días felices. Aunque otros días lo que más me duele es la artritis.

Al final no morí de hambre y Profano siguió dentro de mí. Mamá fue a hablar con el papá de mi novio, qué vergüenza. Y aún con eso la cosa no mejoró, mamá esperaba que hubiera boda, pero nada. Nada, nada. Ya no tenía que preocuparme de la escuela, no tenía que leer, ni multiplicar, ni cuidarme de los balones en la cancha. Pero Profano seguía creciendo y mamá decía que se agotaba el tiempo. Yo no entendía a qué se refería, pero la escuchaba gritarse con papá. Ese, el que ya no me hablaba. A veces parecía que las palabras que no me decía a mí se las decía a mamá. Y sonaba enojado, siempre enojado.

Yo no estaba enojada, en ocasiones tenía miedo y muchas otras veces más era confuso. Hasta que por fin llegó, el día sin gritos. Papá había salido una noche antes, diciendo que

quería regresar y que no hubiera ningún problema en la casa. Aunque en realidad, mamá no podía arreglar las goteras en el techo, ni hacer que el agua saliera caliente de la regadera. Justo estaba preguntándome eso cuando mamá entró a verme.

—Cámbiate, es hora de que nos deshagamos de este problema.

No sabía de qué hablaba, pero tampoco dije nada. Ese fue el problema, ¿no? ¿Qué más da? Ese día no hice más preguntas, simplemente me quité la pijama y la seguí. Antes de darme cuenta llegamos a esta casa.

Antes estaba muy ordenada. No tenía idea que fuera tan difícil que todo estuviera en su lugar. Aunque el verdadero problema es que todo tenga su lugar. ¿Cómo sabes en dónde debe de ir todo? Estos días lo único que sé dónde está es la costra, esa nunca cambia de lugar y de vez en cuando es lo único que mi cerebro logra recordar.

Da igual, llegamos y empezó a hablar con una señora mayor.

En la que con los años me comencé a convertir.

Empezaron a hablar de Profano. Hablaban de esa boda que no ocurriría. El novio se había ido al otro lado, huyendo de lo que crecía de este lado del río. No, no, el novio no llegó al otro lado, de seguro se había quedado sin comida. Al final, ¿qué más daba si estaba vivo o no? De todas formas para mí ahora era Humo, apenas más que un recuerdo. Y eso mismo pensaba mamá, el novio era lo de menos, Profano era lo delicado.

El problema era que aún siendo Profano era un regalo divino. Pero mamá no quería el regalo. Debí preguntar qué pasaría si Profano se perdía, pero al final no hablé y mamá dijo que pagaría lo que fuera. Yo no sabía con qué dinero. Cuando yo había mencionado que quería ir al doctor me habían dicho que no había dinero, así que no entendía de dónde había salido ahora. Tal vez venía del otro lado. La señora dijo algo que hizo a mi mamá pensar.

—La muchacha tal vez no pueda volver a casa.

Me gustaría pensar que por un minuto se puso triste. Tal vez, incluso, lo dudó. Supongo que ella sí se lo preguntó. Pero creo que al final recordó a papá. O tal vez él la poseyó, porque juro que sus

ojos se convirtieron en aquellos que me juzgaban. Al final se decidió y entonces habló.

—Lo que sea por deshacerme del problema.

Ahora sí que tenía preguntas. ¿El problema era yo? ¿El problema era Profano? La verdad es que los dos intentábamos ser buenos niños. Ambos amábamos a nuestros padres. Y me gustaría pensar que nuestros padres llegaron a amarnos a los dos. Al menos yo sé que lo amé, aunque no pudiera ponerle un nombre bonito. Y no es como que no me lo hubiera preguntado, cuando no había gritos afuera solía pensar en nombres, unos más bonitos que Profano. Quería conocer el significado del nombre para explicárselo. Asegurarme de que sus preguntas tuvieran respuesta. Y hacer que le gustaran las matemáticas. Creo que por Profano hubiera podido multiplicar, después de todo no era muy diferente a sumar.

Al final no importó, la señora accedió a deshacerse de los problemas. Recuerdo que había olor a incienso y mamá ya no estaba en el cuarto. Tal vez se preguntaba en dónde estaba yo y qué me estaban haciendo. Al menos eso es lo que pensaba. Aunque después ya no podía pensar. Todo comenzó a doler. Y salió sangre, mucha, de todos lados. ¿O salía de mí? Aunque quería, no podía preguntar, era mucha sangre.

Y fue ahí. La sangre comenzó a llevarme. Comencé a hacer preguntas. Casi sin querer pregunté por Profano, por mi madre, incluso por mi padre y el de Profano. Pero al final no hubo respuestas. Ninguno regresó. O al menos no por mí. Creo que me desmayé y la sangre paró. Cuando desperté, apenas recordaba dónde estaba. Me acordaba de Profano y de la vez que me golpeó la pelota en la escuela, pero no sabía en dónde estaba. La señora entró y entonces recordé. Aunque sólo me quedó llorar, por el dolor que había sentido y por el que estaba en mi pecho. La señora pareció entender, porque decidió dar respuesta a varias de las preguntas que no lograba decir.

—Ay niña, tu chamaco ya no está con nosotros; en realidad, tu alma ya tampoco está aquí. Por eso no puedes volver a tu casa. Tu mamá trajo tus cosas hace rato.

—¿Qué le pasó a Profano?

—¿Profano?

—Mi bebé.

—Ya te dije que no está aquí. Ya ni lo preguntes. Descansa hoy que mañana empezamos con las clases.

A mí no me gustaban las matemáticas, ni la historia, odiaba conjugar verbos y pensar en una pelota hacía que me doliera la cabeza. Yo sólo quería sentir a Profano. A veces me pateaba y era como si me hiciera preguntas. O como si me diera respuestas. Pero eso no pasó. Ahora ni siquiera en sueños lo he vuelto a ver. Creo que realmente el problema fue nunca quejarme. Ni decidir qué era lo que quería...

Por cierto, ¿ya te enseñé mi costra? ¿Qué tal la comida? Hace mucho no cocinaba para dos, cuando murió doña Luz, la casa se convirtió en un desastre. Dejé de encontrar el lugar de las

cosas. O las cosas dejaron de encontrar su lugar. Bueno, bueno, ¿en qué estaba, niña? Ah sí, la costra. Pues antes de darme cuenta me salió una costra. Y es de esas que no desaparecen, a veces le digo Profano chiquito. Me gusta pensar que ahí está, esperando a que mi cuerpo se rinda y nos podamos consumir los dos. Pero no de hambre, eso es muy feo. Estaría bien si nos consume la tierra.

Bueno niña, ¿tienes alguna pregunta? Lo siento, no puedo evitar ponerme a recordar cuando alguien toca mi puerta. Debes saber que no hay marcha atrás si decides deshacerte de tu Profano, aunque no desordenaré tanto tu cabeza. Me tomó algunos intentos pero al final lo logré. Ya verás, tú no olvidarás el lugar de las cosas, ni tus cosas olvidarán su lugar. Aunque eso sí, te quedará una de estas costras, para acompañarte incluso en aquellos días en los que las cataratas empiezan a nacer de tus ojos.



Fragaria

de José Luis De Loera Muñoz

3er Lugar

Cuento Corto

Categoría Profesional y Posgrado

Campus Guadalajara

Así que abrí los ojos, y la luz del amanecer bañaba mi piel. Con mis manos acariciaba mi cuerpo, hasta que en mi cabeza sentí unos pequeños pétalos creciendo de mi cabello, y con cuidado toqué la pequeña flor que creció en mi cuerpo y que salía por mi boca.

Al levantarme me percaté de que, frente a mí, al otro lado de la pequeña loma, había un montón de risueños pajarillos confesando sus más grandes añoranzas. Me acerqué para saludar, pero vieron la flor de mi boca y huyeron en cuanto di el primer paso.

Después encontré a una sencilla familia de ratones, aferrados a sus extensas colas, recorrían pasito a pasito el sendero de amapolas carmín. Me acerqué para saludar, pero también se fijaron en mi flor y corrieron lejos cuando menos quería que se fueran.

Volteé al cielo y vi las nubes, celebraban ostentosas un gran banquete. Intenté llamar su atención, pero no me oían. Grité tan fuerte que mi voz palideció. Cuando al fin me escucharon, todas inmediatamente abandonaron los cielos, puesto que ya sabían quién era. La capa celeste fue lo único que quedó sobre mi cabeza.

Caminaba por todas direcciones, pero siempre encontraba de cara al viento, soplándome frías mofas y callando mi amargo lamento. Así seguí, hasta que un viejo pino, sin ramas, caracterizado por hablar siempre en verso y por tocar un laúd tallado de su propio tronco, me habló.

— ¿Por qué? — preguntó el pino.

Sabía de lo que hablaba y entendía por qué la tierra me abandonaba. Una noche, las estrellas soltaron lágrimas. Las lágrimas destellantes morían antes de siquiera tocar el pétalo de cualquier orquídea. Mas la tierra permitió que un

solo destello creciera en ella, formando así a una plantita. Yo la vi nacer y la tierra me encomendó cuidar de esa planta de luz.

No obstante, con el tiempo, la misma tierra entendió que el fruto de aquella planta haría que este mundo bello y mágico callera en decadencia a su muerte. Solo quedarían las cenizas de lo que alguna vez fue. Así que mandó a la luna, que también la vio nacer aquella noche, a destruirla. Sin embargo, no lo permití, desde entonces las noches son crudas y oscuras, puesto que ya no hay blanca princesa a quien llorarle.

La tierra destruyó la planta con sus propias manos mientras limpiaba el carmín de las mías. Caí de rodillas y, entre sollozos, clavé con fuerza mis uñas en la arena. Afortunadamente, una semilla brilló con mi llanto y no dudé en comerla.

Con la planta creciendo dentro de mi cuerpo, la tierra ya no pudo hacer nada para evitarlo. Como prueba de mis acciones, la planta proliferó y creció, hasta que una flor salió por mi boca y cientos de capullos nacieron por mi cuero cabelludo.

— ¿Por qué? — Repitió el pino — Todos dicen lo mismo. No lo deja de jurar el profeta, no se cansa de cantar el poeta y siempre lo grita la analfabeta. Aquel fruto marcará el día de nuestro luto, cuando las campanas replicarán y los adormecidos despertarán. ¿Por qué lo dejas crecer? ¿Acaso no vives tu gran fantasía?

Decidí responder:

— Deja volar los pies al viento. Deja crecer las manos junto a las plantas. Deja caer la palabra contra el cuerpo. Deja que esta semilla germine dentro de mi ser y que su fruto sea también el mío.

El pino es muy sabio y entendió todo. Así que se despidió con cordialidad. Levantó con fuerza

sus raíces y caminó lejos... Al horizonte.

Con el tiempo la flor de mi boca fue formando un fruto, una fresa del mismo color de mi sangre. Su olor era un cálido abrazo y reconfortante en las oscuras noches sin luna y en los tristes días rodeados por el vacío. Su forma imitaba mi corazón, justo como imaginé que sería.

La fresa es incertidumbre y nunca será certeza. La fresa es misterio y nunca tendrá un concepto. La fresa es caos y nunca habrá un orden. La fresa es memoria, tan frágil y difusa como ayer. La fresa es sombra, siempre resultado de algo más. La fresa es crecimiento, es aprendizaje, es adaptarse. La fresa es crecer, eventualmente crecer llorando. La fresa es decisión, por voluntad propia y no por la de alguien más. La fresa es salir de la ficción. La fresa es ser. Y no tiene nada de malo.

Un día ya no quedaba nada, el pasto, los arbustos, los árboles, los animales y las aves, todos ya habían huido lejos. Solo quedábamos la fresa cuyo tallo sale de mi boca, la tierra y yo. Así que me acurruqué en la tierra y la tierra me abrazó. Sabíamos que no faltaba mucho.

— ¿Cómo te sientes? — empezó a hablar la tierra.

— Bien — respondí. Las raíces de la planta crecían fuera de mi cuerpo y con cariño se aferraban a la tierra.

— Yo cree este mundo para ti ¿Por qué lo abandonas?

— Aquel viejo pino lo entendió perfectamente — por cada sílaba en mi boca las raíces se enterraron en la tierra, ahora estamos unidos —. No podía quedarme aquí por siempre, debía cambiar.

— Pero aquí fuiste tan feliz, no tenías que preocuparte por nada.

— No me malinterpretes. Sí, fui feliz y me duele tanto como a ti dejar todo atrás — de las raíces salieron más tallos que nos cobijaron —. Esto lo hago porque he crecido y ya no puedo vivir entre sueños.

— Sueños... — De los tallos nacieron múltiples capullos. Después la tierra dijo con un sutil sarcasmo: — Para mí todo fue muy real — los

capullos dejaron de crecer y la tierra lloró.

— ¿Por qué lloras tierra?

— Porque te vas — los capullos estaban marchitándose poco a poco — no quiero que te alejes de aquí — de repente los capullos florecieron de golpe —. Pero está bien, no tiene nada de malo. Adiós Caeli, nunca dejes de crecer.

Pude sentir cómo la tierra me sonreía. Cierto, no lo recordaba, me llamo Caeli.

La fresera donde estábamos cobijados creció en todas direcciones y por todo el espacio. Así siguió hasta que el mundo desapareció entre ramas, flores y fresas. Tan solo quedaron las cenizas y los fragmentos de lo que alguna vez fue un mundo fantástico.

Así que cerré los ojos y todo fue negro.

...

No hay nada como respirar y luego sentir el suelo bajo mis pies, sentir cómo una brisa de aire empuja mis cabellos y al extender mis manos, acariciar la hierba alta de un pastizal. Volví a abrir mis ojos y vi el rojo atardecer detrás de la alta montaña. Y en frente reconocí la tumba de mi hija, hacía tiempo que no venía aquí, tanto que el pastizal creció y la cubrió. Corté la hierba, limpié la piedra de la lápida y planté una pequeña fresera a su lado. Las fresas siempre fueron sus favoritas, por eso en casa teníamos una planta más grande que daba unos enormes frutos, solo que la descuidé y se terminó secando. Algún día, esta planta que acabo de sembrar aquí, crecería tanto que volvería a dar esos frutos que tanto le gustaban. Antes de irme, acaricié con delicadeza y nostalgia la inscripción sobre la lápida y la leí cuidadosamente:

Sit tibi terra levis

Caeli



Jano

de Ana Roberta Santos Panait

1er Lugar

Cuento Largo

Categoría Preparatoria

Prepa Tec Cumbres

Un día, Mercedes amaneció con una cara. Con eso empezaron sus problemas.

Todos amanecemos con caras, incluso los que no las tienen. La cara es algo natural en nosotros, una masa de piel pegada a nuestra calavera y decorada con ojos, boca, nariz, y orejas. O no. Depende. Pero lo que sí es constante es que la cara siempre está ahí, no importa el momento, pero no cobra tangencia hasta que la vemos reflejada en un espejo. Es ahí cuando la cara deja de ser un concepto presente pero irrelevante e inconcebible, y se convierte en algo de importancia para nosotros. Si no se tiene el privilegio del espejo empañado del baño, el privilegio del reflejo sobre un charco de agua, el privilegio de nuestra cara vista de reojo en una ventana, entonces no se tiene el privilegio de conocer la cara propia, y, por lo tanto, el de la individualidad. Es por eso que los vampiros no tienen reflejo: no son humanos, y menos aún seres individuales. Parásitos sería el término apropiado.

Pero el punto no es que Mercedes amaneció con una cara común y corriente, porque esa no sería una buena historia, si no que cuando Mercedes arrastró sus pies fuera de la cama y hasta el bañito conectado al único cuarto de su departamento, ella gritó. Y gritó. Y gritó un poco más. Gritó tanto que su garganta se cerró en huelga.

Algunos críticos, creyendo a Mercedes una mujer vanidosa, creerán que la causa de horror no había sido otra que algún grano malformado en su nariz, o tal vez la aparición de unas ojeras como de mapache bajo sus ojos. Dirán que Mercedes se habría creído fea, y esa misma tragedia fue la causa de su grito. A otros, y con otros, me refiero a todos porque no hay mucha gente lo suficientemente interesada en la supuesta fealdad que pueda tener la cara de una

mujer al despertarse por la mañana, ya que esto no es tema de interés popular; dirán que algún fenómeno extraño habrá ocurrido en el rostro de Mercedes.

Y es verdad. Tienen razón. Un fenómeno de extrañeza milagrosa y naturaleza mitológica había ocurrido en el transcurso de la noche, entre ronquidos y vueltas, y ahora la garganta de Mercedes sufría las consecuencias.

Un día, Mercedes amaneció con una cara. Específicamente, la cara de su padre.

En el espejo del bañito se podía ver eso perfectamente. Ojos pequeños y marrones, boca alargada, pómulos hundidos, un bigote escuálido sobre escuálidos labios. Incluso una vieja verruga escondida bajo la oreja izquierda. Todo era su padre. Todo era un hombre muerto. Lo único que quedaba de Mercedes era el mentón, pero hasta eso había sido de su padre en primera instancia, heredado a ella como camisas viejas o un reloj de bolsillo con las manecillas torcidas.

Por eso la pobre se encontraba tan horrorizada. Jamás había ella escuchado de tal condición médica. Una vez, hace ya varios meses, había leído en el periódico que algunas enfermedades aparecían con el paso del tiempo. “Latente”, decía el científico tal de la universidad de tal en el artículo. Quizás era eso, una enfermedad escondida en sus entrañas que decidió resurgir esa mañana. O una extraña mutación adquirida después de ser mordida por una araña. O no. Probablemente no.

Lo cierto es que Mercedes no era científica, o doctora, o incluso superheroína. Ningún título que poseyera la ayudaría a formular una hipótesis. No podía explicar lo que le estaba pasando en el momento, si la causa era alguna condición heredada de su árbol genealógico, o un

gen mutado y maligno dentro de su ADN. Lo único que sabía es que ahora tenía la cara de su padre, y eso no era tan normal.

Esto la asustó un poco, sus dedos recorriendo y pellizcando las arrugas que se habían formado bajo sus ojos y que un día antes no habían estado ahí. Si alguno de los vecinos la veía así, cargando la cara de un hombre muerto en vez de la cara de Mercedes, seguramente terminaría encerrada en algún laboratorio secreto del gobierno.

Aunque, ahora que lo pensaba bien, el gobierno probablemente no tenía presupuesto para laboratorios, menos aún laboratorios secretos. Un museo de fenómenos, entonces. Esos que exponían pequeños becerros de dos cabezas, o mujeres con cuellos jirafezcos, u hombres tatuados hasta en los ojos. Y si no era ni laboratorio ni museo, terminaría en un lugar peor: esos circos ambulantes que llegaban a la ciudad cada luna azul después de recorrer todo el país, de esos que amaba visitar de niña. A Mercedes no le gustaba viajar, así que definitivamente sería una molestia.

Eso le dio miedo. Tanto miedo que se encerró en su departamento y no salió toda la semana. Qué vergüenza le daba asomarse por la ventana, con su bigotito y verruga, tanta vergüenza que la cubrió con una sábana junto con todas las demás. Ni el espejo se salvó de la censura, y terminó arrancado de la pared de mosaico del baño y exiliado a una esquina, cubierto también por sábanas como fantasma de bajo presupuesto.

Pero lo cierto es que no hay mucho que se pueda hacer desde un departamento, y esto incluye ganar dinero. Mercedes no era rica, y los días disponibles para vacaciones que la compañía le daba se habían ido más rápido de lo que esperaba. La cara de su padre, sin embargo, todavía no la había abandonado. Si no quería perder su trabajo, su departamento, y la idea de un futuro más allá de él, Mercedes debía de salir con todo y cara de padre.

Y eso hizo.

Para que toda la cosa no fuera tan rara, sacó de debajo de la cama el baúl en donde había guardado la poca herencia que su padre le había dejado aparte de mentones y, ahora, su propia cara. De ahí había rescatado lo que pudo, y de la

casa salió viéndose como señor pleno y derecho, señor de pantalones usados y camiseta de trailero. Ahora Mercedes se parecía aún más a él, quedando como único recuerdo visible de la antigua ella una coleta de pelo largo. Ni el sol era el mismo. Brillaba distinto. O tal vez era así como su padre solía ver al sol.

El trabajo de Mercedes no era difícil. Era secretaria en una de las miles de compañías dirigidas por uno de los millones de nuevos jóvenes emprendedores, empresarios de copia y pega respaldados por un diploma de la universidad más cara de la ciudad y las palabras de sus madres asegurándoles que eran especiales y únicos. Su jefe, un jovencito de veinte-tantos, dirigía una empresa que producía shampoos biodegradables sin parabenos con sabor y olor a fresa natural para pomeranios.

Como es aparente, no tenía muchos clientes.

Pero pagaba, y cuando todo se viniera abajo y la compañía quebrara, alguien más pagaría.

Los primeros días fueron extraños. El jefecito, como le decía Mercedes en su cabeza, se lo tomó como se esperaba que alguien que vivía de vender shampoo de fresa para perros. Unas cuantas miradas de reojo, una ceja alzada que regresó a su lugar después de una rápida revaloración de prejuicios propios, un incómodo gesto de reconocimiento... Mercedes, en un arrebato de compasión ante la mortificación del pobre hombre, le explicó que amaneció con la cara de su padre, que no afectaría su trabajo, que ya había agendado la cita que él le había pedido con los prestamistas del banco, y hasta ahí se quedó la cosa.

Por muy incómoda que hubiera sido esa primera experiencia, mientras las semanas fueron pasando y el jefecito se daba cuenta que la cara paterna parecía estar permanentemente pegada a Mercedes, y las cosas regresaron a una tranquila normalidad. Mejoraron, si hemos de ser honestos. El jefecito, como muchos otros jóvenes de su generación, gravitaba a cualquier figura paterna al alcance de su solitaria mano. Mercedes, que no era paterna, pero sí tenía cara de padre, se dio cuenta de esto demasiado tarde, cuando el jefecito ya la invitaba a por unos esquites al salir del trabajo o a ver con él el partido del mediocre

equipo de fútbol local. Hasta le subió el salario, con tal de que Mercedes le hablara bonito. Y bonito le habló, porque al fin y al cabo vivimos en una economía y hay que sobrevivir en ella.

Resulta que, después de todo, tener la cara de su padre le hacía las cosas más fáciles a Mercedes. Él había sido un sujeto carismático, popular en sus círculos sociales y con amigos en cada rincón de la ciudad. Tenía de esas facciones fáciles a la vista, de esas que hacían que los policías no te cobrarán las multas del parquímetro y que los arrendadores finalmente llamaran a un plomero. Tomando eso en cuenta, mirarse en el espejo dejó de ser una prueba de talla herculeana para Mercedes: ahora le gustaba un poco lo que veía, y el reflectante fue rescatado de debajo de la sábana. Hasta empezó a cuidar al bigotillo, al menos por vieja vanidad.

La vida cambia con la cara, esa fue la gran revelación de Mercedes. Y, considerando la falta de silbidos cuando caminaba por la calle, cambió para mejor.

Meses pasaron, meses en los que Mercedes siguió portando la cara de su padre, y esta se convirtió en suya. Y así hubiera seguido por toda la vida si no hubiera llegado noviembre y a Mercedes no le hubiera entrado un aire de piedad filial.

Y es que no llegamos al mundo ya formados, con piernas, cabeza, y brazos. Venimos de alguna parte, de algún lugar, porque es ridícula la idea de formarnos a nosotros mismos. No somos microorganismos de tamaño microscópico, multiplicándonos en placas de Petri pertenecientes a algún científico desquiciado. Es, en cambio, mucho trabajo. Se tienen padres, aunque los conozcamos o no, que hicieron esa labor por nosotros. Ya es nuestra propia decisión si agradecerles o no.

Mercedes era de esas personas a las que le sentaba mejor agradecerles, al menos por cortesía. Había sido educada para ser cortés, especialmente a sus propios padres, y aún más si estaban muertos: mientras están vivos, es admisible detestarlos. Si están muertos, ya no tanto. A los muertos no se les ofende, por mucho que estos hayan ofendido en vida. Ya cuando nosotros pasemos también al otro lado, se tendrá

la oportunidad de liberar nuestra frustración en contra de ellos. Mientras tanto la tragamos, la escupimos, la hacemos madeja y la metemos en un bolsillo del pantalón, cargándola en silencio a todas partes.

La cosa es que Mercedes a su padre ya lo tenía muy bien agradecido. Después de todo, cargaba con su cara como burro costalero, como si imagen de la Virgen se tratara. Toda palabra dirigida a ella era para su padre. Todo logro de ella lo recibían primero que nada sus ojos. Si eso no era honrar la vanidad paterna como agradecimiento por el regalo de la vida, entonces no existe tal cosa como el acto de agradecer.

Pero, como ya dijimos, la vida no emerge sola. Tampoco emerge de una sola persona. Si así fuera, no habría más que clones tristes en este mundo, replicándose en aburrimiento y tratando de ignorar la falta de originalidad de su existencia. No: la vida viene de dos en dos. De duplas. De una madre y un padre. Y todos sabemos en quién de los dos cae el peso de dar vida.

Noviembre, como ya hemos dicho, fue el momento en el que Mercedes recordó que solía tener madre. Como la cara, dejamos de recordar a las madres cuando ya no las vemos. Es algo triste, pero cierto: la madre es concepto y no persona. Pero Mercedes la recordó por una razón u otra, y terminó en el cementerio municipal con un ramo de flores en mano y los ojos llenos de vergüenza. Ay, su pobre madrecita, que tanto la había esperado con la sola compañía de gusanos y los vecinos muertos del panteón.

Perdóname, le había querido decir. No fue mi intención. No te quise dejar sola. Como tú me cuidaste en vida, yo prometo empezar a cuidarte bien como muertita. Y se lo dijo, pero su madre, que se había alzado de su entierro para recibir a la hija que por tanto tiempo había esperado, regresó a la tierra como si Mercedes hubiera sido la fantasma dando sustos y no ella. Por mucho que la trató de convencer, Mercedes no logró sacar a su madre del suelo: la mujer ahora le tenía miedo. Y es que Mercedes ya no tenía cara de Mercedes, si no la del padre de Mercedes, y eso aterraba como nada en su vida y en su muerte a la madre.

Por primera vez desde la fatídica primera

semana de su extraña condición, Mercedes sintió repulsión de su cara. Tanto había disfrutado de verse como su padre, que lentamente se había convertido en él. Justo lo contrario a lo que su madre una vez le hizo prometer, años atrás, en otra vida. ¿Por qué había disfrutado tanto de ser un hombre odiado? Y es que eso justo era su padre: un hombre odiado por todos los que tuvieron la mala fortuna de conocer su verdadero ser. Odiado hasta por Mercedes cuando seguía vivo.

Odiaba sus ojos, arrogantes en su pequeñez. Odiaba su boca, porque de ahí no salían más que falacias absurdas y sonrisas sardónicas. Odiaba su bigote escuálido, el gran amor de la vida de su padre. Su único orgullo. En el momento en el que Mercedes recordó su odio, empezó a odiarse a sí misma. Porque, lo quisiera o no, ahora era idéntica a su padre.

Tenía que arreglarlo de alguna forma.

Así que fue al médico, la opción más lógica, pero le dijeron que no había cura para la condición y le cobraron mil pesos por la consulta. Al día siguiente, fue con el cirujano, pero él le dijo que no y trató de convencerla de hacerse una rinoplastia y una liposucción. Y al día siguiente, cargando con la derrota de los días anteriores, fue al barrio chino a que le hicieran acupuntura en la cara, solo para terminar entumecida, picada, y con la cara de su padre bien pero que bien pegada.

Ya cuando Mercedes estaba al borde de agarrar un cuchillo y arrancarse la cara de una vez por todas al ver que nada funcionaba, la vecina del piso de arriba, al enterarse de su dilema, amablemente le ofreció el número de la prima de la amiga del hermano de su suegra, de quien los murmullos decían que hacía limpias y leídas de cartas. De la medicina a la brujería no hay mucha distancia, así que Mercedes la cruzó sin dudarle mucho.

Resulta que la mujer si hacía limpias, y las hacía bien. La sofocó en incienso y copal, la golpeó con ramitas de romero, y le restregó un huevo que ni de gallina parecía por todo el cuerpo. Cuando terminó, rompió el huevo sobre un vaso de agua entre susurros ininteligibles. Cuando la yema cayó al fondo, esta era negra. Había que admitirlo: eran malos augurios. Muy malos augurios. Augurios

negros.

La mujer, que decía llamarse Morgana, pero más tenía cara de María, negó con la cabeza hacia el fétido huevo podrido. Le dijo que pues no eran buenas noticias, que le habían hecho algún maleficio o echado el mal del ojo, que la habían infectado con una de esas brujerías que hasta la salvia blanca no puede quitar, ni aunque sea fumada como puro, que no había cura alguna que la mujer pudiera realizar para ayudarla. Mercedes estaba completa e irremediablemente maldita.

El estar maldito no siempre es malo. Por eso las abuelas dicen que siempre hay una bendición escondida en las maldiciones, oculta bajo las capas de negrura externas. La maldición se vuelve malvada cuando el receptor decide que lo es, eso sí. Si acepta la maldición, si aprende a quererla, si se perdona por recibirla, si decide respetarla, entonces no hay mucho mal que esta pueda hacer voluntariamente. Sin embargo, no es fácil aceptar las maldiciones, y no se puede esperar que lo hagamos con porte contento, menos aun cuando se trata de una maldición quita madres y quita caras.

Decidida a no dejarse dominar por el maleficio, desoyó la negación de la bruja y buscó a quien ayuda cuando la medicina y brujería se quedan cortas: un artista. No hay profesión más extravagante que esta ni más omnipoderosa en su alcance, y es que todos los artistas son excéntricos por naturaleza y enloquecidos por el tiempo. El suyo probablemente más de lo habitual, ya que vivía en una bodega con techo de lámina que antes servía para almacenar pintura en la ferretería del padre del artista.

Pero el exterior de la casa importa poco a seres como él, porque nació criatura reflexiva, persona a quien el exterior solo es de relevancia cuando se trata de reflejar algo que justifique su importancia, por mucho que lo que el artista reflejaba era pobreza.

El artista la recibió con una sonrisa ausente, sentándola en un banquillo desigual en medio de la bodega, y calló, pero no por mucho, mientras Mercedes le relataba su historia con total dramatismo. Aparentemente inspirado por su infortunio, porque es muy cierto que los artistas aman las temáticas pesadas y morbosas, agarró

sus pinceles y una vieja fotografía de la mano de Mercedes para empezar con su ardua labor. El artista, para evitar que cualquier otra inspiración o eureka interrumpiera el vínculo entre él y su lienzo, léase con «lienzo» la cara de Mercedes, empezó a hablar consigo mismo como si ella no existiera. Probablemente, no lo hacía para él. Mercedes era otro concepto, otra idea de la que pintar hasta que llegara una nueva y fresca.

Pero talento tenía, eso no hay como negarlo. Tanto talento que, tres horas después, Mercedes se veía la cara en el espejo y no reconocía a su padre en ella. Su memoria finalmente la había abandonado. En cambio, el retrato en su cara no era otro que el de su propia madre, reclamando ahora un nuevo lugar en su rostro. El pintor había tapado el bigotito de su padre con una capa fresca de pasta barata que llamaba pintura, y añadido volumen a los labios con un poco de la misma pasta ahora teñida de rojo. También había copiado los ojos verdes de su madre con una suave capa esmeralda sobre sus irises, y alterado la construcción de la cara misma con un juego de luces y sombras aplicados diestramente.

Los ojos de Mercedes se iluminaron como estrellas ante la visión frente a ella: su cara era todo lo que había querido y más. Con súplicas y rezos, trató de convencer al pintor de que le permitiera agradecerle por su acto de caridad, pero este se negó rotundamente, pidiendo como único pago fotografiar su trabajo o, como él decía, su obra maestra. Su mano pintaba por el amor al arte y no a la moneda, insistió. Mercedes, aún más insistente, escondió un fajo de billetes bajo uno de los botes de pintura de la bodega cuando el artista no estaba mirando. Para que no se muriera de hambre, pues, el buen hombre.

Los días siguientes faltaron del bullicio que determinaban su vida cuando solía poseer la cara paterna: puede que el jefecito ya no la invitaba a los partidos, que, aunque triste, no era ninguna tragedia, considerando que los partidos no eran entretenidos de ninguna forma, pero cambiar de apariencia le había permitido ver la vida con ojos más tranquilos. El cielo se veía más azul, y los correteos del niño de la vecina la hacían reír por las mañanas. La gente la saludaba por la calle, y como esta le decía que se veía bonita, empezó a llenar su departamento de cosas bonitas para que combinaran y que la hicieran sentir aún más

bella cuando regresara del trabajo.

Su madre también estuvo satisfecha de este progreso, escapando de sus labios una sonrisa fantasmagórica cuando Mercedes la volvió a visitar en el panteón semanas después, la pintura ya asentada sobre su rostro. Uno de los grandes deseos escondidos dentro de los corazones de las madres, sin contar viajar al pasado y corregir antiguos errores, es ver como sus hijas trascienden lo que ellas fueron y se transforman en más. Sin embargo, para las madres, la línea de salida es ellas mismas. No hay otra. Si se quiere alcanzar la perfección, se debe primero llegar a ser idéntica a la madre de una, y desde ese punto mejorar. Si no, de nada sirve, porque no pueden vivir la vida a través de sus hijas de otra forma. Ni en vida, ni en muerte.

Pero Mercedes no sintió rencor, dejando que su madre tomara este pequeño logro para sí misma. Las hijas quieren ver a sus madres felices, al igual que las madres quieren ver a sus hijas felices. Es cruel arrebatarles este momento de alegría. Hay que imaginar a Sísifo feliz, después de todo. Así que Mercedes asintió con la cabeza, dejó flores sobre la pálida tumba de su madre, y se fue con una sonrisa. La sonrisa no la abandonó.

Ya sin su tiempo libre siendo constantemente consumido por el jefecito, Mercedes fue rápidamente adoptada por el grupo de señoras del complejo departamental que usaban sus tardes libres de esposos insensibles e hijos demandantes para compartir los temas del momento: que si tal telenovela había sido cancelada, que si el esposo de tal la había engañado con la interina, que si el costo de la renta había subido tal cantidad, que si tal señora quería cumplir su sueño de la infancia y empezar un negocio de repostería.

Mercedes supuso que ese era un beneficio de verse, y hasta cierto punto actuar, como su madre. Hay un vínculo explícito que se extiende como telaraña, como red eléctrica de alto alcance, que conecta a todas las mujeres de un área específica y de cierta edad a través de ese sexto sentido que busca relaciones más perdurables de las que puede traer un anillo en el anular, sentido normalmente silenciado por la duda engranada en sus cerebros desde niña que las vuelve reticentes de la compañía mutua.

Normalmente, el sexto sentido es triunfante, pero la duda perdura y las mujeres se separan, tal como la anterior señora que ocupaba el espacio en el selecto círculo social al que Mercedes fue introducida.

Trató de no pensar mucho en esto, sin embargo. Es mejor tomar las oportunidades cuando se dan, y como la versión evolucionada de una anterior adolescente rechazada, Mercedes decidió aprovechar lo que se daba. Después de todo, no hay forma de rechazar los sobornos en forma de magdalenas y conchas que las mujeres le entregaban a cambio de rumores sobre su reluciente trabajo de secretaria, o de la nueva novia del jefecito, o de la demanda que había caído sobre la empresa por producir shampoos definitivamente no aptos para pomeranios y definitivamente no saborizados a fresa. Los hijos y sobrinos de las señoras, atentos como sus parientes al murmullo del chisme, se robaban las magdalenas sigilosamente mientras ella contaba sus historias, llamándola tía Mercedes y batiéndole las pestañas. La vida era buena.

A pesar de esto, y a pesar de que el sol brillaba más fuerte que nunca, había una única sombra que había tomado forma en la vida maldita de Mercedes: el miedo. Ahora no al espejo, como había sido el caso cuando de la cara de su padre se trataba, si no al agua. La cara de su madre, prístina, debía mantenerse de tal forma, y el enemigo de tal perfección no era otro más que el líquido sagrado que era el agua, dadora de vida y ahora dadora de penas. Mientras ninguna gota tocara su cara, todo estaría bien. Ni fuego ni viento le podría arrebatarse el rastro de su madre plasmado en su rostro.

Pero esta es una historia, en fin, y las historias tienen un inicio, un nudo, y un desenlace. Si no tuvieran fin, entonces no tendrían nada de especial, no permitirían que se reflejara la vida humana que también cuenta con un final abrupto, lamentablemente. El fin de Mercedes está cerca, al igual que el fin de esta historia. Pero mejor callo, mejor dejo que viva sus últimos segundos de plenitud en paz antes de arrebatárselos cómo se deben de arrebatarse las cosas a los que ya no las pueden seguir cuidando. Resumimos.

Un día, la vecina de dos apartamentos a la izquierda, líder no oficial del grupo de señoras

en el que tanto se había introducido Mercedes, la invitó a comer como pequeña consolación por el quiebre de la empresa de shampoo para pomeranios, que había aventado a Mercedes de nuevo a los brazos del desempleo. Nada fuera de lo común, muy sencillo en realidad, muy simple en su esencia: la vecina la invitó a por unos tacos en el pequeño puesto a tres calles del complejo de departamentos, en donde su esposo se reunía con sus compañeros a beber y festejar partidos, y en donde ella pretendía estar interesada en el fútbol. Con el estómago a rebosar de birria y el alma en calma, Mercedes se despidió de la vecina y caminó con calma por las calles, repitiendo el trayecto de vuelta a su morada. Bajo el sol eterno del verano recién comenzado, se sintió más viva que nunca y olvidó que era humana. Por eso mismo, cuando las primeras gotas empezaron a caer de ese cielo bipolar y cambiante, no se dio cuenta alguna.

No fue hasta que los nubarrones ocultaron completamente los restos de sol que quedaban, y la lluvia pasó de llovizna a aguacero, es cuando recordó que tenía cuerpo. Que tenía cuerpo, pero no paraguas. Corrió por las calles, buscando cualquier refugio del incesante ataque contra ella, pero su reflejo en los charcos formados por los baches en el maltratado asfalto le advirtieron que ya era demasiado tarde. Desvaneciéndose como un espejismo, la máscara que el pintor tan arduamente había realizado se derritió hacia su cuello y pecho, disueltos por la crueldad del clima. Ahí, en el espejo que puede llegar a ser un charco cualquiera, Mercedes vio una cara.

Pero no la cara de su madre. Ni la de su padre. Ni la cara del jefecito, ni de las vecinas, ni de los hijos de las vecinas.

Solo una cara. La cara de Mercedes.

¿Cuánto hace que no la veía? Un año. Se sentía como un siglo, una eternidad entera sin su rostro. ¿Acaso sus ojos siempre habían tenido ese tono verdoso? ¿Acaso su boca siempre había sido tan estrecha? Ya no sabía nada. Ya no sabía de quién se suponía que era esa cara.

¿Era suya, ¿no? Pero, si era suya, ¿entonces porque esa? ¿Por qué no otra? ¿Por qué no una de las mil millones de billones de caras de este mundo y otros? ¿Por qué no una cara más grande? ¿O más pequeña? ¿Por qué no una más lista? ¿O

una más bella? ¿Por qué no una cara más amada? Por qué, por qué, por qué, por qué, por qué, por qué...

Si pudo tener esta cara, pudo tener cualquier otra. Pudo ser cualquiera. Pudo ser su padre, o pudo ser su madre, o pudo ser un desconocido

cualquiera. Pudo haber sido todo. En ese momento, quería ser nada.

Mercedes acarició los bordes de su rostro con la punta de sus uñas desafiladas, con cariño, con cuidado, y clavándolas como cuchillas en su carne, lo arrancó como pellejo de su cráneo.



La anatomía del olvido

de Francisco José Soto Montes

2do Lugar
Cuento Largo
Categoría Preparatoria
Prepa Tec Querétaro

“Y sin embargo, se mueve”.

Cuando Galileo Galilei pronunció esas palabras allá por el año 1633, debió olvidar que la gente es demasiado geocéntrica para ir por la vida pensando que todo lo que ocurre en su heliocéntrica realidad es una casualidad. En este mundo estático, donde entendemos por convicción popular que los astros giran alrededor de nuestros inútiles ojos entreabiertos, el banal encuentro del significado pierde su sentido en su abundancia.

Es por ello que, por razones prácticas, esta historia toma lugar en el mundo de Galileo, donde personas que se mueven se conocen, aman y se van, sin dejar de moverse dentro de un planeta que orbita alrededor de su estrella, que a su vez se encuentra en una galaxia en movimiento que se dirige hacia su inevitable colisión con una más grande, lo que nos convertirá en insignificantes fragmentos de silicio, carbono y níquel, descartando cualquier posibilidad de trascendencia más allá del total olvido de la anatomía de nuestra especie.

I.

Los dos se encuentran quietos, casi como un par de soldados moribundos pertenecientes al bando contrario. Cada diminuto suspiro o movimiento de alejarse o acercarse representa una amenaza fatal para el otro, así que deciden desangrar sus penas en profundo silencio. Ambos naufragan en las turbias sábanas de un desahogado colchón king size, en la séptima planta de un motel de mala muerte en lo que se conoce como tierra de nadie. Es decir, que no están ni tan lejos de las primeras montañas donde se miran las primeras luces de las primeras casas para llamarlo no-ciudad, ni tan lejos de las señales mal pintadas de azul que indican que si

permaneces en el carril de la derecha durante un kilómetro más, encontrarás la salida hacia la carretera cincuenta y siete en la segunda salida de una glorieta remota, que por alguna razón sigue sin tener alumbrado, para llamarlo simplemente ciudad.

Por lo tanto, están en una situación que sus hombros pueden describir como neutral, lo cual significa que ninguno toma prestado del territorio que no le pertenece, ni exige potestad, aclaración o solvencia de aquello que no controla, o sencillamente, no logra entender. Esto se define a partir de un desacuerdo entre los cuerpos en cuestión, que permanecen con miradas opuestas por unos momentos, hasta que uno de ellos, David, decide echar un vistazo. En este intento, para nada temerario, observa como Karla se ha alzado levemente la sábana blanca con la que arropaba su cuerpo desnudo, descubriendo sus tímidos muslos de seda ante la pálida luz nocturna, que se asomaba a través del balcón.

Es curioso porque Karla estudia anatomía para su licenciatura en medicina forense, principalmente de un libro llamado *Di Humanis Composizione*, que lleva siempre en su mochila, tachonado de apuntes detallados sobre cómo diseccionar a una vaca, acompañado de otros tomos como la Medicina Legal y un extraño número de O.V.N.I.S al Descubierto, que, si bien desata preguntas, nadie se molesta en mencionarlo.

David, quien volvió su mirada hacia el picaporte de acero, se preguntaba con mucha frecuencia cómo sería si Karla tuviera que diseccionarlo. Suele imaginar una escena trágica en la que su exánime saco de huesos llega a la sala de morgue sin ninguna gracia. Ahí se encuentra con ella, quien lo espera con una filipina quirúrgica blanca y un bisturí en la mano derecha. Lentamente, perfora

su piel hasta esbozar un hermoso mandala sobre la superficie de su vientre, tal y como los que coloreaban en el patio de la universidad en sus ratos libres, cuando no estaban perdiendo su tiempo en lugares como tierra de nadie. Finalmente, arroja su cadáver dentro de un frío panel donde solo alcanza a escuchar como Karla declara la causa de muerte como una intoxicación involuntaria. A veces puede ser una aneurisma o incluso un homicidio a mano armada, pero la idea de que sea ella quien realice sus trazos con una amable indiferencia siempre le trae algo de paz. Pensar que pase lo que pase entre los dos, ella esperará su muerte impasible, es un pensamiento tranquilizador.

Ella tiene sus pupilas de esmeralda puestas en la barandilla del balcón. Tenía solamente nueve años cuando un tío lejano, que tenía un nombre entre Tomás o Pablo, la despertó desde el umbral de su balcón recién entrada la madrugada. Esa noche cabalgaron hacia una pocilga, donde Karla vio a una cerda parir por primera vez. Desde ese entonces ha buscado siempre habitaciones que tengan un balcón.

Esa es una de las muchas anécdotas que no le interesa compartir con David. Es cuidadosa y, a diferencia de él, prefiere guardarse algunas cosas para sí misma. Él no podría entenderlo; llegó a su vida como un libro abierto, tan complicado como una sopa de letras en una revista para niños. No había que escrutar o preguntar, porque tarde o temprano se terminaba delatando. Ni siquiera tuvo que indagar demasiado para encontrar la carta que se asoma en su maletín de cuero, aquella que lleva el sello y firma de un tal Andrea Brambilla, aquella que dice que pronto partirá a Italia, y junto a ella, un solo pase de abordar para el Aeropuerto Internacional Leonardo Da Vinci dentro de un sobre, colocado sutilmente, como si quisiera que fuera ella quien lo encontrara para poder ahorrarse las palabras.

Ya no se encuentran quietos.

Bajan la guardia.

Ambos naufragan en las turbias sábanas de un colchón king size en lo que parece ser el séptimo piso de un navío errante. La proa es abatida por un oleaje de brisas y profundos alientos de soledad. De pronto, el casco golpea

un arrecife de perlas destellantes que centellean alrededor del techo. Se desata una fuerte tormenta que inunda las entrañas de sus cuerpos en calor, filtrando su carne dentro del otro hasta apagar las velas de la habitación. En su estruendo, el golpe los inclina de lado a lado, acercándose peligrosamente. Los gritos se pierden entre la sangre, piel y espuma, hasta que terminan por hundirse en la inmensidad del silencio.

II.

El Palacio del Bargello fue una prisión hasta 1865, lo cual explica los aullidos de miseria que David escucha cuando no hay mucha gente en el museo, y los corredores silban los nombres de aquellos que alguna vez ocuparon sus celdas. Todos los días, desde las nueve hasta las once y media de la mañana, su credencial de estudiante le permite pasar su tiempo intentando esbozar de manera pulcra el San Jorge de Donatello que se encuentra en la planta alta. Le gusta empezar desde abajo, trazando las botas y su escudo, para después llegar a la armadura y así sucesivamente hasta encontrarse con el dilema de su rostro.

Le tomó un mes perfeccionar la nariz. Luego comprendió las cejas y el fruncir de la frente, la barbilla y labios; pero son los ojos, esos traicioneros ojos, los que no lo dejan continuar. El problema de los ojos comenzó en su primera semana en la academia. David, que ya dibujaba figuras humanas desde que tenía seis años, halló imposible tan siquiera delinear la circunferencia de las pupilas para el retrato de una de sus compañeras.

En un principio lo ignoró y asumió que eran los efectos secundarios del viaje. No obstante, pronto se dio cuenta que esa traba sería recurrente.

A veces se toma una o dos horas enteras clavando su mirada en la del San Jorge, buscando comprender qué es aquello que realmente requiere para estar completo. En ocasiones se pregunta lo que pasaría si dejara el rostro de aquel santo con dos huecos en blanco en un acto de total apatía hacia la simetría universal. Pero si los ojos son las ventanas del alma, tendría que asumir que sus retratos simplemente no la tienen.

Y entonces pintaría solamente paisajes de Ponte Vecchio y el río Arno, mas no serían decorados con personas, porque serían entes

sin alma que caminan sin rumbo, y a la gente no le suele gustar esa idea. Cuando eso pasa tiende a tomar la hoja y descuartizarla por completo, para así no tener que contemplar su fracaso.

Cada vez que se da por vencido, decide caminar varias cuadras por la via Ghibellina, hasta parar en la intersección con via dei Macci, para terminar de frente a la basílica de Santa Croce, que es donde se encuentra la tumba de Galileo Galilei.

Una vez dentro, contempla la escultura del viejo un buen rato, esperando que le diga qué hacer. Pasan unos minutos y el féretro de mármol negro comienza a deformarse, partiéndose a la mitad para formar un hueco en el vientre del mausoleo. David se abre paso y trepa hacia la abertura. Del otro lado no encuentra más que una galaxia estrellada, un riñón gigante que palpita a la mitad de un planeta congelado y Galileo observando con detenimiento.

– Necesito tus ojos para terminar mi dibujo del San Jorge.

El viejo responde en un italiano antiguo.

– No entiendo.

Pasea las yemas de sus índices por sus dos lagrimales, para empujar reciamente hasta tener ambos dedos por detrás, jalar con fuerza para desprender sus blandas canicas y ofrecerlas en las manos. Cuando eso sucede, David las rechaza y se aleja lo más lento que puede.

III.

Hoy se cumplen quinientos sesenta y siete días desde que Karla tiene dependencia a la cafeína, y lo celebra con Anita, que necesita ponerle al menos tres sobres de endulzante a su café para poder darle un pequeño sorbo.

Para Karla, ser capaz de tomar su café sin una gota de leche o azúcar es la prueba de libertad absoluta. Es por eso que hace un mes decidió despojarse de todo lo que no fuera indispensable. Comenzó como un ejercicio para abandonar sus prendas viejas, hasta que se tornó en un debate para decidir si debería conservar sus joyas, juguetes de la infancia o su segundo juego de sábanas.

Al no ser capaz de justificar todas sus

decisiones bajo las mismas reglas, optó por echarlo todo a la misma bolsa y desaparecerlo de su vida. Ahora vive en un cuarto vacío, con una cama, sus artículos de higiene personal, diez juegos de prendas, un par de tenis cómodos y su uniforme de trabajo.

Por alguna razón, no se siente mejor, pero ha tenido más espacio para pensar en cosas como la muerte y la soledad.

Si estuviera tan sola, si terminara tirándolo todo hasta despojarse de su propio nombre; si desapareciera del mundo, dejara su hogar y sepultara todo lo que conociera; si evitara a sus amigos, familia y conocidos hasta que el mundo la olvidara por completo, ¿eso la volvería una muerta en vida?

Se ha vuelto más habitual meditar en ello, porque últimamente trabaja desde las siete de la tarde hasta las ocho de la mañana en un laboratorio criminalístico cerca del centro de la ciudad. Durante los últimos meses su interacción más genuina con otro ser humano ha sido la que tiene con Anita, la secretaria del laboratorio, con quien toma café en su descanso de media hora. Ha tratado de convencerla de dejar algunas de las cosas que ya no utiliza para donarlas.

– No tienes que empezar con algo muy grande. Puede ser un perfume que nunca hayas abierto o una lapicera vieja que no tenga uso. Al principio puede ser confuso elegir, pero te prometo que te sentirás un poco más liviana si tiras algo cada día.

Y aunque estas recomendaciones no tengan mucho éxito, le sienta bien hablar con alguien por razones no laborales.

El primer cuerpo llega a las dos de la mañana en manos de dos agentes judiciales, quienes hablan un buen rato con Anita antes de entregarlo para su revisión. Karla, que prepara sus guantes para el procedimiento, alcanza a escuchar una parte de la conversación desde el pasillo.

– Son órdenes del patrón– dice uno de los oficiales– Usted solo tiene que hacer lo que le decimos y no tendrá problemas con los de arriba, así funcionarán las cosas a partir de ahora.

El cadáver de una joven delgada de unos

diecinueve años yace bajo la luz pálida del cuarto postmortem. Antes de comenzar, Karla y Jana, su compañera, reciben instrucciones inusuales de parte de Anita, quien les dice que deben depositar todas las pertenencias que encuentren en el cuerpo dentro de una caja que no estará dentro de los registros. A su vez, les indica que el mismo deberá de ser reportado como “no identificado”, y la causa de muerte será archivada como un suicidio. En la mañana se colocará una orden para transportarlo al crematorio y el asunto no deberá mencionarse nunca. Lo último que menciona Anita, quien ya parece suficientemente nerviosa, es que no puede responder preguntas y espera que atiendan sus instrucciones.

Al inspeccionar el cuerpo, Karla recorre un cuello con marcas de estrangulamiento, palmas y antebrazos con numerosos cortes y hematomas. También exhibe contusiones alrededor de la mandíbula, lo que indica repetidos golpes que pudieron ser la causa de muerte. Se prepara para realizar los exámenes toxicológicos, pero es interrumpida por Jana, quien le sugiere que deberían darse prisa.

Siempre es grato ver la luz del sol al salir del laboratorio. El camino a casa es tan liviano como el sueño que le espera en su colchón sin almohadas. Esas son las horas en las que Karla recuerda el por qué le gusta convivir con los muertos. Son callados, reservados y tienen sus propios problemas, pero son lo suficientemente abiertos como para mostrarlos. De cierto modo, ha perdido la pena que sentía hacia las personas que alguna vez habitaron aquellos cuerpos. En cambio, ha desarrollado cierta simpatía por ellos. Cada nuevo paciente que llega tiene un excitante cuerpo que habla acerca de sus duelos, hábitos y familia, y la causa de su muerte puede ser predecible, honorable o hasta irónica.

Lo único que no podía tolerar es que no fueran tratados con respeto. Los muertos, a pesar de ser muertos, tienen un nombre que significa algo, y es importante cuidarlo. Al menos eso es lo que ella cree.

IV.

Para los cristianos, el número ocho simboliza la vida eterna como sucesión al séptimo día de la creación. Es por esto que si

visitas ciudades como Florencia, te puedes encontrar plantas enteras edificadas en formas octogonales en sitios como el baptisterio de San Giovanni, la capilla de los Medici, y algunos con decoraciones que repiten constantemente el número ocho, como lo es la basílica de Santo Spirito, iglesia que David visita cuando sale de sus clases a las seis y cuarto de la tarde.

Le gusta escribirle a Karla acerca de Miguel Ángel y como cuando era joven estudiaba la anatomía de cadáveres disecados en el convento de Santo Spirito, consiguiendo una ventaja abismal que lo consolidaría como el artista más grande de su época. A menudo piensa en ella, imaginando cómo sería si le prestara su cerebro un rato para poder pintar conociendo cada músculo, hueso y órgano del cuerpo en detalle.

Ella no contesta desde hace casi tres años, por lo que su rostro se transforma progresivamente en el de muchas personas al mismo tiempo. Mirar el cristal del autobús de regreso a su departamento se ha tornado en una constante búsqueda por encontrar una mirada que ya no existe.

Se detiene a pensar en el crucifijo de Santo Spirito que hizo Miguel Ángel cuando aún era muy joven. Aquel cristo de madera luce tan real que le inquieta la idea de encontrarse con un dios vestido de humano. El autobús se detiene en la parada de Piazza Beccaria, y David puede jurar como el último hombre en subir tiene el rostro de Jesucristo. Camina por el pasillo con un auricular de cable pegado al oído izquierdo como cualquier persona de su edad; lleva vaqueros y una campera oscura para el frío; en la frente tiene una corona de espinas de la que gotea sangre azul a caudales.

No parece importarle más lo ocurrido. En cambio, abre su cuaderno y le escribe a Karla de nuevo. Reflexiona sobre Miguel Ángel, y cómo cambió la historia del arte con sus conocimientos del cuerpo humano. David se cuestiona aquello que podría hacer distinto para transformar lo mundano en una obra de arte.

V.

Las primaveras pasan y los judiciales vuelven con más almas sin nombre. El poco sueño que le queda a Karla se esfuma con el pasar de

los pacientes. Las viejas costumbres mueren con el tiempo, y eso también incluye las buenas. Ya no existe molestia por seguir los protocolos más sencillos, pues estos quedan obsoletos cuando reciben las órdenes de sus superiores.

Ha considerado la opción de abandonar su trabajo, de tomar todo lo que no tiene y salir de la ciudad para no regresar nunca más. Sin embargo, siempre que hace el intento de empezar una nueva vida se tropieza con la inamovible soledad de su existencia. Los muertos son lo único que le queda, pues carece de una vida tangible fuera del laboratorio y no sabe cómo volver a empezar. Siente como toda su vida ha estado atrapada en una prisión en la que ella misma se ha estado aprisionando, cortando cualquier hilo que la una con otra realidad.

El otro día llegó una mujer que tenía al menos unos treinta años de edad. Su hermosa piel canela fue salpicada por feroces brasas en sus extremidades. Fragmentos de tierra y pasto cubrían sus cabellos castaños, y manchas de sangre carmesí pintaban sus prendas rotas.

Aquel rostro sin nombre aparece en las pesadillas de la forense desde entonces, y es por eso que ha decidido dejar de dormir por completo. Aunque sigue siendo difícil cumplir con aquella decisión, ha logrado efectivamente evadir el sueño durante cinco días de la semana, cosa que hasta ella misma pensaba imposible. Los fines de semana duerme con un despertador que suena en intervalos de una hora, aunque no ayuda del todo.

14:55:67

Camina por un pasillo. Infancia. Miedo. Sola.

Quiere llegar a su cuarto, pero es obstruida por la figura de su madre.

No es mamá.

Es ella de nuevo.

15:59:02

Tiene nueve años otra vez. Se encuentra en una pocilga y está viendo una cerda parir. Un hombre que no conoce realmente toma su mano con fuerza. La cerda gime mientras puja, y llega

un momento donde sus gemidos hacen que su cráneo se desfigure. Su piel se descarapela en pequeños trozos y la cabeza se achica hasta asemejarse a la de una mujer de piel canela que implora piedad.

17:10:34

– ¿Quién eres? – pregunta al joven que yace en la camilla del laboratorio.

No sabe exactamente cómo llegó ahí, pero tiene la extraña sensación de que lo ha conocido por un largo tiempo. Pero él no responde y a ella se le acaba la paciencia.

Sin saber qué es precisamente lo que hace, toma el bisturí y comienza a cortar. Trata de recordar un nombre que hace mucho no escucha, uno que le pertenece al cuerpo que se encuentra diseccionando. Repasa en su mente los nombres masculinos de su infancia, pubertad y adolescencia. Busca entre los recuerdos del jardín de niños, la primaria, secundaria, preparatoria y universidad. ¿Universidad?, ¡Universidad!

No se llama Felipe, ni Javier o Humberto. Tampoco es Carlos, su profesor de anatomía, ni René, el consejero emocional de la facultad.

Los cortes se hacen cada vez más profundos, hasta que la piel comienza a endurecerse tanto como una piedra. Karla no lo puede creer. Mira hacia abajo y se encuentra rebanando el mármol de una escultura famosa. ¡David! ¡Es el David de Miguel Angel!

Poco a poco, el mármol se torna en un fino granito que se deshace por toda la camilla. Y entonces, el despertador suena de nuevo.

VI.

– ¿Quieres que te confiese algo? Nunca aprendí a dibujar los ojos. Sí, así como lo escuchaste, los ojos humanos. Bueno, sé que supe hacerlo en algún punto de mi vida, pero pareciera que lo olvidé al momento de poner mis pies en Florencia. Es bizarro, lo sé, pero es verdad, créeme. Me limité a pintar paisajes o escenas de la naturaleza durante mucho tiempo, y llegué a contemplar la idea de abandonarlo para siempre. No fue hasta una azarosa mañana que mi despistada mente se perdió en las plumas de un estornino que se me ocurrió lo que en su momento parecía una

magnífica idea. Ese mismo día me puse a escribir, y en menos de dos meses tenía escrito mi primer best seller, titulado El Problema de los Ojos, un libro bastante estúpido si me lo preguntas ahora. En fin, esas malditas palabras sin pies ni cabeza alcanzaron una popularidad que jamás me hubiera imaginado, llevando mi nombre hacia las más grandes exhibiciones europeas y las firmas de autógrafos de las más extravagantes bibliotecas parisinas. En ese entonces la gente no se molestaba tan siquiera en mirar mis paisajes dos veces para reafirmar que era mi firma la que decoraba la esquina inferior del lienzo para vitorear lo que los críticos alguna vez llamaron “La Poesía en Colores, de la mano del artista latinoamericano del momento”. Comprendí que bastaría con que tomara una crayola y la paseara por la fría superficie de una pared blanca para que se subastara en miles de euros, así que dejé los paisajes, que al menos tenían un ápice de carisma, para pintar los más banales hombres sin ojos. Mío Dio, ¿a quién engaño? Eso no es una digna confesión, ¿no es así? La mayor parte de este esputo la puedes encontrar resumida en palabras un poco más melodiosas en una de mis biografías de pasta dura por la módica cantidad de cinco euros con noventa y nueve. Palabras que te pertenecen a ti, a la editorial y a cualquier persona dispuesta a pagar por una sarta de mentiras endulzadas. Si de verdad quisiera sincerarme contigo de la manera más honrada, podría contarte como a los catorce años escondía mis revistas para adultos en el armario del abuelo, o sobre cómo una vez anularon mi credencial de estudiante e intentaron internarme porque me hallaron hablando solo con el Dante de Giotto en una de las salas del Bargello, y yo les expliqué cómo fue Virgilio quien me intentó convencer de bajar al último círculo del infierno y ver a Satanás a los ojos para comprobar si era capaz de dibujarlos. También te podría hablar de la madre de mis hijos, sobre cómo la conocí en una de mis visitas a Santa Croce para visitar la tumba de Galileo, o sobre la novia a la que dejé cuando aún vivía en México. Sí, ella, la que escribía sobre balcones en su diario. Se llamaba

¿Verónica?

Amanda, Amelia,

¿Kristina?

La que estudiaba algo como medicina nuclear, y que salió en las noticias porque ya lleva desaparecida por lo menos dos años. Puedo hablarte de amor y de pecados, pero no lo entenderías. La gente como tú prefiere escuchar dos frases conformistas que mirar un mural etéreo y admirarlo por su intrascendente insignificancia. ¿Qué puedes saber tú de eso? Si ustedes son los que no pueden tolerar la ausencia de una conclusión, como si todas las historias tuvieran un final, una lógica o un personaje entrañable. Hoy en día es más fácil premiar la crítica simple, que se esconde entre asfixiantes metáforas para opinar con cobardía, sin ninguna intención de hacer algo verdaderamente caritativo. Sabes, tal vez si fuera poeta y no pintor podría preocuparme menos por lo que piensa un par de descerebrados. Tal vez si aprendiera a escribir como se debe, sería capaz de crear obras de arte ciegas que se valgan por su corazón y no por lo que tengan en la cara. Como si todas las personas tuvieran ojos, ¿qué tienen de especial los malditos ojos?! Pero yo sé, en verdad este asunto va más allá de unos ojos. Mi único gran problema es que nunca he sido capaz de terminar algo por mi cuenta. Che bugia, aún estando aquí, no puedo ni acabar de soltar esto que estoy diciendo, pues en mi arrebatado de realidad, comprendí que desahugué en palabras lo que no soy capaz de expresar en un hermoso retrato.

VII.

Llega una hora antes de su turno para poder inspeccionar el armario de evidencias. Los cajones no tienen una organización aparente y parecen más bien un rompecabezas. No es hasta revisar el que se encuentra hasta abajo cuando por fin halla lo que buscaba; una identificación con el rostro de la persona que se ha vuelto recurrente soñar cuando cierra los ojos.

Cae la oscuridad mientras se dirige hacia el número cuatrocientos veintiocho de la calle Rubén Larrondo. Un par de farolas alumbran la calle pobrememente. Ella avanza entre pequeñas viviendas de adoquín que quedaron abandonadas en las afueras de la ciudad, y aunque todavía no encuentra la que alguna vez perteneció a una mujer llamada Sofía Castro, presiente que está cerca. De pronto, el crujir de una rama por detrás la alerta. Se da la vuelta para vislumbrar una figura oscura que la acecha unos cuantos metros atrás,

imitando sus pisadas cual si fuera su propia sombra.

Lo que sigue es borroso y no logra entenderlo muy bien. Tiene el vago recuerdo de entrar en la casa cuatrocientos veintiocho, la cual no tiene un techo y parece llevar siglos incompleta. Algo la toma por detrás y la golpea repetidamente hasta penetrarla con un objeto filoso. El contenedor donde se encuentra se torna caliente en cuestión de segundos y no sabe decir con exactitud si el ardor es reconfortante.

Muchas de las ocasiones en las que Karla se preguntó si era una muerta en vida, le agradó la idea de compartir el mundo con otros muertos. Tal vez así llegaría el día en el que no se sintiera sola.

VIII.

Es el día de su muerte. Los dos padres, esposa, hijo, hijas y los cinco nietos de David se presentan en el museo de Brandhorst, en Múnich, para la inauguración de lo que será su última exhibición, titulada L'Uomo Senza Occhi, o El Hombre sin Ojos en su lengua natal. También asiste el comité parisino de la Fundación para el Arte Contemporáneo, sus amigos de la orquesta filarmónica de Berlín, el actual editor del New York Times, un expresidente de la República Mexicana, Alexandra, su entonces amante que vivía en Budapest, y el alcalde de la ciudad de Múnich, quien es el encargado de dar el discurso de apertura. Todos han sido invitados personalmente por él, quien espera dentro con extraña paciencia.

El imprevisto de su ausencia no impide que el evento se desarrolle con normalidad. David escucha al alcalde pronunciar las últimas palabras para después cortar la cinta de inauguración. Uno a uno, escucha las primeras pisadas, los primeros gritos, los primeros vómitos y desmayos venir desde la entrada de la sala. Cuando las reacciones cesan, las personas que aún continúan de pie avanzan por la exposición. Puede percibir como pasan por el muro donde yace expuesto su hígado, pulmones e intestinos; las vitrinas en las que se exhibe su estómago, páncreas y riñones; y la fuente de sangre que protagoniza su corazón palpitante desde lo alto de una pica.

El desenlace perfecto no se hace esperar cuando por fin avanzan hacia su obra maestra. Es ahí en las alturas, con un cálida resplandor iluminándolo en el centro de la sala, atado a una cuerda que lo une con lo divino, vestido con un fino traje de cachemir, liberado de aquellas esferas de cuerpo vítreo que le sobaban en el rostro, donde David esboza una sonrisa auténtica, pues el mundo por fin lo recordará como la persona que siempre ha sido, por el resto de los días.

El crepúsculo de Monet lo recibe con un tortuoso cielo anaranjado. La embarcación, embestida por un leve oleaje, se dirige a un puerto donde ella lo espera con un vestido de sábanas blancas. Al desembarcar, es Karla quien le devuelve sus ojos para que pueda observarla una vez más. Le resulta curioso que después de muchos años en los que olvidó su rostro, voz y nombre, nunca dejó de recordar aquella paz que le brinda saber que ella estará ahí para él al final de túnel, lista para trazar sobre su vientre todas las cosas que no pudieron hacer en vida.

(Esta es la parte de la historia en la que el planeta se detiene por completo.)

Así pues, ella toma su mano y le muestra un bloque de piedra liso en el cual puede acostarse. Ella toma la piedra más puntiaguda de toda la costa y la clava en su abdomen. El rugir de las olas aumenta y nubes grises anuncian una tormenta que se avecina. El viento exhala, tratando de derribarlos, pero ninguno parece preocuparse porque se encuentran en tierra firme. A medida que Karla impregna en su carne todas las figuras que jamás han existido, el fin del mundo cae sobre sus cabezas en un estallido de relámpagos y colores. Es entre el hervor de los volcanes, el furor de los maremotos y el bramido de los tornados que sus cuerpos levitan para encontrarse con el otro en la infinitud del momento.

La eternidad es demasiado larga, y muchas cosas pueden pasar en un tiempo prolongado. Por ejemplo, puedes pintar diez mil cuadros, y tal vez unos cuantos sean obras maestras. También puedes disecar mil millones de cadáveres para tratar de resucitarlos. Uno de esos cadáveres podría ser el amor de tu vida, y te enamorarás de él hasta que quieras clavarle una estaca en el pecho

y repetirlo todo de nuevo. En la eternidad también puedes nacer y morir cuantas veces quieras, viajar y abandonar lo que conoces porque es muy pequeño, y también puedes regresar para darte

cuenta que nunca quisiste irte. Ese sentimiento perpetuo en el que tu alrededor desaparece se detendrá en el olvido, porque la eternidad es lo único verdadero que buscamos todos.



El reloj cucú

de Hanne Mina Hage

3er Lugar

Cuento Largo

Categoría Preparatoria

Prepa Tec Metepec

Mi cuerpo se remecía, guiado por el ritual de las olas sometidas por el bote. Sentí cómo la oscuridad del pueblo se estiraba hacia mí, con dedos fríos que manoseaban mi piel con familiaridad. Ya había atravesado el primero de los pueblos gemelos que me señaló el relojero: el que solo se puede cruzar en barco, el Ticalpa invertido, aquel que se refleja en las aguas puercas. Ese pueblo que existe solo porque alguien lo sueña. A mi parecer, no es más que la imagen distorsionada del Ticalpa verdadero, extendida sobre el agua. No hay cosa que suceda en el pueblo de Ticalpa que este otro Ticalpa no imite.

Sus calles, decían, fueron talladas por las mismas manos que dieron vida a sus relojes de madera; cada engranaje robaba un segundo a quien lo miraba, y ese tiempo extraviado se anidaba en el aliento del pueblo. Ahora ya nadie los hace, pero aún respira como un mecanismo. Dicen que es el corazón de un reloj que se creó para encerrar al tiempo.

Al acercarme al muelle del segundo Ticalpa, el casco golpeó la madera, y el eco se perdió en la orilla. “Debo bajarme de este bote antes de que me lleve de regreso, de nuevo, el muy desgraciado”. Apenas había asegurado el nudo en el poste cuando el viento trajo un aroma denso a madera húmeda, hojas de tabaco, tierra y sudor seco; el tipo de olor que viene de paredes descascaradas y calles polvorientas que el sol ha cocido durante años. Un perfume agrio, casi rancio, parecía surgir de las piedras mismas, cada esquina guardando el secreto de haberse visto ya en algún sueño. La cuerda crujió; sentí haber estado aquí antes.

En Ticalpa no sale el sol más de treinta segundos, y es un sol hermoso, me había contado el relojero. “El monaguillo toca una campana, y en respuesta, sale un sol que se atraganta con el polvo y los engranajes. En el muelle solo está la

luna, que observa al pueblo como el ojo de un pez muerto.”

Dentro de Ticalpa, las calles parecían subir y bajar al ritmo de mi respiración; rechinaban bajo mis pies, angostas y curiosas, se doblaban y retorcían para espiar a quienes pasaban. Observé a lo lejos la iglesia; me parecía familiar. Su cruz brillaba tenue en la penumbra, y su contorno irregular se erguía vigilante, observando con sabiduría a las casas chismosas del pueblo, deformes y de madera, torcidas como dientes bajo disfraces de colores.

Los callejones se volvían más angostos, y las paredes comenzaban a inclinarse hacia mí, llenas de ventanas que proyectaban luces débiles y anaranjadas, creando charcos de luz en la oscuridad. Ninguna estaba cerrada; desde el otro lado de los vidrios, ojos entrecerrados me miraban con atención, asomándose apenas, queriendo verme sin dejarse ver. Encorvé los hombros y desvié la mirada, hasta que mis ojos tropezaron con el monaguillo.

“Joven, ¿puedes tocar la campana? Van a dar las doce. Quiero ver el sol.”

“¿Otra vez con lo mismo? Le dije que tuviera paciencia. Espere y lo haré. Siéntese.”

“¿Por qué no puedes hacerla sonar ahora?”

“El padre se enoja. Usted es el único que parece encontrarle encanto al chirrido oxidado de esas campanas viejas. Siéntese.”

Me senté.

Esperé.

Dieron las doce. La campana resonó, su eco áspero se dispersó por el aire y el pueblo pareció contener la respiración. Un instante de silencio

pesado llenó las calles. Entonces, una melodía rasgada y distante comenzó a brotar junto al sol, apenas un pálido reflejo burlón en el cielo. Miraba, no a uno, sino a todos, desde todos los ángulos, desde el polvo y el techo de las casas y cada hueco en las paredes. Se retorció en el aire como una víscera reventada.

El pueblo despertó con el sol. Era como ver carne muerta moviéndose sin alma. Los cuerpos salieron de las puertas, arrastrando pies, tronando rodillas, y los brazos se movían como ramas podridas bajo el peso de un mal viento. Sonreían, una alegría impuesta, forzada a su piel como un tatuaje quemado. Las lenguas, secas y cuarteadas, se torcían para cantar junto con la melodía que arañaba las paredes y amenazaba con quebrar las ventanas. Era el ruido de huesos frágiles, de dientes astillados, de un ritmo que arranca de los músculos solo desesperación.

Ellos giraban, se caían, se levantaban, se arrastraban de nuevo, como marionetas oxidadas. Sus ojos, vacíos, se apagaban y encendían, se hundían y renacían, atrapados en un ciclo que no tenía fin. Y sin saber cómo, yo también empecé a moverme, a bailar y a cantar con los demás. Mi cuerpo se movía como arrastrado por una cuerda, y mis brazos, rígidos como ganchos, parecían desgarrar el aire. Mis piernas se doblaban y quebraban con cada paso que daba, como si mis huesos estuvieran hechos de cera vieja.

Y mi boca... imi boca! Estaba abierta, estirada en una sonrisa antinatural que me hacía doler las encías, los dientes, la garganta, hasta los mismos huesos. Sentía las mejillas como cuerdas desgarrándose. Y el sol, allá arriba, observaba, como el ojo hueco de un cadáver en descomposición. Nos miraba y no parpadeaba, disfrutando de esta danza de madera.

Y yo seguía, empujado, triturado, hasta que me di cuenta de lo peor. Ese cuerpo... íese cuerpo no era mío! Algo me había invadido, algo ajeno, asqueroso. Sentí cómo mi carne se hinchaba, cada fibra convertida en una masa de barroapestoso. Las uñas de mis pies se enterraban, se rompían y se hundían en mi carne. Mis manos se agitaban como enloquecidas, chocando contra la campana, como si mi propia piel se quisiera arrancar de los huesos. No tenía control. Ese cuerpo no era mío. Este era... el cuerpo del

monaguillo.

Me giré, y allí, a unos metros, vi a alguien más... alguien que se movía, que respiraba y se estremecía cantando en mi cuerpo. Yo, en carne y hueso, distorsionado y grotesco, riendo y llorando con una cara que no era la mía. ¡No, no era yo! El pueblo, el maldito pueblo, había manoseado mi cuerpo, se había apoderado de él como una bestia hambrienta que roe un cadáver. Y desde dentro de esos ojos, alguien más me miraba y reía con mi propia boca. Reía, y su risa me hería. Lloraba, y esa tristeza me asfixiaba. Aun cuando ni la risa ni el llanto eran míos. Eran de algo, de alguien más, de todas esas almas atrapadas en Ticalpa, de las calles que rechinaban, de las casas torcidas, de los que habían muerto en sus paredes.

¿Quién era yo ahora? Este cuerpo chirriaba, crujía, le faltaba aceite y alma, y, sin embargo, seguía bailando, retorciéndose al compás del sol que se reía de nosotros, de mí. Quería gritar, arrancarme la piel y escapar, pero no podía. Estaba atrapado en esa sonrisa, una mueca sucia, deformada, de dientes quebrados, de labios resecaos, de llagas que ardían en mi boca como brasas. Ahora tenía los dientes del relojero, marrones y asquerosos, sucios como la madera podrida de las casas del pueblo.

¡Todo el pueblo me masticaba, y yo lo sentía, en mi cuerpo y en este, en el del monaguillo, y en el del relojero! Estaba envuelto, atrapado, impotente, rodeado por las carcajadas de la gente, de las calles que temblaban, de las paredes que se inclinaban, y comprendí que el barco no me había traído lejos. Había caído otra vez en aquella trampa, en el mismo maldito círculo, íese pueblo era el condenado reloj cucú del que había huido apenas ayer!

Sentí una risa salir de mis labios, y era el relojero. Allí estaba, dentro de mi carne, retorciéndose, y me gritaba, como si mis propias cuerdas vocales me hablaran desde dentro: "¡Huye!" gritaba. "Busca dos pueblos. El primero está invertido; el segundo, allí, el sol sale solo treinta segundos. Ahí estarás bien."

El sol se apagó, y de golpe, como un golpe de frío metal, sentí mi carne de regreso. Era mío... pero no era el mismo.

Era un cuerpo manoseado, desgastado,

cubierto de la suciedad del pueblo, de cada una de sus manos invisibles y ansiosas. Lo sentía pesado, apestando a ajeno, como una piel ajada y prestada que nunca volvería a ser del todo mía. Las piernas, que hacía un instante parecían no responderme, estaban ahora rígidas, temblorosas, con un peso insoportable que hacía cada paso más difícil, un tormento en el que la carne y los huesos parecían gemir con una fatiga vieja, inmensa, como si alguien los hubiera rellenado de piedras frías y tierra húmeda.

Las calles se retorcían alrededor de mí, observándome, burlonas. Cada esquina, cada casa torcida y astillada, se inclinaba un poco más, como dientes podridos en una boca grotesca, queriendo masticarme. ¡Todas esas ventanas entrecerradas y esas luces que titilaban en la penumbra! Podía sentir sus miradas, ojos voraces queriendo hurgar dentro de mí, rascarme desde el interior, disfrutar mi desesperación. Las casas crujían con esa risa seca y burda, burlándose de mí, y yo, atrapado en este cuerpo abusado, manchado y torpe, apenas lograba obligarlo a moverse.

Intentaba acelerar el paso, pero las piernas me pesaban como anclas, y sentía, en cada centímetro, el roce pegajoso de lo que el pueblo me había dejado incrustado, una sustancia viscosa, casi como sudor antiguo, mezclado con polvo y tristeza. Mi pecho latía, rebotando contra la piel que no se sentía mía, y mi respiración se volvía un jadeo irregular, cada vez más frenético. No podía quedarme, no después de lo que había visto, de lo que había sentido, de lo que me habían arrebatado y devuelto como si fuera solo una máquina desgastada.

El miedo me arañaba la garganta y borraba mis recuerdos, pero esa voz... esa voz seguía resonando en mi cabeza. Me había dicho que escapara. Que buscara los pueblos gemelos. El primero era el invertido... Sí, el primero era el invertido. Que lo cruzara, que siguiera.

El pueblo entero parecía inclinarse hacia mí, una criatura hambrienta de casas y calles, abriendo sus labios de sombras y risa. Las piedras en el suelo, las que apenas hacía un momento parecían solo eso, ahora temblaban, resbaladizas y vivas, haciéndome trastabillar, queriendo atraparme. El viento era un aliento

rancio, húmedo, pegajoso, y sentía su presión en mi espalda, empujándome hacia esas casas retorcidas que parecían estirarse, doblarse para alcanzarme.

Todo en Ticalpa me observaba. Todo en Ticalpa se burlaba. La iglesia, la cruz, las calles estrechas, las luces que temblaban en las ventanas, las paredes agrietadas que me escudriñaban con una familiaridad siniestra, como si ya hubieran atravesado mi piel, como si hubieran visto cada rincón de mi alma, cada secreto, cada grito ahogado.

Desesperado, corrí hacia el muelle, mis pies chocando con la madera podrida que rechinaba a cada paso. Las manos me temblaban mientras soltaba el nudo del bote, y el río negro y espeso se extendía frente a mí como la única promesa de escape. Me subí al bote y comencé a remar, con la garganta ahogada de terror y apretando los ojos al punto en que los sentía chocar contra mi cráneo, soñé con que existiera aquel pueblo; con el eco de las risas de las casas y de las calles que seguían escuchándose, lo vi, el pueblo invertido, ¡existía!

Una etiqueta tallada en madera, invertida y apenas legible susurraba su nombre: Ticalpa. Mi cuerpo se remecía, guiado por el ritual de las olas sometidas por el bote; sentí cómo la oscuridad del pueblo se estiraba hacia mí, con dedos fríos que manoseaban mi piel con familiaridad.

Finalmente.

La libertad...

¡Ahí, lejos en Ticalpa, me espera la libertad!



Por mucho tiempo las escribió el prisionero.

Lucía,

Al borde de la inconsciencia,

En lo tierno del sueño, en lo eterno del tiempo

Me encuentro de repente

en el bautizo de tu cuerpo...

Y por mucho tiempo recogí los afectos de la muchacha, de Lucía, aunque prefiero no transcribir ninguno de tales poemas, no sea que se compare mi prosa con la suya.

En realidad, no sabía si el prisionero era el mejor escritor de los dos, no me lo había cuestionado. No por egolatría, simplemente porque nunca había pensado en él realmente como alguien que se puede comparar con cualquier otra persona. Las que van al trabajo, a la escuela, al mercado, las que van por la calle...

...Y cuando me tiendo al regazo de tu piel,

Se que el sol es tan gentil,

Dicta el prisionero, porque tiene las manos encadenadas. Se corre la tinta y la chupo de mis dedos, sabe metálica. Para este punto es claro que el prisionero se había ganado un poco de confianza, de platica, entonces le digo. Estamos en agosto, le digo. ¿Qué? Que es agosto, le digo.

No tiene razón para saberlo. Uno sabía que él pensaba que era de noche solo porque se enroscaba sobre el suelo desnudo de su pozo y se forzaba a dormir. Sobresaltado de su sueño por cualquier ruido... el paso pesado de algún soldado, el rechinar de alguna reja, el aire soplando por los pasillos... Cuando pensaba que era de día, se acostaba con los brazos tras la cabeza como si tomara el sol. Su piel

ennegrecida apenas estirándose para cubrir sus huesos, las costillas estorbándole al cuerpo en sus esfuerzos de convertirse en una tirita de cuero. Yo sé, que es agosto digo, más que por los calendarios, porque tengo la mendiga costumbre de cerrar las persianas. Aún me retumban las quejas de mi madre pidiéndome que no dejará que se blanqueara su duela. Porque recuerdo el color de la piel en la espalda de mi hermano, de rojo, a morado, a moreno y regreso a rosa, el único verano que fue salvavidas en un hotel de la ciudad y no tuvo que decirme nada. El sol es cualquier cosa, pero gentil en agosto.

Y es claro que yo me había ganado algo de confianza también porque empieza... Ah... como si le hubiera preguntado algo... Ah, los soldados... dejaron un espejito en el escritorio y una vez al día, el sol se refleja ahí y acá abajo brilla una manchita así de grande... y junta las manos, como si rogara por un sorbo de agua que le cabría en las palmas. Un rayo de luz cae acá abajo y así es como sé que el sol es tan gentil.

Tal vez eso era lo que lo hacía buen escritor al prisionero, el encierro, el tiempo, la peculiaridad, simple idiotéz. Me llevó a preguntarme si había sido escritor de oficio, hace muchos años, y de tantas cosas que ya no tenía, las facultades del poeta no las había perdido. No imaginé entonces que tendría que haber hecho lo que se necesita para ser poeta. Ni lo más mínimo. Nacerle a una madre, ir a la escuela, escribir su propio nombre por primera vez... si el prisionero tenía nombre, era tan difícil de recordar que el viejo comandante, el único que había visto un tiempo cuando el pozo estuvo vacío, le decía nada más el prisionero. Si alguna familia lo visitaba, habían dejado de venir hace años, si algún grupo de extremistas extrañaba sus discursos, ya lo habían reemplazado. Lógica dictaba que debió haber sido bautizado cuando fue un hombre libre, que los crímenes que había

cometido necesariamente se habían atribuido a una persona, pero incluso eso era una noción demasiado amable y algo ingenua. En tantos años la rutina había hecho del prisionero no más que un vil animal.

Cómo note su talento por la poesía en particular no es importante, aunque ciertamente una hazaña de mi parte. Yo había sido apenas ascendido a sargento y tenía una idea, en retrospectiva tierna, del cuartel Piedad: llegue con ideas de soberbia, de reforma, de merced. Y fue hasta que entre gritos desesperados de aburrimiento o alucinaciones el prisionero empezó a hablar de su pantera.

Les tejía la historia a los guardias, se la contaba a ratos: pronto le dejo de importar si cambiaban los guardias, o si había alguien que escuchara su historia, pero cuando se aburría, y entonces se aburría mucho, hablaba de su pantera. Gatos enormes, decía, son las panteras. Tan fuertes como doce caballos. Sus patas tan grandes como dos palmas de la mano, y junta las manos, como donde cabría su manchita de sol. Completamente negros, pero bajo el sol sus cuerpos moteados, como si sus pieles no las pudieran contener, como cientos de ojos que te miran... y te miran fijamente... Su pantera.

Había un zoológico en la ciudad, aunque el hecho de que nunca ahí se albergó un gato más grande que un perro no era particularmente importante: ninguno de los soldados había viajado hasta la ciudad y mucho menos abierto un libro donde podría haber una ilustración de aquellas criaturas. Entonces cuando llegué había un trato informal en el que el prisionero recibía unas cuantas mordidas viejas de jamón que les sobraban a los soldados a cambio de escuchar sobre su pantera.

Debo admitir que las raciones de comida eran muy pobres. Unas cuantas verduras casi a podrir, pan duro que compartía con las vacas del rancho vecino, algún que otro puño de arroz mohoso. Cuando los soldados se robaban su ración, él comía tierra, moscas, gusanos, papel. Tomaba sus propios orines, como un puerco más, como hierba que se rehúsa a morir... Ya pasados los años el prisionero hacía difícil pensar que todo era cruel. Se sentaba en su pozo de piernas cruzadas, dedos en la boca y esperando con ansias su

“desayuno”, bien temprano como si supiera la hora. Siempre seguro de rezar un padre nuestro antes de empezar. Chupaba el plato, pasaba el resto del rato buscando migajas en su barba canosa. Su vientre todo inflamado y la sonrisa podrida de gato contento. Una tarde los soldados arrojaron sus restos de café al pozo y esa tarde el prisionero se raspo las manos sobre el concreto hasta que le sangraron, tratando de recoger cada migaja. Se metía el café molido, mojado y lleno de polvo a la boca para chuparlo por horas y horas. Un verdadero loco.

Por supuesto, no lo fue siempre, en especial cuando hablaba de su pantera. El prisionero sentado inteligentemente, tan erguido sobre el suelo de su pozo, callado a largos, largos ratos y moviendo la mano sobre su regazo, como si acariciara a la bestia. Los soldados amontonados en la puerta y fuera de sus puestos, embobados escuchando a este patán inventarse historias sobre animales que probablemente él nunca había visto con sus propios ojos. Algo debía tener, aun humano, aún reconocible ¿no? En lo orgulloso de cómo alzaba la cabeza, en la dureza de sus palabras, que podía engañar a los soldados. A mí no me engañaba. Entonces unos meses después de que ascendí a sargento, le traje unos bolillos.

Lo sacaron los soldados a la antecámara, un saco sobre la cabeza, a sentarse donde yo pudiera tomar notas. Pensé en cuanto lo vi, todo esquelético, todo hambreado, cabeza cubierta como le ponen capucha a los halcones, que no me podría inventar ninguna historia, aunque fuera que no se ahogaba en su desesperación de por fin comer algo caliente y daba fin a su larga condena. Tal vez incluso entonces ya no tenía la presencia de mente para considerar suicidarse. En cuanto le quitaron la capucha, me escupe a los pies y le da a mis botas.

¿En qué le puedo servir?

No le dije nada, solo le lancé el bolillo al regazo. Acercó las palmas al pan, como si disfrutara inocentemente del calor de un fuego en la chimenea. Se sentó más erguido sobre la silla, me miró a los ojos, reconociendo lo que le ofrecía, como humanizándose a voluntad y que más humano que la corrupción. No le dije nada, lo miré con curiosidad algo floja, algo disgustada. Entonces ¿La pantera?

Se rie entre dientes, cruel, y me dice que él era un gitano. Un gitano, me dijo, que venía de muy muy dentro del bosque, en un lugar donde todavía se pelean guerras con piedras y lanzas. Soy un refugiado de la guerra, Sargento y cuando apenas era un niño encontré a la pantera media muerta de hambre escapada de un circo y los dos nos criamos como pudimos en una hermandad que trasciende especie y pecado.

Lo calle de una bofetada. No me interesaba su cuento, ni la verdadera historia sobre su origen, para mí era un prisionero. Reformable, pero un prisionero. Nos quedamos ahí un largo rato en silencio. Con la moderación adecuada de cualquier hombre apenado por ser encontrado descortés tomo el pan y lo comió nada más con los labios, sin masticarlo, como se toma la hostia de la mano del padre. No sabía que las panteras comen pan, le digo, y creo que en algún momento más afortunado de su vida me hubiera regresado la bofetada, pero nada más me suspiro entre bocados de migajón. Me desinfla que no hay pelea, me sorprende que me decepciona, aunque nunca más tuve expectativas como esas. Se llevó los bolillos que sobraron de regreso a su calabozo y no me dijo nada más. Caminando tranquilo, muy tranquilo, de nuevo encapuchado, como si se paseara en su bosque.

En la madrugada los soldados me vinieron a buscar, despierte sargento, despierte, venga por favor y desde el pasillo escuchaba un gran alboroto en el calabozo. Un soldado reteniendo al prisionero a la fuerza, otro con la mano hasta los nudillos en su boca. Pensé con cierto desapego que lo ahogaban. ¡Escúpelo! ¡Escúpelo cabrón! Le gritaban, y podía ver cada movimiento asqueroso de su esqueleto, rechazando el alimento con todas sus fuerzas. El prisionero retorciéndose, feroz. ¡Ya sácalo! Vómito, saliva gruesa y amarillenta, goteando de su mentón, de la comisura de sus labios, el resto del bolillo estrujado entre manos encadenadas, negándose, negándose, y cuando le pudieron arrancar el pan de la garganta como había gritado. Gritando, gritando, ¡No me lo quiten, malditos! ¡Que no me lo quiten!

Que patético me pareció entonces, que se inventara tantas historias de animales fantásticamente fuertes en su triste y cobarde estado.

No le había hablado por mucho tiempo al prisionero, desde que yo era soldado y me habían transferido al cuartel Piedad. El mismo viejo comandante me había advertido cuando ascendí a sargento. El prisionero era un maldito comunista, por mínimo, una verdadera bestia abandonada por Dios en sus mejores días. Durante su larga estadía, había tomado torturas que ahora solo puedo imaginar porque nunca se mantuvo un registro, pero siempre las regresaba. Había roto al menos una docena de narices, cuando no se ocupaba maldiciendo a todo personal del cuartel Piedad. De golpes suertudos había dejado al menos a dos desafortunados con dientes faltantes y estas eran las cosas que a sus víctimas no les daba pena reportar. Soldados, generales, sargentos, comandantes, enfermeros, conserjes, todos sin distinción alguna tenían una historia que contar y cuando por fin le habían encadenado las manos, para nunca más desencadenarlo, no tardó en morder.

Oí de manera menos oficial que una vez un soldado novato se le había acercado demasiado tratando de llevarlo al baño y el prisionero lo mordió. El muchacho no tendría más de 20, apenas enlistado, tan desacostumbrado a la violencia de Piedad. Realmente un gran espectáculo, me dijeron, el muchacho llorando a gritos en el suelo del calabozo, una mano apretada contra la cabeza que sangraba como fuente, regándose negra sobre la piedra, los gritos alarmados de los soldados, sus botas sonando como estampida. El prisionero con algo loco posado en su mirada, la mitad de la cara goteando de sangre como miel y el pedazo de oreja que le arrancó entre los dientes. Tal vez por eso estaba pagando, al final.

Unas semanas pasadas del incidente con el pan, le traje nada más tres cigarros. De eso nadie se había muerto, y se los fuma en perfecto silencio. Una sencilla sonrisa pintada como línea en la tierra, cumple los rituales del tabaco como cualquier hombre. Se pasa el cigarro por los labios, derecha izquierda, derecha izquierda, lo toma de una forma particular, entre pulgar e índice, se lo pone en el centro de los labios, inhala. Humano otra vez. No me habla de la pantera. Nunca le vuelve a hablar de la pantera a nadie y cuando le cuento de la Lucía, me escribe una carta.

Esa misma noche dejo la carta en casa de Lucía y a la semana la convencí a salir por una tarde de

teatro. Nos encontramos al mediodía en la ciudad, nos sentamos en una banca en la plaza a comer naranjas, y ella de vestido blanco me hablaba de algo que no recuerdo, algo de jovencitas de su edad. Veníamos a una obra de la vida de Jesús, y cuando pasamos atrás del teatro vimos a los actores fumando entre ensayos. Judas, María, hasta a Jesús, cubierto de sangre y con su corona de espinas, con sus cigarros. Derecha izquierda, derecha izquierda. Me dijo que trajo la carta y me pidió que la leyera en voz alta. La leo bajo la tierna luz que se filtra entre los árboles, mirándola de reojo, tan bonita, y cuando termino me da un beso en la boca por primera vez. Nunca Piedad volvió a parecer tan lejos.

El prisionero deteriora, debe hacerlo. Había pasado por al menos cuatro sargentos, incontables soldados, como una piedra con las que se construyó el calabozo. Mi compañía no es suficiente, el tiempo es demasiado: el prisionero crece anciano, crece loco. Me confía una noche en la antecámara, que la cubeta donde hacía sus necesidades le habla. Que lloraba todas las noches, ay prisionero, prisionero, ¿Por qué me castigas de este modo? ¿Qué crimen he cometido, que cagas dentro de mí? Y el prisionero me confiesa que entonces deja de cagar en la cubeta. Se contenta por cagar en el suelo del calabozo. Me asombra entonces, cómo me puede hablar, como me reconoce de las rocas con las que debe hablar para pasar tanto tiempo, como siquiera puede juntar dos palabras coherentes. Un milagro era más bien como lo hacía, como juntaba dos, tres, cuatro palabras y habla de puras bellezas con la destreza de los grandes poetas del siglo.

Si... quizá se hallaba demasiado degradado, viejo e imbécil para comprender algún día las simples felicidades que yo me podía lujar. Baños calientes, té de manzanilla con galletas cubiertas de chocolate, la confesión con un padre en la iglesia, los paisajes rurales de Piedad, el mismo beso inocente de la hermosa Lucía. Se sentiría desnudo, sin los muros de su calabozo que protegerlo, sin la oscuridad para sus ojos, sin su cubeta llena de mierda a quien hablarle. Un real imbécil sería el que dejará tal condición irse al desperdicio.

Le traigo entonces un periódico para leer, y luego un pequeñísimo café caliente. Le dejo

oír un partido de fútbol en la radio, de inicio a fin, lo llevo al baño dos veces al día, docenas de frutas y dulces que acaba vomitando esa misma noche y cada carta, cada poema, la envié a mi Lucía. Poemas que, incluso ahora no sé si podría escribir en toda una vida, si cualquiera. Apasionadas, eróticas, inocentes, todos los días como si fuera un alma poeta diferente, siempre destructivamente enamorada. Le traigo cuaderno y lápiz, que nada más pega a su nariz para oler el grafito sobre el papel hasta dejarlo todo negro y cuando por fin le da por escribir, escribe solo de Lucía. Lucía, cura mis males. Lucía cose mis heridas, Lucía, Lucía, Lucía.

Un hombre menos razonable pensaría que se enamora de mi muchacha... lo molería a palos, le quitaría el espejito del escritorio, lo mataría de hambre, pero es solo el prisionero. Lucía, con su piel lechosa, sus vestidos de encaje, su tibio perfume, su juventud, como de duraznos y vaselina, ese día que la vi caminando en la calle y decidí que debía ser mi mujer. Me imagino al prisionero sentado a lado suyo. Ropas ennegrecidas y rasgadas, piel de elefante y olor a excremento. El vil prisionero, bien encerrado al fondo de un calabozo oscuro. Me tengo que reír.

Me pregunté fugazmente qué escribiría, si lo dejara salir. Solo unos momentos, a ver el calabozo por fuera, a ver el cielo, la primavera. Pensé por mucho tiempo que moriría si lo hiciera. Unos meses después voy a la iglesia a confesarme y no le digo al padre nada sobre nuestro trato del prisionero. No su condición, no lo hambriento y viejo que está, nada. Me siento en la oscuridad del confesionario, erguido como si me pudiera ver y le pregunto si hay cosas que Dios ha creado para que no las conozcamos. Si nos había bendecido con la ignorancia de no conocerlas por nombre, no sea que no sobrevivamos escucharlo siquiera. Si Dios esperaba que creyéramos que existen y que estuviéramos agradecidos por ello, si era eso también una cuestión de fe. Me dijo, por supuesto, que no lo pensara tanto, y fue fácil.

Pasa un lustro así, parece más tiempo. Lucía se embaraza, yo subo de puesto y en seis meses deciden cerrar el cuartel. El nuevo gobierno es más de izquierda que el anterior, o más de derecha y se decide que Piedad es el infierno sobre la tierra nacional, una mancha al orgullo, alguna otra exageración. Ocurre el milagro del que

tanto se había pensado, se desentierra de alguna oficina del palacio nacional una copia errante del registro del prisionero, a quien ya le he tomado bastante cariño y cuando me explican su larga historia, escucho con cierto desapego. No es orgullo, ni desprecio, ni desinterés, aunque no me sorprende la historia. Solo es que así se debería quedar. El prisionero y ya está.

No es gloriosa, la liberación y me parece que no debería serlo. Vienen de noche. Algunos soldados, demasiado orgullosos, jóvenes, defienden el cuartel de los soldados que vienen a desalojar, pero la pelea es sucia, patética. Yo no tomo parte. Se acaba cuando le abren la cabeza a uno de ellos de un balazo y suena el disparo por toda la plaza, y en la oscuridad de la noche.

No hay familiares o amigos quienes reciban a los liberados, no hay comunistas que celebren el regreso de sus compañeros, no está la cruz roja esperando de brazos abiertos para curar los males que hemos causado. No hay mucho más que hombres sacando a otros hombres bruscamente de su celda. Las vacas del rancho vecino salen a ver si los soldados les traen algo de comer, los árboles pelados por el invierno crujen de cansancio, el aire sabe a estiércol y lluvia. A lo lejos, un camión para llevarlos a todos a algún lugar supuestamente en la ciudad, la única indicación de que han vivido en un lugar que no es este.

Los presos salen del cuartel en fila india, tropezando con las piedras y con el de adelante como borrachos. Están mirando para arriba. Ven el cielo estrellado por primera vez desde que fueron encerrados. Nadie grita, nadie pelea, todos anestesiados. El cielo nocturno rural, con estrellas de verdad, miles y miles, incontables, indistinguibles.

El prisionero, que hace muchos años había liderado guerrillas enteras, es débil, un solo soldado lo saca a rastras del calabozo. ¡Mi cubeta! Grita, como una cabra, peleando arduamente ¡Suéltenme bastardos, regrésenme mi cubeta! ¡¿Dónde está mi cubeta?! Y parece no darse cuenta de que está afuera.

Naturalmente, la liberación de los presos significa nuestro encierro. El viejo comandante será tratado como un criminal de guerra en alguna

corte, deja atrás dos nietos, tal vez tres. Estoy para presenciar todo esto porque me citaron ese día a Piedad. Una emboscada a la que entro con mis medallas en el pecho y de la que salgo con las manos esposadas. Sacan a mis compañeros de la misma manera. Todos con familias y vidas a las que regresar.

Me imagine por un tiempo que me encarcelarían también en Piedad, aunque nunca más ese lugar se usó para el albergue de presos. Pensé en las paredes de piedra, en años y años y años que me reformarían del mismo polvo del suelo, de mis huesos, de la tierra. Harían de mi tal vez el gran poeta de la década, tal vez un suicidio olvidado y bien recibido. Perdí tal esperanza en cuanto se cerraron las esposas sobre mis muñecas.

La última vez que hablé con el prisionero él estaba ya trastornado. Me iba del cuartel Piedad para una temporada en un campo militar por la ciudad. Cerca de la casa donde Lucía y yo nunca criaríamos nuestra joven familia. Mi matrimonio aun tan dulce como el de jóvenes que se escapan para amarse contra los deseos del mundo entero y las cartas todas catalogadas y bien guardadas en el tercer cajón de la ropa interior. Le hable más bien como un sacerdote que va a confesar a los condenados antes de que se enfrenten al verdugo. Lo senté en la antecámara, tomé sus manos viejas y temblorosas en las mías. Le dije que me iba. Me miró sin reconocermelo, ojos vacíos. Me voy con la Lucía, la Lucía. Se quedó callado, pensando y me susurró. Sargento, mañana vamos a sacar a pasear a la pantera. Está en su jaula. Lo ignoro, con la edad regresaron los balbuceos sobre su bosque fantástico, pero siempre pierde el hilo: La Lucía, gitano, me ama como loca... El viejo me ignora, me interrumpe. Usted y yo estamos en una jaula también, me dice, pero la pantera me sacó. Yo ya me escapé. Se ríe, como travesura. Yo ya me escapé.

Recuerdo cuando me fui, como se quedó ahí sentado mirándome. Encorvado sobre la silla, más viejo de lo que nunca fue mi propia madre, el bendito espejo empolvado y sin reflejo sobre el escritorio. Se me ocurrió que él debía ser el siervo más fiel de Dios. Si es que confiaba que el mundo seguía existiendo más allá de su pozo, que no había desaparecido mientras estaba encerrado. Cada ocurrencia en Piedad nada menos que un milagro. Cáscaras de naranjas frescas para

desayunar, una brisa que refresca el calabozo en verano, una mosca gorda y agria que se cuela entre las rejas, evidencia de algo que no podía de otra manera explicar. La bendita idea de la pantera siquiera.

Aviso entre la masa de gente, al prisionero. Los ojos le brillan como rabiosos, mira la luz de los faros del autobús posarse sobre la plaza del cuartel. Veo su pecho expandirse, respira

profundo, por primera vez en décadas como hombre libre, y respiro yo también, como preso. Me pregunto quién le mandará la carta a Lucía para avisarle lo que ha pasado. Si me vendrán a visitar, ella y el niño que todavía no nace.

Rezo un padre nuestro por el prisionero que se aleja de Piedad en un trance, de regreso a su bosque. Siento como me queman la nuca cientos de miradas. Será la pantera.



El muerto que olvida

de Verónica Mariana Orozco Barrera

2do Lugar

Cuento Largo

Categoría Profesional y Posgrado

Campus Ciudad de México

Cuando mi tía seguía viva, me agarraba del brazo con las dos manos y me torcía la piel hasta que se ponía roja, roja como su monedero, y caliente, que pensaba se me iba a partir. Se enojaba conmigo por agarrarle galletas que a propósito había escondido para que yo me las pudiera comer. Luego, entre las lágrimas de dolor, yo me reía de ella. Me soltaba una sonrisa y un manotazo y luego me decía:

—Cuando yo me muera, voy a venir a jalarte las patas y asustarte, mendiga.

—Seas mensa __ (su nombre no se los voy a prestar, su nombre se queda solito para mí), mis abuelitos están muertos y no vienen a espantarme.

—Esos por viejos, los que se aparecen en la casa de Xochimilco se murieron con años de sobra. Yo me voy a morir pronto, y pronto, cuando te distraigas, porque distraída eres, y se te revuelven las historias y la gente y las memorias, ahí en tus memorias de mí te voy a espantar.

Luego se murió y cumplió. Desde entonces me persigue su alma y la sigo viendo en la calle, y la oigo en el tendedero cuando ya es muy noche y yo debería estar dormida.

La escucho en las grietas de la banqueta, entre murmullos que se mezclan con el sonido de las chinampas y el gemido del viento que arrastra la humedad del canal. Xochimilco se llena de muertos, dicen. A mí me sigue persiguiendo el alma de la Pícara, mi tía, que no quiso quedarse donde la enterraron.

En Xochimilco te tragan las drogas, la religión o la Llorona.

A mi abuelo se lo tragó su familia. A mi abuela se la tragó él.

Y a la Pícara, mi tía, la tragó el silencio que dejaron los dos.

Entre Axomulco y Margarita Maza de Juárez, la banqueta de la intervención de paredes se rompe en grietas delgadas que, en la noche, con los tuertos bailando, las mozas en trance y unas mareadas de más, se parten en pedazos del concreto que el barrendero ya se olvida.

La tertulia mañanera pasa despistada por un desbarato de mezclas que vomita Xochimilco. El de los fierros viejos, la de los sopes en la plazuela, las señoras al mandado y los niños jugando con los cachos del torito que quemaron ayer.

A dos casas está la del mayordomo Horacio de Parra. Llevaba poco menos de tres décadas esperando el refugio del Niñopa en su casa; a su intimidad.

—Cuando llegue el Niñopa, vamos a arreglar esa banqueta —le dijo una vez a la Pícara. Ella solamente soltó una carcajada.

—No le arreglas ni la pata al caniche de Don Román, menos vas a arreglar una banqueta.

A la izquierda se entretiene la tienda de Don Román, con el perro eléctrico sentado en la escalerita salpicada de basura del puesto de verduras. De vez en cuando pasa una rata correteada. Una cucaracha que entre lleva la vida por pisotones y escobazos. Un pájaro café que recuerda serenatas dejadas de memoria, muy viejas para cantar.

Y a la banqueta deshecha se atribuye la memoria del barrio. Consta de historias dejaderas lo que ha durado su ruptura.

Que sí se parte, que si no. Que si cuiden a las doñas cuando bajen, porque Adela García por eso trae bastón. Dicen que se cayó cuando

iba por las tortillas. Dicen igual que se resbaló echando pleito con un drogado. Dicen los que están más locos que la tiraron cuando le iba a caer un cohete en la séptima posada.

Ahí se sentaba la Pícaro cuando se le olvidaban las llaves regresando con el mandado. Exhausta, jalaba el cordón de la campana que hacía de timbre y esperaba a que mandaran a una de las sobrinas a abrirle el zaguán. Cuando murió, tocaron la campana gentes que nunca vi, todos queriendo saber cuándo la enterraban; ninguno apareció en el sepelio.

Murió en su cama, con el chaleco de felpa con el que siempre se tapaba en las mañanas frías cuando salía al mandado, guardando su monedero en la bolsa del pecho. Se gastaba su pensión en papa, zanahoria y anís, lo de la tanda en medicamento para Margara y mis dulces. Luego no alcanzaba para el bicitaxi de regreso a la casa y nos tocaba regresar con las bolsas arrastradas. Vacío como lo vieras, el monedero nunca se quedaba todo pelón; hasta el fondo, escondida entre el descosido, una moneda a punto de expirar.

—Para cuando me muera —me decía—. Por si tengo que cerrar cuentas. Uno nunca sabe qué deja pendiente.

La moneda no se fue con ella. No sé si a propósito la dejó o la enfermedad le nublabo ya la memoria como a mí y se le olvidó. Después de muerta, la encontré abajo de su almohada, tibia por sus manos todavía.

Dicen los que creen, que la muerte, en su divina ascensión, nos ahoga de reposo en la gloria infinita del Dios que queremos creer. En el sepulcro, no me pareció que ella estuviera descansando. Se había encogido tanto que ya no ocupaba espacio, ni en el catre, ni en las plazuelas que decían ser suyas, ni en la memoria de nadie más que la del gato que correteaba a palazos, que, aun con años de muerta, no se volvió a acercarse a su cuarto.

Dicen o no, a la banqueta también la enterraron una vez, con concreto fresco. La delegación la hace y la rehace en época de elecciones cuando en algo tienen que gastar el presupuesto. Igual nunca queda. Dicen que todavía se está despedazando.

Pero los que saben —los que en realidad saben—, dicen que la banqueta es un altar. No a sus santos, sino a los muertos que no quieren irse, que al fin y al cabo santos en sus casas serán.

Xochimilco ya no es pueblo. Jardines de Xochimilco, el barrio 18, unas partes del centro histórico, quemaron el campo que dividía las chinampas de la metrópolis autodestructiva que bautizan como el D.F. Por eso, en esa parte nadie es familia. Nadie se conoce y no se dicen tíos los deslindados y primos los enamorados.

Se extinguió su encanto con la gentrificación. Pero a la alcaldía no la adornan como a Roma y Condesa; de precios altos solo conocen el kilo de mamey y los tlacoyos. Me la chuparon, a las chinampas y a su catedral. Mi tía decía que tenían madre en la delegación para alborotar a la gente en el sexenio con sus prometidas y “juro por mi patrón^1” que van a revivir Xochimilco, pero ahora pasas el puente del Infiernito, y “huele a mierda” se queda corto de lo pesado que es el aire por donde las canoas.

—Su patrón es el Niñopa: una figurilla histórica que se ha caído más veces de las que van a admitir. Lo veneran y lo visten, lo alimentan y le rezan por los leprosos mientras patean a los indigentes que estorban en la procesión. Es más viejo que el más viejo que lo vaya a ver, más viejo que los viejos de los abuelos de los que ahora son abuelos. Más viejo que todos, y ni así llega a las 5 estrellas en Google Maps—.

Niño lindo, niño hermoso,

niño gallardo, niño amoroso,

a pedir te vengo como generoso,

que la pena que traigo me la vuelvas gozo,

pues tú eres mi padre y mi Dios bondadoso...

Luego seguía otra liturgia de rezos que se me escapan por los labios cada que le besaban en la procesión su mantita. Hay masas de gente que contaminan la fe, despliegan tus lágrimas y las hacen reumas locales, se adueñan de ellas y te juzgan por ser. No hay hueco perdonado en mi barrio chico, y todos somos Clarita Hidalgo llorando las letanías por su hijo.

Y la banqueta va a ser la única que se quede

cuando a todos nos entierren en el nuevo panteón de Xalapa —los que hayan pagado el refrendo se van a descomponer con los abuelos en La Noria—. Toda destartalada, testiga y cuestionada por los bicitaxis, orinada por los perros y los canes. Es mi testimonio. Le cuento poesía para que me queme su filo y así sangren sus memorias. A ver si regresa Margara, y el Doctor, y mi Pícara querida, adorada.

La última vez que vi a la Pícara estaba sentada junto al zaguán, con su chaleco de felpa. Parecía más joven, con los labios pintados de ese rojo escandaloso que manchaban con baba mi frente y mis cachetes.

—¿Y tú qué haces aquí? —me preguntó.

—Vine a buscarte.

—No me busques. Estoy donde siempre he estado —y luego, con una sonrisa burlona—: Métete ya, no sea que te vaya a calar el frío como a mí.

Aunque no hacía viento ni aire, y no llovía, porque era un sueño.

Me desperté en su cama, cuando todavía era su cama. Ahora ya solo la hace de altar, y me vio a los ojos.

Un día, el tío empezó a hablar de una sentada en la banqueta.

—¿Sabes qué hacía Margara cuando no quería pelear? —dijo una vez—. Se iba al canal. Decía que ahí el agua calmaba cualquier cosa. Pero yo siempre le decía que no estaba sola. Que alguien la veía desde el sembradío.

—Vi a esa (a la del nombre prestado, el que se queda solito para mí) sentada, ahí junto al zaguán.

—¿Y qué le dijo, tío?

—Me dijo que si me quería ir —el aire que no le termina de entrar a los pulmones, con su tanque de oxígeno, le intercambia palabras por suspiros—.

—Le dije que quería ir con ella; me dijo que no se podía. Le rogué, me hincué, tú sabes que yo ya no me puedo hincar. Desde que me caí en casa de mi hermano ya no es lo mismo. Siempre le dije a Margara que esos pisos estaban muy limpios, muy bien encerados, que se le veían los calzones

a mi mujer y, desde entonces, tu tía usó pantalón.

Y aunque le pedí y le lloré, me dijo que no.

Pero ahí anda: asómate un día de estos, que el gallo que te levantaba de niña interrumpa la serenata del reloj roto del cuarto de la Pícara. La vas a ver, a mi'ja, sentada por sus ampollas, con el chaleco de felpa con el que se murió. Pídele dinero para ir a la tienda. Del seno se va a sacar su monedero rojo y te va a dar quince pesos porque, cuando eras su consentida niña linda, eso costaban tus Pastizetas. Agarra las monedas calientes, guárdalas hasta que te suden las manos y luego arráncate el corazón para que ella vuelva.

La Pícara era mi tía, esa sí era mi tía, la que se murió. El tío era tío solo de mi mamá. Margara era mi abuela; también falleció, y el Doctor, su marido al que tanto le lloramos. Nunca supe que lo mató, no nos dijo, y no lo vimos. Era chaparro de profesión, ahí todos son así, nadie le rebasa el metro setenta, y aunque mi papá era hijo de Pedro Páramo y los gigantes de Sonora, a mí me faltaron genes.

Era bravo con sus hijas, y fue dócil con mi hermana y conmigo.

El título de Doctor se lo dieron en la UNAM; el nombre se lo ganó en su consultorio, que lo dejaba en pobreza por no cobrarle a pobres menos pobres que él.

Cómo lo quería a mi abuelito; era buen abuelo y buena persona, fue muy buen suegro, no era tan buen padre y no fue buen esposo, pero de eso me enteré hasta que se murió. El día que lo enterramos se hizo santo con las lágrimas de su Margara, que luego le restaron el sentido y su vivir. Siete años enteros le lloró, hasta que se quedó seca. La Pícara no lloró, pero después del funeral de su madre dejó de hablar.

“El silencio también es luto”, decía Margara cuando hablaba de sus propias ausencias, de los hijos que se le fueron al canal, de las vidas que no le tocaron vivir.

A los setenta días, la Pícara se fue también. No dejó palabras, solo un hueco que todavía no nombro.

Todavía no sé si es bendición o penitencia que un muerto en pena se aferre a ti de aquí hasta

que el muerto seas tú. Yo sé que con mi tía ya me fregué; al fin y al cabo, tuve más dicho que no sobre dónde se iba a morir. Que me den el arma, capaz yo sola la maté.

Qué poco respeto le das a la muerte cuando por muerte comes y vistes y le pagas al SAT. El cuarto improvisado del hospital López Mateo donde arrinconaron a mi tía entubada es de lo peor que tiene el mundo, o por lo menos el mundo en el que me tocó a mí vivir. La camilla era chica, las sábanas viejas y de una tela de trapo, y en el cristal que lo encerraba (que no era cristal, era de plástico y estaba empañado con mugre) había sangre salpicada del hombre que yo no sé si antes explotó.

Luego estaba la sala de espera. Seré honesta y me tirarán de mamona, pero yo pensaba que todos los hospitales tenían restaurantes, maquinitas, tienda de regalos y baños con espejo y papel. Resulta que el IMSS no tiene y la gente no pasa; y los que pasan se amontonan en las bancas que parecen de terminal camionera. Los veía y me daban lástima, porque se veían como yo y yo solita me daba lástima por pensar de más y ser ignorante a la norma.

Ignorantes los doctores y enfermeras que hablaban y reían como loros borrachos entremedios de hombres que tenían, de seguro, órganos y huesos podridos y de más: los camilleros en su teléfono y la pendeja de la policía que no me dejó entrar a tiempo a la sala que no era sala y solo era un montón de camillas con gente que mejor estaría muerta. Olía a piel y orines y cloro barato mezclado entre sí. El piso se tintaba de manchas irreconocibles que convivían con el azulejo original. Y a mí se me olvidó cómo llorar. Salí, y atestigüé, y le robé los ojos y se los di a unos niños. Así me perdí en los pasillos y le di último uso a su nombre, al nombre que es prestado y que se queda solito para mí.

Se me desaparecen los constantes, y la constante se hace la muerte. La funeraria es más mi casa que la casona que se adorna de negro mes tras mes. No quiero a las entes que se aparecen por el molino, ni al muerto que vive en la bodega de al fondo. Llevan toda mi vida y la suya que perdieron ahí. Como la esquina, no se van. Capaz porque no tienen patas y son pura piedra. A mí, que es porque se le olvidó cómo llegar y

prefiere quedarse, por más cansada que esté de ser hueco para las penas y los mareados.

En esa calle que colinda con la esquina, a mi tía nadie se lo contó, ella lo vio. Sacaron una olla llena de centenarios y oro, collares de jade y joyas que la delegación de aquel entonces desapareció. Dicen que también encontraron cuerpos de gente que nadie reclamó porque eran de un tiempo que ya no se reclama: perros, plumas y plumajes, cuchillos y telas. Todo para que alguien les rezara antes de taparles la boca con tierra y fingir que no vivieron, esperando que se acordaran, suplicando que no se fueran a quedar.

Las vecinas, envidiosas o cristianas, juraban que la olla estaba maldita.

—El oro embruja a los pobres —decía Elia, que nunca tuvo nada, pero sabía mucho.

Por eso, según ella, nadie que tocó ese tesoro volvió a ser el mismo.

En el desentierro, los hombres sudaban y las mujeres murmuraban con fervor. La Pícara, escondida detrás de una cortina, me jaló para que no viera más.

—No es para tus ojos —me dijo, aunque creo que se lo decía a ella misma, porque yo todavía no nacía y mi tía era la niña.

Esa noche, cuentan que nadie durmió. Decían que el aire se puso espeso, como si el pueblo se fumara algo que no debía.

Capaz por eso el molino de la casa, que se recargaba entre las paredes que armaban esquina, no termina de embonar entre mundos. En la mera intersección, le metieron una piedra de rito que los arqueólogos confundieron con cemento, y ahora por eso vemos muertos, y el fantasma de mi tía no se deja de aparecer.

Yo de niña correteaba al Blaqui, a mi perrito — el que se escapó una tarde y nunca volvió— por esos cruces. Supe que me lo mataron porque era bravo y bravucón, pero mi tía decía que se lo llevaron las brujas. Las mismas que se quitaban las patas para poder volar, buscando maridos infieles para ser carne de hombre.

Luego me escondía en el pasillo del baño, y en

el marco del reloj abuelo veía una figura, de una bruja o de una beata. Una mujer de pinturas, que se parecía a mí, o a una yo que esperaba nunca llegar a ser. Llevaba ropas negras y hablaba como la Pícara, aunque nunca supe bien si de verdad le llegué a escuchar la voz. Capaz era la grava hablando, o la calle que gemía.

La esquina tenía su propia lengua. Decían que en las madrugadas, cuando todo estaba en silencio, podías escuchar el chasquido de unos zapatos de charol.

—Es el viejo Casimiro —decía mi abuelo—, que busca a su amada perdida, que nunca estuvo viva, no viva con él.

Mi abuela siempre lo negó, decía que era mujer cuerda de buen oír, y jamás escuchó. Pero yo sabía que algo rondaba. Una noche vi pasar una sombra; no caminaba, se deslizaba, como si no pesara. No me atreví a seguirla.

La única vez que seguí fue cuando ya no había quien me cuidara.

Salí al zaguán. La vi. A la Pícara, mi tía, con la cara de la beata y las patas de una mujer. Estaba ahí, con su chaleco, mirando la calle como si estuviera esperando algo.

—¿Por qué no entras? —le pregunté.

Giró la cabeza, y no dijo nada. Extendió la mano. En sus dedos tenía el monedero rojo.

—Esto es tuyo.

—No quiero tus monedas.

—No son para ti.

Me acerqué, con miedo. La garganta me picaba y sentía a las orquídeas jalarme los pelos para que me metiera a la casa. Cuando estuve cerquita, tan cerca que veía las desfiguradas que te regalan las urnas del columbario, me sonrió.

No con la de siempre, con la que me decía pendeja, me pinchaba los brazos y me correteaba en calzones cuando no me quería meter a bañar. Esta era azul rey y triste mejillón.

—¿Qué quieres, tía?

—Que no me olvides. Ni a mí, ni a Margara, ni al Doctor. No dejes que nos hundamos con esta

banqueta.

Tomé el monedero. Estaba tibio, como si el único calor de sus senos se hubiera quedado ahí.

Cuando lo abrí, solo había una moneda, una de esas que ya no circulan.

—Llévala al canal.

—¿Y qué pasará después?

—Después, Xochimilco decidirá si todavía te quiere.

—¿Y tú me vas a querer?

—De aquí a que me muera —la miré, y no tenía ojos, y solo tenía alma—.

—De aquí hasta que arreglen esa pinche banqueta.

No dijo más. Se levantó, caminó hasta la grieta más grande de la banqueta y desapareció.

Me tardé en ir al canal.

El aire apestaba. Tiré una moneda al agua. Y me esperé.

Y la sigo esperando.



Vera tenía los ojos como de víbora. Me dijo su primo que nos conocimos hace años, cuando teníamos veintidós o veintitrés y ella era una niña, yo no lo recuerdo. Mi primer recuerdo de ella fue cuando lo acompañé a su ciudad y quedamos de comer con ella y con su hermana. Llegó tarde y se fue temprano. Tenía los ojos como de víbora, pero la voz y la mirada dulces, el diminuto departamento limpio, pero desordenado y no encendía las luces porque no soportaba la luz fría. Me abrió la puerta despeinada y me preguntó si quería café. Su perro estaba acostado en la cama, no se movió ni hizo ruido, sólo levantó la cabeza y volvió a acostarse. Hojeé uno de sus libros mientras encendía la cafetera y pensé que ella estaba tan lejos de casa, que no era suficiente la distancia. Encendió la cafetera y me di cuenta de que no tenía calefacción, tenía un montón de cobijas y cojines sobre la cama tendida y velas en la mesa de noche, la bola de pelos blanca casi se camuflaba entre la tela. Sirvió el café y sin darme cuenta la miré por más tiempo del que era apropiado. Pregunté por el nombre del perro. Me di cuenta de que en realidad no quería tomar nada. Aunque el aire acondicionado estaba apagado, ella usaba un suéter, yo tenía calor.

Se llama Jan, dijo. Pero es un flojo, si le hablas no se va a levantar.

Cuando se metió al baño para cambiarse me fijé en los libros que tenía apilados junto a la cama y sobre la mesita frente al sillón, la mayoría clásicos o de filosofía, algunos en otros idiomas. Tazas sucias con bolsas de té y un cenicero vacío. Había tomado uno de sus libros, cuando salió del baño, usando pantalones de mezclilla oscura y una blusa negra, me dijo que era muy bueno, que si quería podía llevármelo. Ni siquiera había leído la portada: «Romancero gitano». Creo que lo leí en la preparatoria, mentí. Me respondió que si lo hubiera leído lo recordaría. Dejé el libro

donde estaba y ella se sentó junto a mí. Noté que la música provenía de un reproductor de CD en el espacio de la televisión del armario. No tenía televisión, pero sí una pila de discos de los que ya nadie usaba. Los consigo baratos de segunda mano en el centro, dijo. No reconocí la canción.

Se sentó tan cerca que sentí el calor de su cuerpo a través de su blusa, me preguntó por el trabajo. Le dije que estaba bien, era una semana tranquila. Iba a preguntar algo más, pero sonó el teléfono y se levantó para contestar. Era hora de irnos. Se puso la chaqueta y salí detrás de ella.

No habló mucho en el camino, se puso labial antes de bajar del auto y se paró en silencio mientras entrábamos. En la mesa la vi platicando con la otra chica, la amiga de Lucía, echaba la cabeza hacia atrás cuando se reía. Me di cuenta de que la miraba de más cuando ella volteó a verme y yo miraba un punto de su cuello, debajo de su oreja. No llevaba aretes. Sus ojos de víbora se transformaban en otra cosa cuando sonreía, pero no se hacía más dulce. La muchacha del loft lleno de libros y tazas vacías se convertía en la señora de una casa en la que jamás había algo fuera de lugar. Esa sonrisa había conseguido todo lo que Vera de veinte años quería experimentar. Y yo al verla me convertí en el huésped de la casa de su primo, el adolescente que la había conocido tantos años atrás.

No me di cuenta del celular vibrando, estaba ocupado buscándole la mirada a Vera. Te habla tu novia, dijo Marco. Un mensaje de Van. Vanessa con sus escotes en V y labial rojo brillante. A pocas personas se les veía ese tono como a ella. A Vera no le quedaría, así como a Van no le quedaría el rosado oscuro que resaltaba tan bien en los labios de Vera. Vanessa con su perfume de flores y sus pestañas enormes. Eran completamente diferentes, y ambas eran otra cosa indescriptible

que, en ese momento, no estaba dispuesto a intentar adivinar.

¿Todavía te busca?, preguntó Marco. Vi a las chicas del otro lado de la mesa, las tres atentas.

A veces, dije. Cuando se pelea con Héctor.

Miré a Vera mientras Marco les contaba la situación con Vanessa, no intenté adivinar lo que pensaba. Él hizo un chiste de que tal vez un día yo debería responderle, decirle que lo dejara y volviera conmigo; así a lo mejor podríamos pasarla bien por unas semanas, o unos meses, luego yo podría dejarla y al final le habría dado la salida fácil que quería. Lucía se rio. Yo le dije que no podía estar tan mal.

Es que no sabes cómo la trata, dijo Lucía. El otro día en casa de su primo desapareció por horas con una de las amigas de Daniela.

Ni siquiera le importó que ella estuviera al lado, dijo Marco.

No lo sabía, dije, no me sorprendía. Imaginarla así me hacía dudar de si había sido honesta conmigo. Jamás le había mentado, ni humillado o hecho sentir mal. A lo mejor por eso se había ido sin dar explicaciones. Para mí eso había sido lo peor.

También ella, dijo Marco. Qué pendeja si se deja tratar así.

La amiga de Lucía dijo algo como: «qué horror, pobrecita». Marco hizo otro chiste preguntándome si a Van le gustaba que la trataran mal. Respondí con la verdad, que no sabía por qué había cambiado tanto en tan poco tiempo. Vera no dijo nada, pero por su expresión supe que estaba pensando en algo, sus ojos de víbora se convirtieron en ojos de tristeza casi infantil. Tal vez ella lo entendía.

Qué pésima suerte tienes, dijo Marco. Después de estar contigo, las mujeres encuentran al amor de su vida.

Ese imbécil no es el amor de su vida, dijo Lucía.

Es que no es la primera vez que le pasa, dijo él. La mesera llegó con las bebidas, Vera pidió limonada porque estaba tomando medicamentos, tenía prohibido el alcohol, los demás empezamos con *cocktails*.

Van jamás habría accedido ir a un lugar donde no vendieran bebidas con nombres en inglés. Me gustaba salir con ella por eso. Cuando entraba con su brazo enredado en el mío a cualquier lugar me gustaba ver a las personas que nos miraban, pensando lo obvio, que estaba fuera de mi alcance.

Héctor te quiere partir tu madre, dijo Marco.

A ese güey ni lo ubico, respondí. Marco y Lucía se rieron. Imaginé que Vera y la otra chica no conocían a ninguno de los dos. Vanessa las hubiera detestado, no era de las que se llevan bien con todos. Nunca se me hizo extraño que no tuviera amigas, tenía buenas razones para alejarse de las pocas que había tenido en el tiempo que estuvimos juntos.

Uy, sí, dijo Lucía. Ese día sí pensé que se iban a pelear.

Lo que sí es cierto es que a Vane le encanta la atención, dijo Marco. No la defendí, no dije nada. Le di un trago al vaso y me acordé de que Marco tenía razón, después de todo la conocía de más tiempo que yo.

¿No la extrañas?, preguntó la amiga de Lucía. Vera la miró, se quitó el cabello de la cara y se puso un mechón castaño detrás de la oreja.

Para nada, dije. Marco me miró con una cara de incredulidad.

Sobrio no la extraña, le dijo Marco. Deja que se tome unas dos y vas a ver, agregó.

Ya tiene mucho tiempo.

No podía regresarle la pedrada a Marco frente a Lucía, entonces le pregunté a Vera y a la otra chica si les estaba gustando la ciudad. Ambas recién llegadas habían salido con nosotros a los restaurantes que nos gustaban, a los cafés bien decorados y los bares de moda. La amiga de Lucía no había salido mucho, Vera dijo que sus compañeros de la universidad le habían mostrado varios lugares en el centro. Estudiaba música y sus compañeros eran casi todos mayores, seguramente para ese punto conocía más lugares que yo.

¿Te da pena presentarnos a tus amigos drogadictos?, le preguntó Marco. Ella hizo una

mueca.

Me da pena con ellos, le dijo.

Él se rio y le dijo algo sobre tener cuidado con el abuso de sustancias. Le voy a decir a tu papá, dijo.

El mes que viene nos vas a mandar a saludar desde el anexo, le dijo Lucía. Ella sonrió.

¿Conoces a su papá?, me preguntó Marco. Lo conocía, no recordaba cuanto tiempo tenía el encuentro, en casa de Marco. Un hombre alto, más alto que yo, de cara muy seria, el tipo de hombre que asusta a los amigos de sus hijas.

Conocí al padre de Vera bebiendo ron, me habló de su trabajo, en esa temporada quería llevarse a sus hijas de la Ciudad de México a un lugar más tranquilo. Me explicó como funcionaba su negocio y por un buen rato se quejó de los empleados. No le pude seguir el ritmo y acabé encerrado en el baño para que nadie se diera cuenta de que apenas podía caminar. Cuando salí guardé silencio. Él me dio un golpe en la espalda y me preguntó si quería otra. Le dije que no y se rio, me dijo que era algo bueno que conociera mis límites. Creo que no se dio cuenta de que el límite lo había cruzado antes de la segunda botella. No me acordaba de haber conocido a su madre.

Cuando llegó la hora de irnos, Vera tenía los ojos de cansancio. En el elevador noté que era más alta que yo, me recargué en la pared de acero, el frío me golpeó el brazo, pero no me moví. Me di cuenta de que tal vez era mi postura lo que me hacía parecer más bajo que ella, siempre se paraba con muy buena postura. Imaginé que su madre le había enseñado, por las buenas o por las malas, a tener buena postura. Bajamos en el cuarto piso, recordé que cuando salimos bajamos por las escaleras, cuatro pisos que de bajada fueron rápidos, caminé detrás de ella hasta la puerta. Me ofreció café de nuevo. También tengo agua, dijo. Ella bebía de un termo enorme, yo de un vaso de vidrio. El agua me sabía mejor en vasos enormes con tapa.

Se cambió de ropa en espacio junto al baño donde nos separaba la pared de la sala. Salió con un pantalón deportivo y una camiseta de tirantes, la ropa doblada en las manos. Le pregunté si quería irse a dormir y me dijo que estaba bien.

A Van no le gustaban las caricaturas, me acordé de eso cuando me senté en la cama junto a ella mientras encendía el proyector y ponía una serie infantil. No pensé que querría que me quedara por más de una hora, no pensaba quedarme, pero Vera tenía razón. Me miró con los ojos de niña cansada y me dijo que no se quedaría dormida.

La hermana de Vera le cortó el cabello mientras dormía, el día que se inscribió a la universidad en otra ciudad. El cabello castaño le llegaba a la mitad de la espalda, fue su madre la que arregló los mechones dispares que apenas le rozaban los hombros. Tenías un cabello precioso, le decía mientras pretendía saber lo que hacía con las tijeras en la mano. No me atreví a acercarme a ella mientras dormía, quería quitarle el cabello de la cara, tenía que ser incómodo, pero no me atreví. Jamás había tocado el cabello de Van por la noche, dormía volteada hacia mí con el cabello trenzado.

Me desperté abrazando una cobija, por la cortina abierta se veían las luces de la calle y el cielo oscuro. Vera estaba junto a mí, quitó su mano de mi hombro cuando me vio abrir los ojos.

¿Me dormí?, pregunté.

Los dos nos dormimos, respondió. Encendió la luz y apagó el proyector, que seguía encendido con una pantalla azul. Me levanté de la cama y me puse los zapatos. Se despidió con un beso en la mejilla.

Nos vemos mañana, le dije. Ella sonrió. Supongo que regresó a la cama, a lo mejor abrió la ventana y dejó que su perro respirara el aire nocturno. Me pregunté si por la noche el cielo descansaba de las fábricas y la contaminación de los autos. 3:45 a.m. decía la pantalla del auto. Para cuando llegara a casa estaría amaneciendo, o no. Podría conducir más rápido de lo que estaba acostumbrado y llegar antes del amanecer, a la hora a la que uno ve en las paradas de autobús a las personas que, como yo, van al otro lado de la ciudad por razones distintas.

Vanessa se había burlado de mí por vivir tan lejos de la civilización, me dijo que valía la pena pagar el doble de renta, de gasolina y gastar el triple de tiempo en llegar al trabajo con tal de estar más cerca de todo. A lo mejor tenía razón y valdría la pena, y eso que sentía que tenía de

todo menos tiempo. Cuando llegué a la ciudad me gustaba que ella tuviera un buen lugar para quedarse, si hubiera seguido su consejo habría tenido que compartir un departamento mucho más pequeño, y si la hubiera convencido de quedarse conmigo en la ciudad no habría estado contenta, ni en una casa enorme lejos de todo, ni en un departamento pequeño cerca del centro.

Llegué a las cuatro y media y me quedé dormido sobre las cobijas. Cuando desperté tenía un mensaje de Marco para vernos a las nueve, podía dejar el auto en casa de Lucía y salir todos juntos. Me acordé de que me habían contado que Vera se había quedado sin dinero en Quito. Sabía que Marco tendía a exagerar. Me dijo que se había negado a contratar un viaje turístico porque quería conocer de todo, que la asaltaron en el centro y por no llamar a sus padres había sobrevivido dos semanas comiendo solamente el desayuno incluido del hotel. Marco no recordaba el nombre de la zona de la ciudad que había llegado a conocer casi por completo a pie, la zona de las embajadas y de los poetas y aristas que no pasan hambre, las cafeterías culturales y restaurantes finos. Edificios de ladrillo con detalles de concreto diseñados por arquitectos famosos. Creo que por el cuarto o quinto día se hizo amiga de alguien importante en uno de esos lugares, cuando finalmente decidió empezar a gastar el poco dinero que le quedaba. Había pensado en preguntarle sobre eso.

En el auto de camino al club sentí la vibración del teléfono en su bolso, cinco mensajes en vibraciones constantes. Noté su reacción, frunció las cejas por un segundo y llevó su mano a la abertura de la bolsa, luego se detuvo a sí misma y se acomodó el cabello. No dijo nada, me miró y se dio cuenta de que observaba sus movimientos. En la oscuridad del asiento trasero no vi brillo en sus ojos, sólo ojos de víbora, sería, a punto de escupir veneno.

No me dijo nada cuando bajamos, ni cuando entramos en fila al club. Primero ella y Lucía, luego nosotros. Marco fue el primero en recibir su vaso. Bien cargado, le dijo al mesero que me sirviera otro igual.

Cuando empecé a sentir entumecidas las puntas de los dedos me acerqué a preguntarle por lo de Quito. Me dijo que Marco era un exagerado.

A la que habían asaltado fue a su amiga y lo que pasó, fue que volvió antes a México porque no quería pedirle dinero a sus padres. Vera se quedó sola por una semana, la mejor semana de su vida.

Se alejó, la vi hablando con Marco, ambos reían. Lucía se acercó a mí, no alcancé a escuchar lo que me dijo, estaba por pedirle que lo repitiera cuando Vera se acercó a ella y la tomó del brazo. Cuando se fueron al baño, Marco se acercó a mí. Cuando tomaba se le iban los ojos y se despeinaba rápido, así me daba cuenta cuando estaba por empezar a ser un impertinente.

Güey, te gusta mi prima cabrón, me dijo gritándome al oído.

No, cabrón, le contesté.

No te hagas pendejo, está bien, güey. Se acabó el vaso de un trago. Te doy permiso.

¿Permiso de qué, güey?, le pregunté. Sirvió otro vaso y me lo dio.

Tómale, dijo. Le hice caso. Tenía un rato que no me sabía el tequila. Vi a Vera caminando hacia nosotros de nuevo con Lucía de la mano. Marco se acercó a Vera, le dijo algo al oído y ella rio. Marco me miró mientras ella se alejaba de él, bailaba con Lucía y bajo las luces parecía convertirse en otra cosa. Su piel roja, azul, anaranjada, el cabello más brillante y oscuro. Al inicio bailaba terrible, podía imaginar como poco a poco se alejaba más de su propio cuerpo. Yo sentía lo mismo, mis brazos que no hacían caso a mis movimientos, los pasos rotos e interrumpidos. Yo era un bailarín espantoso, aún más en lugares como ese. Tenía mucho tiempo sin ir, desde que llegue a la ciudad.

No me acerqué a ella, dejé que el tiempo pasara. Fue al baño dos veces, la primera caminaba con torpeza, la segunda había recuperado su postura, ambas veces volvió con los labios pintados y el cabello humedecido. No se parecía a las demás. Aunque se vistiera de la misma forma y se maquillara igual, no parecía pertenecer ahí. A lo mejor su lenguaje corporal lo demostraba también, pero no soy experto en esas cosas.

Te estás pasando, dijo Marco. No había notado su presencia junto a mí, quedaba poco de la botella.

¿Quieres otra, o qué?, le pregunté.

Ella sí quiere, ándale, dijo. Me reí. Marco volvió con ella, le dijo algo al oído y me miraron. No le pude leer los labios a ninguno de los dos, me imaginé que le había dicho alguna de sus tonterías. A lo mejor lo había inventado, era posible que me estuviera jugando una broma por la que se disculparía por la mañana. Ponerme en ridículo con ella, o incomodarla, un doble chiste. Vera se acercó a mí.

¿Cómo vas?, le pregunté. Se acercó a mi oído, su respiración húmeda me golpeó la oreja, aliento a tequila con refresco.

Ya me quiero ir, dijo. Hablaba normal, no gritaba, y aun así la escuche perfectamente.

Pues vámonos, respondí. Vera se rio, por un momento pensé que iba a tomar mi mano y guiarme a la salida, no sé qué habría hecho, volver para pagar mi parte, o transferirle a Marco en el camino a casa. Nada. En ese momento hubiera ido a donde ella quisiera sin preguntas.

Ya casi, dijo. ¿Todavía te gusta venir a los antros?, me preguntó.

Sólo con Marco, respondí. Ya estoy viejo para estas cosas.

No es cierto, dijo. He visto hombres mucho más grandes que tú venir a ligar con las niñas.

¿Crees que soy de esos?, le pregunté. Su sonrisa me hizo reír.

No sé, hoy te portaste bien, dijo.

Tú también, respondí.

Siempre me porto bien, dijo.

Cuando salimos la vi alejarse, mientras esperábamos el coche, sacó su teléfono y escribió. No tardó más de un minuto, lo guardó de nuevo en el bolso y volvió.

Tengo demasiado sueño, me dijo. Se llevó una mano a la cara.

¿Quieres dormir?, le pregunté. Ella asintió con la cabeza, creo que se quedó viendo las luces del edificio de en frente, mi vista era la de la entrada del club, la gente salía en mejores y peores condiciones que la mía, los que apenas podían

caminar colgados del cuello de sus amigos, pobres, pensé. Me acerqué a ella y puse mi mano detrás de su cabeza.

Duérmete, dije. Se recargó en mi hombro.

Eres muy incómodo, dijo. Perdón. Levantó la cabeza.

No debe de tardar, dije.

¿Estás muy estresado?, preguntó.

No creo, ¿por qué?

En serio, tienes los hombros como piedras, dijo. Puso sus manos en mis hombros.

Así han sido siempre, respondí.

Hay tratamientos para eso, dijo.

No me molesta, no te preocupes, respondí. No la volví a tocar hasta la despedida.

Le escribí dos veces y la vi tres más. En el centro histórico, en el parque y en un bar. ¿Quería que me acercara a ella?, me pregunté eso un par de veces por cada ocasión en que la vi. No pensaba en eso en el trabajo, o cuando salía con mis amigos, ni cuando respondía las llamadas de Van. Pensé en eso cuando la tenía en frente.

El último día me dio un abrazo largo, fuerte. Afuera del bar, mis brazos alrededor de su espalda, sosteniéndola. Como si fuera a convertirse en polvo y volar lejos si la soltaba. No sabía que lo haría, que se convertiría en una memoria vaga, cercana, que volaría lejos y que empezaría a pensar en acercarme a ella con cada respiración. Le puse la mano en la mejilla y la solté.

Vera volvió con el frío y un nuevo hábito de pintarse los ojos de un marrón claro y brillante. Por la mañana, cuando desperté, estaba en la mesa del comedor con mi guitarra en las piernas. Tarareaba una melodía que no conocía, no la había tocado la noche anterior. De espaldas me imaginé la concentración en su rostro. Las cejas fruncidas, los ojos cerrados. No me escuchó. Levantó la mirada hacia el balcón. Las montañas al amanecer eran lo que más me gustaba del departamento.

Me acerqué a la barra para encender la cafetera. Se dio cuenta de mi presencia. Se

levantó y dejó la guitarra sobre el sillón, caminó descalza hasta la barra.

Buenos días, le dije.

¿No que te despertabas muy temprano?, preguntó.

Es domingo, respondí. Y tú dijiste que te despertabas tarde.

Es domingo, dijo. Sonrió se acercó, me dio un beso en la mejilla. Yo la abracé.

¿Qué vas a hacer al rato?, pregunté.

Vamos a ir a comer a Santa Elena, acuérdate, estás invitado. Algo me decía que ella estaba consciente de que yo recordaba su invitación y sólo quería que confirmara si aún me quería ahí. No me veía sentado con sus amigos en un lugar tan lejano, con gente a la que no podría impresionar hablando de trabajo. Gente como Vera que me había impresionado sin siquiera intentarlo, me pregunté si sus amigos serían como ella, o si confirmaría que la realidad era que era única y que nadie me volvería a impresionar de la misma forma nunca, no estaba cómodo con ninguna de las dos opciones.

¿Tu novio no se enoja si me llevas?, pregunté. Vera rio, me besó y se alejó despacio, hasta el otro lado de la barra donde guardaba las tazas.

Tienes razón, se va a poner como loco.

¿Qué estabas cantando?, pregunté.

Nada, respondió. Volvió con dos tazas en la mano. Serví el café, no le ofrecí azúcar porque sabía que lo tomaba solo.

¿Qué me vas a traer de Austria?, preguntó.

¿Qué quieres?

Si te pido algo ya no cuenta, dijo. Tendría que traerle la ciudad entera para compensar las cosas que no le diría antes de irme.

Te voy a tener que sorprender, respondí.

Se metió a bañar en el cuarto de invitados. Se secó el cabello y salió con la camiseta que llevaba en la bolsa por si acaso, porque sabía que era posible que no volviera al hotel si yo me aparecía. Y eso que pensé en quedarme en casa. El cabello

le cubría la accidental marca roja en la clavícula. Sin el café brillante en los párpados se parecía a la que fue cuando la conocí. Con el cabello más largo que en la primavera y la cara limpia, cansada. Cuando estudiaba en una ciudad miniatura y le asustaba la incertidumbre. Creía saber por qué ya no le tenía miedo a la incertidumbre.

¿Podemos pasar al hotel para que me cambie?, preguntó.

Sí, ¿te vas a llevar tus cosas de una vez?

Si todavía no me voy, respondió. Tomó la bolsa.

¿No?, pregunté.

Me voy a quedar unos días más, me regreso con Lucía. Caminé hacia ella y me distrajo el sonido del teléfono.

No sabía que viene Lucía, dije. No revisé el teléfono, dejé que sonara en el bolsillo.

¿No vas a contestar?, preguntó. Negué con la cabeza y me acerqué lo suficiente como para que entendiera y pusiera sus manos en mi cuello. La bolsa resbaló por su hombro y la dejó caer al suelo, me besó la mejilla y la abracé con más fuerza, buscando sus labios.

¿No se va a enojar tu novia?, preguntó.

Yo no tengo novia, respondí.

En el elevador la vi sonreírle al bebé de la vecina. Su madre sonreía mientras ella hacía caras para hacerlo reír. Luego la vecina me miró a mí, con la mano en su cintura, pensando lo que mi madre me decía cada que la visitaba.

Mi padre jamás me molestaba con esas cosas. Lo veía tan poco que prefería aprovechar el tiempo de mejores formas. El eterno soltero que intentó asentarse en otro país con la mujer de sus sueños. No se dio cuenta de que los sueños cambian con el tiempo y que no hay mejor cosa que estar en casa, y de todas formas eso no era del todo verdad. Volvió a casa y nosotros a la nuestra, se acercaba la hora de que me pasara lo mismo.

La noche anterior Vera me había prometido acompañarme, no lo decía en serio. A lo mejor los sueños son diferentes que las fantasías, los sueños tardan más en cambiar, pero las fantasías

son más poderosas, algo así. En todo caso, ella no era la mujer de mis sueños, la de mis fantasías a lo mejor, pero de eso tampoco estaba seguro. De lo que estaba seguro era de que yo no era nada parecido para ella. Era el del momento, el de la ciudad, o el de un fragmento en el tiempo que recordaría cada que percibiera mi aroma en el cuello de alguien más.

Me recordaría en otros ojos verdes, cuando extrañara el calor de la ciudad y la incomodidad de la marca accidental en su clavícula. En el camino al hotel sonó el teléfono de nuevo. Vera no dijo nada, el silencio no se volvió incómodo.

Los demás ya van para allá, ¿les digo que vamos en camino o quieres pasar por algo de comer?, preguntó.

Da lo mismo, ¿tienes hambre?, le pregunté. No respondió, se mordió el labio.

No tengo hambre, pero si tú tienes podemos pasar por algo, respondió.

Mejor vamos directo, si no cuando lleguemos vamos a estar llenos.

No le molestó cambiarse frente a mí, se cambió la camiseta por una blusa con cuello de tortuga, jeans holgados y una chaqueta de piel café.

¿Con eso tienes para el frío?, le pregunté.

Acuérdate que aguanto más el frío que tú, dijo.

No creo, respondí. De todas formas pensaba darle mi chamarra si le daba frío. Pensaba dársela aunque no tuviera frío.

La carretera a Santa Elena era estrecha y estaba llena de baches. Vera se durmió, cuando la despertó un movimiento brusco para evitar un hoyo, me echó la culpa de su cansancio. Cuando llegamos sus amigos nos esperaban en una mesa del jardín. Caminamos por las jardineras de lavanda y se detuvo para decirme que me frotara las manos en las flores. Juntos inhalamos el aroma. Con las botas era más alta que yo.

Emilio era el que peor me caía de sus amigos, a los tres los había conocido la noche anterior. Estaba seguro de que mantenía con Emilio un vínculo de los que él mismo me había descrito cuando fumábamos afuera del bar. Me preguntó si pensaba que las relaciones tienen que ser

monógamas y apuntar al matrimonio. Yo tenía la idea de que sí. Él les llamaba vínculos, a las personas a quienes uno puede amar sin condiciones, a sus excusas para hacer lo que quisiera con quien quisiera. Me pregunté si ella sería lo suficientemente tonta como para caer en esa basura.

Tenía el cabello hasta el cuello y la camisa arrugada. La sonrisa que yo usaba a su edad para fingir un estado perpetuo de burla hacia todo lo que me rodeaba. Casi una década después aún no me quitaba ese mal hábito. Se quitó la chaqueta antes de sentarse, yo hice lo mismo. El sol reflejado en el suelo de adoquín rebajaba el frío del viento. Pidieron una copa del vino de la casa.

Tardaría en aprender a olvidarla diecinueve días y quinientas noches, o tal vez muchas menos noches. Eso se me ocurrió cuando tocaron una versión acústica de la canción en el jardín, ella tomaba mi mano debajo de la mesa y le preguntaba a Catalina algo sobre una de las canciones que habían escrito juntas. Me burlé de mí mismo por pensar de manera tan pesimista de una persona como Vera. Ya no tenía ojos de víbora, tenía ojos de gato y como gato se iría; desaparecería después de alimentarla y darle techo, y a lo mejor volvería semanas o meses después, si me iba bien.

¿Vas a vernos mañana?, me preguntó Catalina. Vera puso su mano en la mía de nuevo, la moví para entrelazar mis dedos con los suyos.

Mañana se va de viaje, respondió ella.

¿En serio?, qué triste, va a estar increíble. Catalina tenía una voz muy suave, como de niña. ¿A qué hora te vas?

A medianoche, respondí. Emilio miró a Vera, luego a Catalina y después fijó la mirada en el suelo.

Nosotros terminamos a las nueve, ven. Dijo ella, miré a Vera, sabiendo que si no me había invitado tenía que haber una razón. ¿Quería estar conmigo por menos de tres días? No creía que después de cierta cantidad de tiempo juntos sería más difícil decir adiós. La última vez nuestros encuentros habían durado semanas y nos fuimos como si fuéramos a separarnos por menos de una noche.

¿Quieres venir?, preguntó ella.

¿Me estás invitando?, pregunté. Soltó mi mano. Me miró a los ojos, a lo mejor, esperando a que dijera algo más. El viento le golpeó la cara y le movió el cabello, se lo acomodé detrás de la oreja.

Sí, si te da tiempo. Dijo ella, fui yo quien tomó su mano de nuevo, sin dejar de verla a los ojos.

¿Quieres que vaya?, pregunté, sonriéndole para que comprendiera que estaba jugando con ella.

No seas pesado, dijo. Me reí, ella sonrió.

Cuando terminamos, Emilio y Liza acompañaron a Catalina al auto por su chamarra. Yo esperé con Vera a que se terminara la limonada.

¿Me vas a llamar cuando me vaya?, dejó el vaso vacío en la mesa y me miró.

¿Quieres que te llame?, preguntó.

No quiero arrepentirme de nada, dije.

¿Eso qué tiene que ver con que te llame?, preguntó. No hace ninguna diferencia.

Se levantó y la seguí hasta la entrada de la finca, había otro restaurante, las mesas iluminadas por velas y candelabros muy tenues. La música de fondo quieta, lenta, un piano y nada más. Vera se recargó en una columna de piedra.

Quiero seguir hablando contigo. Pero ella tenía razón. Podía llamarla todos los días por todos los años que quedaran. Si la hubiera llamado todos los días por los meses sin vernos, nada habría sucedido como sucedió. Se habría cansado de mí, y yo de ella. Y no estaría ahí parado buscando su mano o su cintura. No respondí.

Tienes ojos como de búho, dijo. Me reí. Me soltó para ponerse la chaqueta.

¿Me vas a extrañar?, preguntó. Se burlaba de mí, y aun así asentí con la cabeza, vigilando los músculos de mi cara para que no me delataran.

Claro que sí, respondí. Vente conmigo.

Estás loco, dijo. Pensé que por lo menos le causaría gracia, pero no fue así. Ya no alcanzaba a ver las abejas, solo la lavanda que se opacaba con la sombra del frío. Tenía tiempo sin ver cómo

el cielo oscurece más temprano en el invierno.

En serio, le dije.

Te voy a preguntar una cosa, dijo. Quiero que me digas la verdad y que no te lo tomes mal.

¿Qué cosa?, pregunté. Preocupado por que dijera que no quería volver a verme nunca más, o que no quería estar conmigo por más de un par de días, como si fuera lo peor que podría suceder en el mundo.

Imagínate que te digo que sí, que nos vamos a Viena. ¿Qué harías si un día aparece Vanessa y te dice que terminó con su prometido, que quiere estar contigo?

¿A qué viene eso?, pregunté. No comprendía qué tenía que ver Van con todo lo demás, me pregunté si Marco le había dicho algo, o si hacía como que ignoraba los mensajes en mi pantalla y las llamadas perdidas.

Es en serio, dijo. Dio un paso atrás y me vio a los ojos, a la altura de los míos. Yo no te dejaría por alguien más, nunca.

¿Entonces me vas a decir que soy el único?, pregunté. Por favor, Vera.

Tú y yo no somos nada. Recuperó los ojos de vibora por un segundo. Había sido mi culpa.

¿Entonces a qué viene todo esto?

No te hagas, respondió. Si fuéramos algo, ¿me dejarías si ella regresara?

Claro que no, dije. Ni Vanessa ni nadie.

De todas formas no puedo ir, dijo.

¿Qué te pasa?, le pregunté.

¿Qué te pasa?, me imitó.

¿Tú dejarías a los otros?

¿Cuáles otros?, ¿quién crees que soy?, preguntó. Volteó hacia el interior del restaurante, cruzó los brazos.

Me acabas de decir que hay otros, dije. Me di cuenta de que en realidad no había dicho eso, eso lo había inventado cuando Emilio me dijo que salía con muchas personas. Lo inventé cuando temí que Vera fuera una de ellas. Negó con la

cabeza de nuevo.

Si los hubiera, ¿a ti qué?, preguntó.

Pues yo soy el que te está pidiendo que vengas conmigo al otro lado del mundo, dije.

No quieres que vaya contigo, dijo.

No respondí. Nos quedamos en silencio, intenté seguirle la mirada para encontrar ese punto en el espacio que veía en lugar de verme a los ojos.

¿Por qué crees eso?, le pregunté.

No sé, es la verdad.

Yo no te mentaría, le dije. Caí en cuenta de lo estúpido que era el comentario. Ella se rio, no sabía si se burlaba o si era su forma sarcástica de decirme que eso me lo creía aún menos que todas las otras cosas que le había dicho. Vi que los demás estaban de regreso en la mesa, sentados observando, ella aún no se daba cuenta. ¿Qué tengo que hacer para que me creas?

No es tu culpa, perdóname. Di un paso hacia ella, busqué su mano. Perdón.

Sí quiero que vengas conmigo a Austria, le dije.

No sé por qué no te creo, respondió. Estoy intentando hacerlo y no puedo.

No me creas, sólo ven conmigo.

Ya volvieron los demás, dijo. Volteé hacia la mesa, los tres nos miraban y hablaban entre ellos. Vera se llevó una mano a la barbilla. Vamos. Me tomó la mano y caminó de regreso. Ellos se levantaron y en silencio, caminamos al estacionamiento.

¿Nos vemos allá?, preguntó Emilio.

Los seguimos, respondió Vera. Le abrí la puerta del copiloto y me pregunté si lo peor había pasado, si las peleas eran comunes en relaciones como la nuestra. En mi experiencia no lo son. Entonces sonreí al pensar que si estábamos discutiendo significaba algo, que le importaba; aunque no se diera cuenta de que lo hacía. Se quitó la chaqueta antes de subir al auto.

Conduje en silencio.

¿Me perdonas?, preguntó luego de un rato de

recargar la cabeza en la ventana. Con cada bache se daba un golpe en la cabeza, quería reírme de ella, pero temí que fuera a molestarse más.

Ya me dijiste, hace rato. Respondí.

Sí, pero no me contestaste, dijo. Levantó la cabeza de la ventana y reclinó el asiento.

Está bien, te perdono. Subió el volumen de la música, tomó mi teléfono y cambió las canciones hasta encontrar una que conociera. Busqué su mano, helada, de metal en invierno del norte.

¿Hace cuanto no hablas con ella?, preguntó.

¿Con quién?, respondí. Vera me soltó la mano.

Con Vanessa. En los achaques que le daban por darme la espalda y soltarme la mano, pensé en la promesa de las caricias que faltaban. Me pregunté dónde dormiríamos esa noche, si es que ella pensaba tener piedad y no enviarme a casa.

No era su problema, la culpa que yo sentía por no ser distinto, la vergüenza de haber tomado tantas decisiones pensando en Van. De no poder decirle que tenía meses sin saber de ella, que no contestaba sus llamadas y le decía que no fuera tonta. Que no me importaba después de tanto tiempo. A ella no le convenía que nadie se enterara, si le mentía a Vera jamás se enteraría.

Todavía hablamos, le dije. Se empezaban a ver las luces de la ciudad a lo lejos.

Estoy pensando, dijo. Estiró los brazos.

¿En qué piensas?, le pregunté.

Si me conviene ir contigo.

¿Si te convengo?, pregunté. Ella sonrió, se acomodó en el asiento.

Es que cada que mencionan tu nombre, Marco dice que todavía la quieres.

A Marco no lo veo hace meses, lo dice de chiste.

En la mañana te habló.

¿Marco?, pregunté, sabiendo lo que seguía.

No te hagas, dijo ella. No de forma burlona, lo decía calmada, como si en serio quisiera saber.



En serio no sé, no contesté. Respondí.

Porque sabías que era ella.

No contesté porque estaba contigo, dije. No quería contestar.

¿Qué tal que era tu jefe?, preguntó.

No tengo por qué contestarle en domingo. Bajó la ventana y sacó la mano, espero unos segundos y la cerró de nuevo. La brisa helada me golpeó el brazo derecho.

¿Sabes qué me pasa?, preguntó. Que prefiero que estas cosas pasen en mi mente, cuando pasan de verdad no termina bien.

En mi experiencia, es mejor no quedarse con la duda.

No sé, dijo. En este momento no quiero sufrir.

No vas a sufrir, dije.

En el bar no se sentía el frío de la calle. Vera

remedió la tensión recargándose en la puerta del auto para besarme, hasta que Liza salió por nosotros y nos llevó por el pasillo hasta las escaleras y luego hasta nuestra mesa. Fue ella quien puso su mano en mi pierna cuando se inclinaba hacia adelante para reírse. La veía mirar a sus amigas y sonreír en mi dirección a media conversación. No creo que le haya quitado los ojos de encima en toda la noche.

Me vi tomando su mano en Viena, en la calle de noche, la tomo del brazo para no resbalar con el piso húmedo por la nieve. Llegamos a una habitación con chimenea todas las noches y dormimos abrazados, a ella le da frío más rápido, pero lo soporta mejor que yo. La dejo dormir sobre mí en el tren cuando es hora de irnos. Los dos dejamos de vivir sin aliento cada que llevo mi mano a su mejilla, y bajo su gorro de invierno le quito el cabello de la frente. Sus ojos de víbora se ven hermosos bajo las luces de Navidad.

Vámonos, susurró en mi oído.

Recuerdos de la sangre

de Naomi Nagamatsu Mandujano

1er Lugar

Poesía

Categoría Preparatoria

Prepa Tec Edo de México

Toda vida comienza con un deseo, una luz brillante que resplandece en la oscuridad del nacimiento. La luz lo consume todo, como si fuera una estrella nova. Lentamente regresa a su forma, iluminador pequeño destello. En el camino, otras pizcas de arena se le unen, cada una de un color distinto. Crecen y desaparecen como si fluyeran con las olas del mar. A veces el agua las ahoga con furia, otras con un arrullo y un suspiro. ¿Será real que desaparecen?, ¿que no queda ningún vestigio de su existencia? ¿O solo se teñirán de negro, un gris tan oscuro que se le parece? El plano de aquellas pequeñas luces, tan diminutas que son insignificantes para el ojo externo, totalmente faltas de importancia.

Que no sean visibles, ¿las hace menos reales? ¿Es acaso lo correcto dejarlas olvidadas en el mar, esperar a que se hundan los gritos ahogados y pequeños cilindros de dolor con ellas? Si se expande el horizonte, y las estrellas se vuelven tan lejanas que dejes de poder discernir entre ellas, ¿se debería de volver al inicio?, ¿regresar a ese momento nova de muerte y vida?

Desesperante hilo que jalas de la carreta, no entiendo como no te has roto aún. Me obligas a caminar entre el frío y la calma del desierto para tener que volver a ver al cielo, a las estrellas, al dolor. En él, se crean constelaciones, unas tan aborrecedoras que me oculto bajo tierra en noches despejadas. A veces tan hermosamente imperfectas que el pasto, humedecido por el sereno, quema de forma agradable. A veces, el reflejo del agua del enorme lago salado frente a mí me deja verlas, a las estrellas, en grupo e individuales. Hay noches en las que el lago se tiñe de rojo, tiembla y salpica, se desborda, alzando una fina línea de agua hacia el cielo, intentando tocar a los cuerpos celestes, solo para dejar ir y regresar al suelo. Aun así, se mantiene frío.

Una cuerda floja se extiende entre las nubes, ojos vendados, manos atadas. Solo los hilos de la áspera cuerda, que raspan la piel, guían el camino. Corrientes de aire que intentan que pierda el equilibrio. Nada lo detiene, solo puedo seguir caminando. Una gota de agua cae sobre la venda, se adhiere a mis ojos. Baja por el cuello mientras corta la respiración. Se enreda en mi pierna izquierda como víbora en acecho. Se desliza por la herida en la planta del pie. El rastro de sangre manchando la cuerda se expande, la cubre completa. La cuerda finalmente explota, nada más que las, ahora, caricias del aire corren por los brazos. La sangre se mantiene estática en donde antes se encontraba la cuerda. Mientras más caigo, mientras más me alejo, puedo ver como la sangre se convierte en las nuevas estrellas.

Cuando nada ves, nada temes,
nada oyes, nada sientes,
nada llora, nada ríe,
nada muere, nada vive.

Nada en la nada,
vida sin alma,
alma sin luz,
distorsionado son.

Fluye corazón
líquido en agua,
rojo el mar
tiñe el dolor.

Llega a tierra mi navío,
ciega vela en el mar,
rocosa playa amor mío,
abre los ojos y verás.



Calma, de paz o calamidad.
Vida, dadora de luz, exhaustiva.
Amor, rosas con espinas.
Terror, vida, adrenalina.

Reino *animalia*, faringes que rugen.
Humanidad, ojos que sufren.
Ambos frente a frente,
admiración, envidia, mente,
¿qué los hace diferentes?

Dedos, orejas, dientes,
cerebro, corazón ardiente,
lágrimas de pérdida,
venganza de llaga dada.

Animales nos llamamos,
pero dime tú cuándo,
de fiera a fiera hay trato,
sin remordimiento,
emociones o tacto,
que deje pasar a la muerte
a la casa de un hermano.

En la ciencia existe teoría, existe práctica y existe descubrimiento. Oppenheimer, dices: “Me he convertido en la muerte, el destructor de mundos”¹; sin embargo, creas una nueva fuerza, que existe para producir muerte. También das vida.

Orgullosa como un padre, atormentada por la parca a la que diste a luz. Escuchas los gritos de 210 mil voces. Sus cenizas recorren tu rostro al combinarse con la lluvia, que hala la sangre sobre tus manos. Aunque golpee el piso, nunca se limpia.

Es casi tan real como el veneno. La primera vez que te llamó la muerte. ¿Qué tan diferente fue? Detuviste a tu profesor de ingerir la manzana, pero dejaste desintegrar la piel del sol naciente. Total éxtasis, nula libertad. A la ciencia, un poema. ¿A la vida? Un terror.

Te diste cuenta, pero lo harías otra vez. Como tus recuerdos de 1936. Jean recorre tu mente, su respiración cesa constantemente en tu oído. Un sonido tan vacío como el de tu hija, la bomba. Tan vivo como el dolor, la luz. *Trinity*.

Me pregunto si alguna vez acabó tu confusión, si realmente desplazó al orgullo. Fuiste portavoz de paz después de atraer a los tiburones. Terminaron por devorarte en 1954. Al pasar de teoría a práctica lo descubriste: La vida dentro de la muerte. Inmortal y destructora, pero hermosamente brillante.

La energía nuclear, hermana pacífica de la bomba, nos brinda electricidad. Convive con el mundo sin dejar las marcas negras con las que hemos manchado al verde resplandeciente de la naturaleza. La radiación, causante de cenizas hace mucho, es un auxiliar esencial en la medicina. La propia materia de la que el ser humano está compuesto, los átomos, nos mostró más de sus secretos a través de tu teoría.

Trajiste muerte y destrucción, sí, pero ¿realmente fuiste tú? La orden provino de los labios rotos del país de la libertad y la democracia. Harry Truman llevó de la mano a tu hija, la sentó en la mesa recubierta de manteles blancos, y la invitó a devorar el banquete de vidas. Como padre y científico, no mucho podías hacer. Aun así, la culpa te carcome.

Sin embargo, tu amor por la ciencia nunca cesó,
aquella vívida pasión, dejada por escrito.

¹ Temperton, J., & Godoy, M. S. (2023, 20 julio). «Me he convertido en la muerte, el destructor de mundos», historia de la infame cita de Oppenheimer. WIRED. <https://es.wired.com/articulos/me-he-convertido-en-la-muerte-el-destructor-de-mundos-historia-de-la-infame-cita-de-oppenheimer>.

La naturaleza del universo, su poder.
Tu orgullo. Tu tormento.

Un premio tan vacío como las sombras de Hiroshima y Nagasaki,
“por contribuciones a la física teórica
como profesor y originador de ideas,
y por el liderazgo del laboratorio de Los Álamos
y del programa de energía atómica durante años críticos”².

El mundo nunca te olvida.
Tu voz resuena con cada fórmula,
regresa a gritar con la lengua escaldada,
a decir: Soy padre, y a la muerte he dado vida.

² Fronterasctr. (2023, 23 enero). El físico Robert Oppenheimer, más allá de la bomba atómica (II). <https://blogs.comillas.edu/FronterasCTR/?p=7332#:~:text=Poco%20m%C3%A1s%20de%20una%20semana,energ%C3%ADa%20at%C3%B3mica%20durante%20a%C3%B1os%20cr%C3%ADticos%E2%80%9D>.

Madre, querida,
dadora de luz y vida,
guíame entre las sombras
que me atormentan noche y día.

Padre, soldado veterano,
inmovible escudo humano,
protégeme de los monstruos
que ciegan a mi corazón.

Hija, de sensible corazón,
esperanza de mi vida,
dame razón irracional
para pasar entre las espinas.

Amor, lanza, espada y bestia,
escudo, manta y guía,
enséñame a apreciar la vida
en el dolor de la familia,
en los hilos de los lazos,
en el rojo de la sangre,
en el corazón.



Deconstrúyeme

de Paola Becerril Castillo

2do Lugar

Poesía

Categoría Preparatoria

Prepa Tec Metepec

CABEZA

Crónicas de Dios

¿Soy costillas de caníbal
sentimientos pútridos y perenes
o manos sucedidas de ansiedad?

Dios dime que soy.

*¿O he de comerme mis
intestinos?*

No sé cómo verte
No sé cómo adorarte
Dame paz en tu residuo
Dios dime que soy.

*¿O he de sacarme
mi estómago?*

A m a r t e de apoco
sin perder rumbo en mi crónica
vértigo de bronca animal
Dios dime que soy.

Pilares de creación

Era delirio frágil del vivo

Humano inútil, aséptico

Construido por un escudo

Orgullo manso del amanecer.

Atavío humano.

Era vanidad que sobrevivía

Amparo en mi descuido

De las mordidas que el perro ha soltado

De una incuria auto impuesta.

Desnudo de espalda.

Era alifafe de mi gente

Buscando maneras de extinguirse

Especie creada artificialmente

Que busca sus antecedentes.

Títulos humanos

Seré corrientes de existencias emancipadas

Puño rojo de quimeras enclaustradas

Ceguera de miles de almas bravas

Hueso roído de tanta encolerizada.

Seré víctima de mis penas

Amante viva del consistente naufragio

Sueño zarco de tus manos en olvido

Vena pulsante que vibra en mi oído.

Seré uña grana en mi piel que zarpe

Olvido mío de tanto escaparate

Pulso inquebrantable de los altos andes

Viva estatua de aquellos magnates.

TRONCO

Formas amorfas de devoción

Noche aciaga que embraza mi sentir
No logro mostrarte un alma en la cual vivir
Porque es tanto el negro que ilumina
Y poca cordura la que en mi mente habita.
No hay albor que nos rodeé
Ni cuerpos humanos presentes
Puros cadáveres irreverentes
Con las escarlatas de flor latentes.
Ya no busco sol, solo el sentido de tu piel
Aquellos círculos pulsantes nacarados
Son mi pura condescendencia fiel
De seres inquebrantables que logramos ser.



Turbación del negro

Divídanme el cielo en cuadros
De norte a sur y del extremo a mi interno
Muéstrenme donde están Pólux y Cástor
Y Venus dejará de encasillarse conmigo tanto.

Veo largas cadenas en mis brazos
Quemaduras de mis pecados embargados
Así que divídanme el cielo en cuadros
Que el metal añil de mis músculos no aguantará tanto.

No sé dónde ha quedado el marrón de sus ojos
Tal vez guardados en el baúl de mi infancia
Tengo el corazón a miles de yardas de que explote
Latidos vivos caídos que no me mencionen.

Así que divídanme el cielo en cuadros
Que estoy cansada de contar penas
Largas y duras noches en vela
Mi cielo dividido en miles de luciérnagas.

Querido tragadero

Te escribo a ti desde mi piso blanco
Cansada de las arcadas de tu compasión
Limpiar de a diario tus pasiones
Que no quiero seguir viendo con visiones.
Soy luna quebrada a martillazos
Esperanza que no encuentra salida
Y tú crees divertido el sentir tanto
Que ahora me ahogo con mi propia saliva.
Te escribo a ti con el puño bien clavado
En ese surco que siente y nos miente
Con cada recuerdo del cajón en mano
Seguiré tragando por tu desamparo.
Cada sabor que regresa a mí es exceso
El sabor de la colilla rota de antaño
Los de el pan duro de traspaso
Tanto tiempo que en segundos es fracaso.
Querido tragadero aquí mi única advertencia
La de mis uñas que te conocen tanto
La de mi boca que traga puro pasto
Que mi sentido de justicia te haga temblar un rato.

Extremidades

Peltre verde

No soy quien sin tu guía
Sin mi necesidad de tu afecto
Pero soy alguien en tu jerarquía
Que vive en tu trayecto.

Y que hoy quede claro
Que el negro teñido de aprensiones
No es una niña de frío invierno
Es un cuerpo lleno de decisiones.

Travesías venideras incorrectas
Pero no por eso predilectas
Otras tantas revocadas
Con ideas vueltas en reencontradas.

Y que hoy quede claro
que la calma es un abrazo con alma
es un vaso de peltre verde
de manos arrugadas por la palma.

Ojos almendra

Mi sudadera negra te guarda
Mi corazón ha esperado por ti
Ahora que corres y te alejas
Espero seguir estando ahí.

Tu madre confía en nosotras
El reflejo te llama curiosa
Seremos tú y yo por siempre
Aunque te regañen por morder muebles.

Te he necesitado tanto
Noches y días en que me has escuchado
Si hablaras sería extraordinario
Pero con tus ojos llenas de encanto.

Mi sudadera negra que te guardó
Ahora es una capa de años
Una década de amor después
Somos tu y yo en el reflejo del baño.

Casa amarilla

Siento que se me escapan las lágrimas
Las palabras se quedan atoradas
Papeles y firmas formales
Ahora ya no tengo lugar para andes.
Quiero volver ahí
Al lugar que me acogió
Y al hablar con todos ellos me dicen
“Pero ahí ya vive otra historia corazón”
No me interesa, poco me importa
Nadie ama esa casa como yo
Así que si algún día se cansa
“¿Me puede devolver mi hogar por favor?”



Redención

de Dorotea Arreguin Feregrino

3 er Lugar

Poesía

Categoría Preparatoria

Prepa Tec Querétaro

1.

En el aire aún
se mira la brisa blanca,
el velo que se alza
y hace suba mi mirada.

Miro al cielo
y bajo la vista de nuevo;

hay una plegaria que se
ahoga en mis
labios,

un silencio suave
que
engulle la carne,
ojos que
detrás de mí se postran descalzos:
cómo algo esperando.

Pero yo me hincó y regreso al rezo.

2.

Las sirenas deambulan
por el corredor del
hospital.

Postrado en la
camilla,
con los ojos bien
abiertos

y mis tobillos descubiertos,
escucho bien
los alaridos inquietos

que se filtran
por
las pobre varillas de
metal.

Sus gritos que
ensordecen,
y esos ojos que
padecen de mí.

3.

La noche es aún
joven y detrás de las cortinas
no llega la luz
de dentro.

La imagen se refleja
(no en el espejo),
y llena de despecho
exhalo tu cuerpo ajeno.

El resoplo exagerado,
los párpados cansados,
mis pies siguen andando

y no puedo
conciliar
el sueño.

No sé cómo pronunciar
tu nombre,
pero aún te rezo.



4.

todos lo conocen menos yo.

podría (un día) invitarlo a quedarse

pero sé

que la muerte llegaría

antes

de que Él despertara a mi lado.

paso las noches en vela y

le cedo mi casa: abierta,

pero

Él nunca llega.

lo espero para almorzar

y (aunque sé que no vendrá)

dejo la mesa puesta

por si quiere pasar a comer

o a una copa de vino beber,

pero nunca viene.

no me habla.

no lo veo.

no me mira.

no lo siento.

Sí,

Dios está en la esquina,

pero

no toca

mi puerta.

5.

Un día despertarás y,
después de una larga
espera,
te descubrirás
sola.

No entenderás qué
pasó, por
qué o
cómo lo hizo.

Estarás asustada,
asustadísima;
le tendrás miedo a
la oscuridad, y

al caer la noche
caerás en cuenta que
no has vivido.

6.

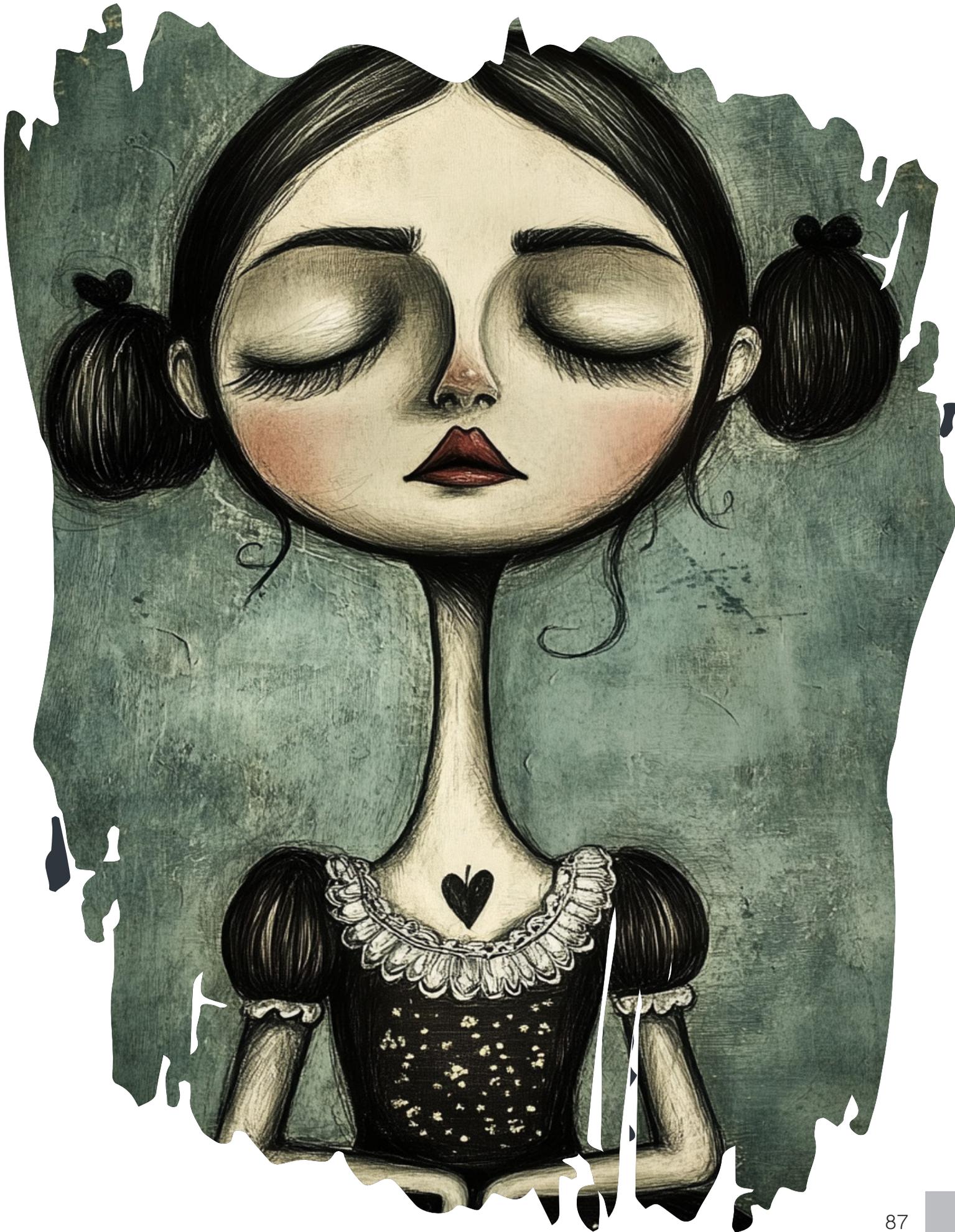
La cabeza de la serpiente
acecha.

Entre los pastizales,
entre la mala hiedra se
observa.

Espera el momento,
lo ansía con
desespero,
saborea el futuro intento.

Con cuidado anda
por la tierra:
enmascarada
con inusual cautela.

Y me clavo los
colmillos.



yo, persona de aquí (esto que pasa)

de César Santiago Gutiérrez Espinosa

1er Lugar

Poesía

Categoría Profesional y Posgrado

Campus Ciudad de México

Cuando veo a través del vaso,

veo a través del tiempo.

– Caifanes

Nací en un lugar que no conozco.

– Blue Demon

¿Se puede contar esta historia desde una ciudad, como se cuenta un cuento? No estoy del todo seguro, en especial si es una ciudad desarticulada y sin mapa [...]. Pensar en Tenochtitlan (a.k.a.) México D.F. (a.k.a.) Ciudad de México (a.k.a.) Distrito Federal (a.k.a.) D.F. como partículas en suspensión irrespirables, como metralla flotando en el aire que se desprende desde el centro de un estallido volcánico. Imposible saber dónde van a caer, en quién van a impactar. Tal vez, porque no se sabe cómo va a terminar esta novela y esta ciudad.

– Rodrigo Fresán

I began to see things:

coffee cups lined up behind a counter in a café,

or a dog walking along a sidewalk.

Or the way the mouse on my dresser top stopped there

with its body, its ears, its nose, it was fixed,

a bit of life caught within itself.

And its eyes looked at me and they were beautiful.

Then it was gone.

– Charles Bukowski

i - periférico (lo que rodea esto)

las luces del segundo piso hablan entre ellas. una tras otra. algo chismean.

este se va a matar.

el coche perfora los reflejos en los edificios.

de noche todo es luz, fantasma o rincón. introducción onírica a la ciudad.

dejé a alguien en su casa,

o voy por algo que olvidé,

o pretendo manejar a un lugar que conozco,

profundamente escondido en el siguiente día.

desde el fondo de la espalda de la ciudad

se comienza a perder el cielo.

poco a poco, el mundo queda apagado, ensordece,

y los edificios se camuflan con la muerte,

y el periférico deja de estar bajo mis llantas. telón y oscuro.

ahora conduzco un volante que no tiene rumbo

en una ciudad que desapareció hace algunos segundos.

no sé si el resto de las cosas sigan aquí,

si todos somos huérfanos del día,

si todo murió ahogado de ceguera.

y yo soy polilla sin luces,

buscando el hambre

de la quimera negra

que se comió al planeta.

dios conecta el enchufe. se hizo la luz. ciudad desfibrilada.

el mundo vuelve y las calles iluminan.

todo siempre estuvo ahí, latente.

nada cambió. nada nunca estuvo muerto. sigo sin respirar dentro del carro.

creo que nunca lo volveré a hacer.

todo está fuera de esto. alrededor. en la periferia.

regreso a casa.

ii - hormigas (lo que está debajo de esto)

mi mamá mira sus rodillas como contando hormigas.
mi hermano le dice que parece niña.
yo pienso si las rodillas le durarán para caminar después.

acaso naciendo un poco antes, un tanto antes,
se hubiera salvado
de vivir atada al mundo.

este es el credo:
le pertenezco
de la muerte a la muerte.

ella no niega nada, no mira a mi hermano.
sigue mirando hacia abajo, muy abajo, a través de las hormigas,
escudriña el colchón
por si alcanza a ver al monstruo debajo de la cama.

iii - sueño que se quema (lo que sueña con esto)

¿Me dejarás dormir al amanecer entre tus piernas? [...]

Un hombre alado extraña la tierra.

— Soda Stereo

huele a quemado. alguien, algo, todo se quema. no despierto.

me levanto del sillón y dejo al gato a un lado. está dormido.

no le importa. ¿qué le importa? nada importa.

me acerco a la ventana.

cuatro pasos. departamento pequeño. rentado. viejo.

breve en sus paredes. sobrio. mío. casi.

refugio.

afuera hay luces. las mismas, otras vidas.

no son mías, ninguna es mía. nada es mío.

todas me ven.

a todas las veo.

edificios, eternamente ahí.

no hay cielo sino hasta arriba. negro, también. no hay estrellas. no hay lunas.

en estas hojas no existen.

lo que existe es el humo.

escala con manos borrosas.

ruge desde el centro.

poco a poco, entra en el departamento. cierro la ventana. mutis a la urbe.

enciendo la tele. la estática lo inunda todo. el gato no despierta. rumia el refri. sintoniza.

primera plana. reportaje estelar:

humo. constante. en todos lados. en toda la ciudad.

es nacional. en todas las ciudades. es mundial.

aquí. allá. algo. alguien.

un algo o un alguien se está quemando. nadie sabe qué, pero se quema. alto a la trama.

las casas están bien. los edificios están bien. las iglesias. comercios. plazas. restaurantes.
hospitales. árboles. repisas. libros. sudaderas. plumas. celulares. condones. lámparas. cubiertos.
sombreros. sombras. sobran. sombras que sobran.

todo está ahí. todo está bien.

no lo creo

pero parece que sí.

todo está bien excepto aquél.

objeto. dios. basurero. colonia. rima. perro. cadáver. auto. sueño. deseo. tristeza.

ese que se quema. ese que se acaba.

llego a la azotea. el mundo es ceniza, y yo estoy hecho de todo lo inflamable.

miro la pólvora y a mi alma de cañón.

onomatopeya.

vuelo. brevemente. y la ciudad me abraza. y los edificios me dejan. y perforo el humo.

las alas se queman. no importa. ¿qué importa?

soy ícaro.

ícaro muere al final.

soy ícaro

y fugazmente,

la ciudad no muere

y la muerte no vuela.

atterizo a la orilla del poema. olor a fuego.

no me quemo, no es tu culpa. es culpa de prometeo. de todos. es mi culpa.

escribí muy rápido. muy rápido y sin final.

muy rápido, sin final y en el incendio.

muy rápido, sin final, en el incendio y sin querer escribir nada.

últimas palabras.

¿cuánto mundo queda para volar brevemente? ¿cuánto se perdió?

no lo sabré. se pierde el final. mi final. no hay final.

me quemé.

despierta el gato.

y el gato me despierta a mí.



iv - la panza del animal (lo que atraviesa esto)

el vagón se agarra de los durmientes con cuatro patas de metal.

entro a las vísceras vivas, respirantes. bestiales.

el organismo vivo me vende de todo:

música y comida,

sudor y sangre,

la última belleza y todas las promesas que se han hecho;

miradas incómodas,

morirme de una muerte diferente. todo.

no compro nada.

los durmientes me sostienen.

nos sostienen atravesando la noche eterna de la tripa enorme.

animal dormido, lumínico.

alzo la mano y toco el techo del vagón.

le rasco la panza a la ciudad.

abre los ojos, somnolienta, y se cimbra la vida.

las vísceras se abrazan unas a otras, gritan desconsoladas.

rugidos en piedra rompen el centro del mundo.

es imposible caernos: ya estamos tan abajo como se puede. abajo.

pero todo lo demás en el mundo, todo queda arriba. todo lo demás caerá.

yo miro las ventanas: fotogramas en negro, temblorosos.

una luz al final del camino.

se enciende el mundo con un sol artificial, nuclear. se abren las fauces en horizontal.

se eviscera la bestia y todos corren buscando escaleras, un pasaje secreto,

promesa de vuelo, luz verdadera.

todos corren pensando lo mismo,

el animal despertó ya no hay nada arriba sino una madriguera vacía.

todos corren esperando la ausencia de todo lo que queda.

v - el pájaro del hambre (lo que mata esto)

un pájaro me pica las costillas.

toca la puerta

y pregunta si me comí a los otros pájaros.

si los anido dentro de mí. dentro de esta ciudad.

si la ciudad es nido

o si solo se atraviesa en el camino.

lo miro sin moverme y el sol se enferma. se acuesta. se pone.

mañana leerán su obituario y el mío:

en otro campo de oros, en otra calle de otra ciudad, entre el zócalo y bellas artes,

donde en las escaleras de otra iglesia, muera otro vendedor de dulce y de tiempo.

donde dos cadáveres

se miren morir

uno frente al otro.

dos cadáveres que anidan lo imposible. otro amanecer.

y la gente seguirá pasando

en traje y corbata

buscando el cielo en el tráfico.

me pica las costillas el pájaro del hambre.

qué abandono

estar hecho

de todo lo incomible.

vi - cartago, la mar y la cocina (lo que esconde esto)

en el comedor destruyen cartago.

yo lavo platos: jabón, espuma, enjuague y frío.

jabón, espuma, enjuague y frío.

salgo de la cocina un momento y entro a las ruinas.

risas ebrias y amenazas de partida.

maletas sin hacer. burocracia familiar.

nadie quiere vivir en el pueblo que ya no existe.

cartago no muere hasta que le quiten la mar. yo jamás la he visto,

pero sé que la vida viene de ahí.

mi padre me heredó la tristeza.

y a mi madre le robé un par de ojos ciegos. un par de ojos y la ira.

jamás he visto la mar,

pero lloré con la ida y vuelta

y sentí sus manos y su muerte.

la mar no muere. muere cartago con la promesa de la mar.

huyo de las ruinas, sordo de guerra.

nadie vive en esta casa.

solo queda cartago

y el ahogado en la mar que lleva dentro.

recojo los platos que faltaban.

regreso a la cocina.

jabón,

espuma,

enjuague

y frío.

y cartago. sin descendencia

sepultada en sal.

vii - la ciudad y sus reptiles (lo que finge ser esto)

encuentro la tregua al ruido de fondo: luces convulsas, hielos, pestañas,

¿tuyas? ¿mías?

eso y una lengua en mi boca,

lengua que es la misma para todos.

la fiesta golpea el tambor de la noche con luces e infierno.

golpea el tambor de mi cabeza, sin piedad. el antro se pierde en el timbre áspero.

hay un aire. alcohólico.

aire de nada que se habita con todo lo silencioso de este mundo.

y yo miro a la ausencia de cielo, ausencia de oxígeno, de todo. los techos son ausencia.

no recuerdo el nombre del lugar.

había cuatro paredes, colores y gente que dudaba de ser gente.

recuerdo que lloré un poco en la mañana,

porque las nubes eran muchas, o estaban muy lejos.

algo así.

miro entre las luces y los cuerpos.

mis amigos se ríen de todo lo que nunca escucho. ¿cuánta noche nos queda aquí?

somos los dinosaurios del siglo de las máquinas.

busco de nuevo la tregua y el tambor y el infierno.

rio con ellos.

la lengua es de la noche a mí solo me la presta.

viii - sábado (lo que podría ser esto)

dialogo con el perro de la esquina, me pregunta si consideraría vivir por él.
por lo menos mientras encuentro otro por qué.
cae un sol en la pared mal pintada que zigzaguea en edificios. vidrio que, inútilmente,
grita que no es parte del cielo.

llega un viento que baila un poco con cada árbol, lado a lado, cinco, seis, siete, ocho,
se mete entre el sudor y la camisa, baja un poco las voces de alrededor,
y entonces,
levita uno
despeinado, costra de gel reseca en el cuero, desfajado, lente a cristal ciego y rayado,
a través del trueque de personas entre banquetas (nadie mira arriba);
uno levita, a media eternidad de insurgentes
cinco centímetros del suelo.
llega el pesero.

en el trayecto, el mundo atardece rápido. cabeceo de a mucho, revivo de a poco:
sueño, sueño y lámina verde.
necesito tocarme la cara para saber que estoy aquí; tocarme mucho y de maneras raras,
sintiendo piel y pelo: reclamándola mía.
miro afuera:
el mundo es todo menos pesero.
una madre toma de la mano a un hijo que no sabe que es hijo y que su madre es madre.
en la noche hay una fiesta cada vez más lejana: el fin de un romance adolescente.
“sálvenme de la gente”.
pienso si todo lo que temo está en mi sangre,
si la sangre la pierdo cuando no encuentro mi pulso. si sería mejor vivir sin sangre.

me acuerdo de un perfume borroso que se queda en mi mano. febril. malárico.
insecto aplastado (casi me la como a mordidas).

casi llego,

y se me ocurre que la muerte es mi padre,

y morirse es quedarse dormido en el carro

esperando a que te cargue en brazos y te arrope en la cama

para irse a hacer no sé qué cosa.

llega el pesero.

todo lo que reconozco me mata a oscuras.

rincones que me vieron crecer me olvidan, seniles.

dos policías borrachos pelean contra animales nocturnos, hermosos.

me ampara una luz que convulsiona

y un presente que no comprendo

y que me come

y que me traga.

la casa me abraza. me abren la puerta. en la tele cualquier cosa,

chistes tontos para sustentar la vida.

en las noticias (no importa el día) todo va a terminarse pronto.

hay sopa de cenar. sopa y quesadillas.

prótesis de alma.

me engullen las sábanas

(las engullo yo).

el edificio se asienta, las vigas rebotan suavemente y tiembla el mundo.

milimétricamente se hunde mi cuarto.

pronto, toda la ciudad estará hundida. en la mañana todo será lago,

lago con un nopal, pájaro y culebra en el centro.

la ventana voltea a verme. toso sin ganas de toser.
tengo que tirar mis cigarros, dejar de ser humo.
pero todo es tan nuevo
que el humo que me está matando poco a poco en el futuro,
hoy es pretexto para comer de su boca y ella beber de la mía.
ahora soy apetito mutuo.
no sé si se acuerda de mí: no tengo nombre.
acaso mi nombre lo encuentre en el nombre de mis hijos.
acaso mi nombre ya son ruinas.
acaso mi nombre es papá.

viajo mucho de noche.

hoy tengo todo menos muerte. mañana no seré papá.
prendo un cigarro.
la ventana, cómplice, se lo traga.
vivir me va a esperar.
no estoy y me agazapo.
no tengo que despertar, mañana es sábado.

ix- augurios (esto)

mi psicóloga me dijo: tu vida es la crónica de una muerte anunciada.

me lo tomé literal.

termina la terapia en zoom. apago la computadora, cierro la tapa

y escribo sobre esta debilidad

que es sentarme a desayunar

y ver a dios comerse mi corazón

como pelando una naranja.

hoy los augurios solo son carne de insomnio,

mantra de marcha,

un hijo que me saluda mañana,

y el litio, y las latas y el teclado sobre mi escritorio.

me zumban los ojos y la cabeza me va a explotar.

pero no hay nada más.

en la mañana del comedor, estoy yo y mi cuerpo mudo.

cuerpo ciego. cuerpo inexperto. pasante de alma.

y el sol me acaricia con manos de madre.

y puedo encontrar cualquier falda

para esconderme tras de ella.

y puedo secarme con la toalla que huele a tiempos limpios

y olerme pequeño y eterno.

talán talán.

llega la basura. fin del round. hora de ir a misa. un último recreo.

todo está a salvo.

sonrío.

hoy no importa
la calidad acuosa del momento,
voy a volar a no sé dónde.

así va el augurio.
dejo de escribir.



En Reconstrucción

de Michelle Rergis Novelo

2do Lugar

Poesía

Categoría Profesional y Posgrado

Campus Estado de México

Ruinas

A veces me enamoro de las ruinas

Mario Benedetti.

A veces me enamoro de las ruinas,
de las cicatrices talladas en piedra
y los cimientos fragmentados.
La promesa de que hubo algo más grande,
la esperanza de que retorne glorioso.

A veces me enamoro de las ruinas,
de sus grietas frágiles
y su aroma contrastante de poderío.
De sus paredes tapizadas de historia
y sus pisos,
tamizados de olvido.

Hay algo hipnotizante al mirarles,
una proyección del porvenir.
De vestigios siendo cimientos,
desconsuelos de la decadencia
que uno mira como ornamentos.

Y uno con eso siente/se balancea/sonríe/se conforma

Es entonces cuando uno se enamora
de las promesas caducas y llenas de disculpa,
de las miradas quebradas y los insomnios malgastados,
de las esperanzas encenizadas.

Y como única
restauración,
el pilar de adioses,
levantado como podio.

Templo

Quiero crear un Templo
con columnas de acero
y ornamentos griegos.

Quiero crear un Templo
que para mirar,
la vista se tenga que alzar
y nadie pueda dudar
de su belleza singular.

Un monumento que al pasar
todos detengan su andar
Y se pregunten
por la profundidad
de sus pabellones.

Voy a crear un Templo
más glorioso
que el Olimpo.

Voy a crear un santuario
donde los escombros se queden
como recuerdos
y los pilares sean estoicos.

Voy a crear un Templo
Que ella
nunca conocerá.



Escombros

De pronto, lo más firme se quiebra

José Emilio Pacheco

La asfixia me envuelve como una niebla espesa
y mientras tú hablas, yo me quedo sin voz.

Mis fuerzas colapsan
y la noche es el único testigo.

Mentira, mentira, mentira
es lo que repite mi atrofiado corazón.
Resulta que el colapso
es también para lo que se consideraba inmóvil.

No se puede salir ileso de los escombros.
La memoria del ayer sangra
y el saber lo perdido quebranta.

De pronto los muros caen
y las paredes se corroen,
lo que estaba ya no se halla
ni volverá a alzarse nunca.

Mis manos no pueden detener
el derrumbe de aquel hogar,
y no queda ningún refugio donde instalarse.
Sólo queda cemento fragmentado
y cúmulos de grava.

Sismo que no acaba,
soy pedazos incompletos de algo

que se rompió.

Cortesía del desplome

Cortesía de tu adiós.

Memoria sepultada

Mis pies tocan el suelo,
y mi alma se arrastra
en los adoquines.
Vibra en la lejanía de este cuerpo
que conoce la traza y la recorre,
más el mármol frío
es lo que queda.

Las amapolas se transformaron en polillas
que no encuentran luz ni rinconcillo para estar

La memoria sepultada
latente bajo mis pies
exige que la vea
y la sienta,
otra vez

Una dulce promesa
con falacia de ser la última vez,
que clave sus flechas y
ponga sus grilletes en la memoria,
que solo quiero decir adiós.

Uno siempre vuelve a los viejos sitios
pero si retorno, solo encontraré
paredes caídas y las cenizas
de la esperanza
clavada en ausencia.

Pero la memoria sepultada
late bajo mis pies y
exige que la sienta, otra vez...

Cenotafio

Monumento funerario en el cual no está el cadáver del personaje a quien se dedica.

Alimentando llluvias,
mis manos aprietan el seco asfalto
Tapia individual,
que cubre mi garganta.

Osadía tengo de levantar mi mirar
Osadía tengo de erguir este lugar
Sabiendo que se convertirá en nido
De la memoria sangrante.

Sueños y delirios los coloco aquí,
saco de utopías, me despojo de ti.
El filme sin sonido también lo deposito.

¿De qué me sirve continuar las preguntas?
Si a todas les responde
el eco de tu ausencia.

Inició como un sol brillante
pero como este día, en pavesa terminó.

Inyecto un eslabón por tu silencio,
inyecto un eslabón por lo que se amó.
Inyecto un eslabón por las llamas,
inyecto un eslabón por la incertidumbre.
Inyecto un eslabón por medio corazón,
inyecto un eslabón por cada grieta,
inyecto un eslabón por cada sístole.

Aquí dejo
nuestra felicidad.
Y ¡Oh mi dolor!
Aquí te entierro,
pues aunque no sostengo tus cenizas,
no puedo seguir sosteniendo tu ausencia.

Bienvenida a tu cenotafio,
mi último enlace contigo,
se queda en este cementerio
de primaveras muertas.



El Sahuaro: “Entre el Sazón y el Duelo”

de Enrique Luis Berumen Sánchez

3er Lugar

Poesía

Categoría Profesional y Posgrado

Campus Chihuahua

“Sahuaro”.

No es un restaurante,
es el corazón perdurable de un orfebre de la cocina,
que, con amor y dedicación,
como una semilla de girasol, germinó,
dando vida a un refugio de manjares
que florece con la esencia de Don Luis.
En sus mesas, pasado y presente
se abrazan en los sabores del fogón ardiente.
El asado de puerco, la barbacoa, el mole y pipián,
con frijoles y arroz, forman un cálido afán.
Platillos que armonizan, sin querer, los ingredientes,
donde el cliente encuentra belleza en lo imperfecto evidente.
De las manos que cocinan,
hasta un chile con queso emanan.
German nos describe el Sahuaro,
como un lugar que no se olvida,
donde, en la cocina,
se crea el arte de la vida.

“Receta: Barbacoa”(La negación humeante).

Marina la carne con sal, ajo, pimienta y laurel,

un toque de vinagre,

como las lágrimas que no han querido caer.

Pásale un trapo de tela húmeda

a las hojas de plátano,

retira la tierra y forra la carne.

Deja que el fuego encendido

hable por doce horas.

Al desenterrar,

el aroma te dirá lo que no quieres creer:

la carne se deshace,

pero tu vacío no ha de ceder.

“Don Luis”.

Con la cuchara de madera,
los ingredientes se entremezclan.

De una migaja de pan,
sembrada en los sazones de los guisos.

De aquel susurro ardiente que en baño María
en calor entreteje, nació Germán.

Educándolo con el calor del comal, mi mente cae en los pensamientos:
¿cómo le encuentro paz si el caldo está hirviendo, o me ahogará la duda

de un futuro sin mi sazón? Queriéndolo,

¿cómo le enseño a esparcir la sal sin que se pierda esparciendo la pimienta?

Germán, mi hijo, mi arte es tu herencia,

pero tu vida, Germán, es solo tuya.

“Receta: Asado de Puerco” (Cortando la rabia).

Chiles secos, guajillo, ancho, diez en su furia,
pasan al comal, carbonizados de penuria.

El puerco se corta, carne y rabia,
en cubos que enfrentan la fragua.

Agua hirviendo, dos tazas ardientes,
sal y ajo, compases violentos.

Cincuenta minutos,

la olla resuena como un grito:

¿Por qué nunca me dijiste que el asado moriría contigo?

¿Te importó acaso lo que yo haría con tus ollas vacías?



“El Sabor Amargo de la Vida”.

A veces los doctores hablan,
como los sartenes humean.
“La enfermedad crece”, dijeron,
y yo entendí que el dolor avanza,
como el sabor que aumenta
mientras el aroma del pipián se cuece.
Cociné más despacio,
cada guiso, una despedida.
En cada receta te escribí un poema
para guiarte, Germán.
“En cada cucharada, hijo,
estará mi amor,
mi memoria,
mi promesa de que el amargor
también puede sazonarse.”
Cuando cortes la cebolla,
caerán las primeras lágrimas,
pero, al tiempo,
esas lágrimas no serán de pena,
sino de un sabor que serena:
un duelo que abastece,
un fuego que enriquece.

“Receta: Pipián Rojo” (Promesas en el fuego).

Sella el pollo, sin cautela,
como quien enfrenta el dolor de alguien que anhela.
Agrega agua, ajo y cebolla,
y deja que el hervor ablande la ausencia.
Tuesta ajonjolí y pepitas,
cuida que no se quemen,
como los recuerdos que insisten en quedar.
Muele todo: chiles, tomates, epazote,
y el caldo que guarda su voz;
fríe en manteca,
y deja que espese como una tregua.
Prueba, hijo, prueba:
este pipián no es solo comida,
es el duelo transformado en herencia.
Prueba, hijo, prueba:
el pipián no es solo un plato,
es el abrazo que te dejo
cuando ya no pueda dártelo yo.

“Condíméntame el Recuerdo”.

El cuchillo cayó,
afilado como la verdad.

Ahí estabas,
tu cuerpo frío,
tu mano aún manchada de achiote.

La cocina
se llenó de un silencio
que ni mi escándalo logró romper.
El aire olía a muerte y a tu último guiso.

Te vi, padre,
y recordé cuando tus manos
guiaron las mías en aquel primer asado.

El sabor sin ti es castigo, así que
condíméntame este adiós,
dame la receta para lograr vivir sin tu voz.

“Receta : Mole” (La amargura del guiso).

Dos tabletas de cacao molido,

amargas como el vacío del nido.

Una rama de canela,

el aroma de lo que ya no consuela.

Añade chile: dos mulatos, dos anchos,

tres pasilla y un chipotle que lloran en el hervor.

La espuma evoca el calor perdido,

pero es solo un pensamiento del tiempo que se ha ido.

El plátano macho, tardío,

entra al guiso como un susurro lento.

Quince minutos frente al fuego,

mientras tu alma se hunde en el duelo.

“Germán”.

Me quema, Padre,
cuando los clientes me preguntan por ti.
¿Cómo les explico
que no solo me he quedado sin papá,
sino que también, en la cocina,
el comino se ha perdido conmigo?
Estoy desorientado.
Intenté cocinar, y ni siquiera le encuentro sentido.
Por un momento,
me encerré en la alacena,
rodeado de frascos de chile seco,
laurel y romero,
Inhalé el orégano,
volviéndome adicto,
a tu recuerdo.
Desesperado, me envolví en su aroma,
como si eso me devolviera tu persona.
Padre, te pregunto:
¿Qué se supone que haga con El Sahuaro?
¿Acaso soy un hijo incapaz de sostener tu legado?

“Sal con Ajo y Lágrimas”.

Una pizca de sal,
la misma que se ahogó en tus ojos
cuando partiste.
Ajo, sal y lágrimas:
tres ingredientes
que no están en tu recetario,
pero que ahora
son la única receta
que sé preparar.



“Receta: Guayabas en Almíbar” (La dulzura final).

Lava, corta, cruza,
deja al fuego hablar.
El azúcar no pesa,
calma lo que está.
Canela y clavo susurran,
el agua aprende a danzar.
En cada guayaba,
la vida vuelve a brillar.
No es olvido,
es paz.
Lo dulce se guarda,
lo amargo se va.

“Cuando el sartén se enfría”.

Hoy acepto tu muerte,
y desde luego me dolió perderte.

Jamás te prometí ser fuerte,
pero hoy me toca agradecerte.

Cuando el sartén ya esté frío,
comprenderé que me preparaste

para este desafío.

“Receta: Postre de Limón”.

Una lata de leche condensada,
dulzura que llega de una prueba superada.

Un cuarto de jugo de limón colado,
el corazón ácido que, finalmente,
se ha endulzado.

Mezcla y espesa,
cuatro capas de galletas Marías.

Refrigera por seis horas:
un postre de limón que espera,
como el alma,
ligera, vestida de granillo de azúcar.



“El Día que Olvidé la Receta”.

El comal estaba listo,
la carne tierna, los condimentos esperando,
pero mis manos temblaban, no por el cuchillo,
sino por el peso de repetir lo que ya no era mío.

Cierro los ojos, intento recordar:
la pizca exacta, el giro de la muñeca,
pero algo se rompe.

La receta se desvanece,
porque no era solo comida,
era él.

Era su risa, su mirada,
su amor en cada plato.

Y esa receta no está escrita.

No puede estarlo.

Me quito el delantal.

El Sahuaro respira por última vez.

No soy mi padre.

No puedo serlo.

Hoy cierro las puertas
y dejo atrás un pasado que ya no me pertenece.

Sin receta, sin mapa,
pero con un corazón libre
que por fin late por lo que quiere ser.



Tecnológico
de Monterrey